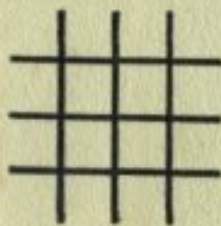


NECULAI TOTU

NOTAS DEL
FRENTE ESPAÑOL

(1936 - 1937)



Editura «DACIA»
MADRID
1970

NECULAI TOTU

NOTAS DEL FRENTE ESPAÑOL

(1936-1937)

Editura "DACIA"

MADRID 1970

TRADUCCIÓN DEL RUMANO DE
OVIDIO TARLEA



Ilustración 1. NECULAI TOTU. Legionario del Tercio. Cuadro del famoso pintor rumano Bassarab.

En memoria de mis queridos camaradas Ion Mota y Vasile Marín.

ÍNDICE

PRÓLOGO	4
ENTRADA EN ESPAÑA	6
SALAMANCA	9
LA ENTREGA DE LA ESPADA AL GENERAL MOSCARDÓ	11
TOLEDO Y EL ALCÁZAR	14
HACIA EL FRENTE.....	16
ALISTAMIENTO EN EL TERCIO.....	18
EN EL FRENTE.....	22
EL PINAR	24
LAS SALVAJADAS COMUNISTAS	27
SOBRE LA POSICIÓN.....	30
LA NOCHEBUENA EN EL FRENTE.....	33
LA OFENSIVA.....	35
LA OCUPACIÓN DE LA ESCUELA DE LAS ROZAS	38
EL ATAQUE	40
LA CONQUISTA DEL CAMPANARIO	43
HACIA ARAVACA	46
CAMINO HACIA EL GRAN SACRIFICIO	50
LOS ÚLTIMOS DÍAS CON ION MOTA Y VASILE MARÍN	52
MAJADAHONDA.....	55
EL ENCUENTRO EN TOLEDO	58
¡ADIÓS, ESPAÑA!	61

• Ilustración 1. NECULAI TOTU. Legionario del Tercio. Cuadro del famoso pintor rumano Bassarab.	2
• Ilustración 2. ION MOTA. Caído por Dios, España y Rumania el 13 de enero de 1937, en Majadahonda. «... Así he comprendido el deber de mi vida. ¡He amado a Cristo y he marchado feliz a la muerte por El!».....	7
• Ilustración 3. VASILE MARÍN. Caído por Dios, España y Rumania el 13 de enero de 1937, en Majadahonda. «... Era un deber de honor que pesaba sobre los hombros de nuestra generación. Lo he hecho con el mismo amor con el que lo hubiera hecho por mi Patria.»	9
• Ilustración 4. TENIENTE GENERAL JOSÉ MOSCARDÓ. Todo un símbolo de heroísmo y sacrificio de la estirpe hispana, con la aureola del célebre Alcázar. Gesta con proyección imperecedera en la Historia Universal, de salvación de la civilización cristiana.	12
• Ilustración 5. CORNELIU ZELEA CODREANU («CAPITANUL»). Precursor, en 1919, del anticomunismo en el mundo. Fundador en 24-VI-1927 de la Legión San Miguel Arcángel, denominada más tarde también Guardia de Hierro y Movimiento Legionario. Asesinado en la noche del 29-30 de noviembre de 1938, durante el reinado de Carol II.....	14
• Ilustración 6. GENERAL RICARDO VILLALBA RUBIO. Glorioso defensor del Alcázar. Conoció personalmente a los legionarios rumanos de la Guardia de Hierro, que lucharon en el frente de Madrid. Fiel a sus nobles ideales y perpetuando el espíritu que animó a Mota y Marín, es, a partir de 1959, presidente de la Hermandad Hispano-Rumana Majadahonda.	17
• Ilustración 7. EL GRUPO DE LOS VOLUNTARIOS DEL MOVIMIENTO LEGIONARIO RUMANO 1936-1937. En el primer plano, de izquierda a derecha: Ion Mota y el general príncipe Gheorghe Cantacuzino; detrás, en el segundo plano: Ing. Gheorghe Clime y el R. P. Dumitrescu; en el tercer plano: Neculai Totu y Vasile Marín; en el último plano, también de izquierda a derecha: Banica Dobre y el príncipe Alecu Cantacuzino.	20
• Ilustración 8. GENERAL PRÍNCIPE GHEORGHE CANTACUZINO. Héroe de la Primera Guerra Mundial. Grandemente estimado por parte de Corneliu Zelea Codreanu y los miembros del Movimiento Legionario.....	36
• Ilustración 9. ION MOTA Y VASILE MARÍN Obra póstuma del famoso pintor rumano Bassarab. Ambos en uniforme del Tercio.	41
• Ilustración 10. EL ENTIERRO DE ION MOTA Y VASILE MARÍN. El 13 de febrero de 1937, en presencia de centenares de millares de rumanos afligidos y admirados en las calles de Bucarest, se rinde el último homenaje a los dos héroes.....	57

PRÓLOGO

He tenido el honor, el orgullo y la satisfacción como español, militar y cristiano de conocer a Ion Mota y Vasile Marín, así como a los otros cinco camaradas suyos, venidos del lejano país hermano, desde Rumania, para luchar como voluntarios en las filas de nuestro Tercio por la defensa de Dios, España y Rumania.

Llegaban a España en un momento crucial para la supervivencia nuestra como pueblo libre y cristiano, en aquel lejano y, no obstante, siempre presente, año 1936.

Fui designado a acompañar al grupo de los rumanos formado por Ion Mota, Vasile Marín, R. P. Dumitrescu, Neculai Totu —el autor de este libro—, Banica Dobre, ingeniero Clime, el príncipe Alecu Cantacuzino, para que, al frente con el general Cantacuzino, entregara, en signo de gran admiración por su gesta de el Alcázar, al general Moscardó, en su cuartel general de Soria, una espada de parte del fundador del Movimiento Legionario Rumano, Corneliu Zelea Codreanu.

Antes de alistarse en el Tercio, cumplieron al Generalísimo Franco en Salamanca.

Este grupo de voluntarios rumanos, oficiales de reserva en el Ejército de su país, representaba la élite del Movimiento Legionario Rumano: Ion Mota, era la segunda personalidad después de Corneliu Zelea Codreanu; Vasile Marín, un brillante intelectual, una inteligencia privilegiada; ingeniero Clime, otra gran personalidad, jefe del partido «Todo por la Patria»; el reverendo padre Dumitrescu, un ardiente defensor de la Iglesia, en su país y fuera de él; Banica Dobre, el gigante Banica; Neculai Totu y el príncipe Cantacuzino, los tres, valientes e incansables luchadores de la Guardia de Hierro.

He conocido mejor a Mota y a Marín. Mota, con quien he estado más a menudo en contacto, me ha producido una impresión imborrable. Su persona, su carácter y su mirada, que reflejaba una decisión invencible, imponía tan poderosamente, de manera tan avasalladora a los de su alrededor, que era capaz, en virtud de una fuerza espiritual irresistible de llevar tras de sí columnas enteras de gente al ataque, en un huracanado ímpetu, por encima de las balas, por encima de la muerte. No he conocido en mi vida una voluntad tan dispuesta a vencer hasta lo imposible incluso hasta los más extremos límites de la temeridad, en pro de la idea cristiana y nacional, voluntad que transfiguraba en permanencia el rostro de Ion Mota.

Los años transcurridos desde el 13 de enero de 1937, fecha de la gloriosa caída de los dos héroes rumanos, Ion Mota y Vasile Marín, en el pueblo de Majadahonda, fortalecen en mí cada vez más, la convicción de que el único camino, la única solución viable para la sobrevivencia de la civilización cristiana en todo el mundo, es *el espíritu de cruzada y de sacrificio*, que les animó y transfiguró a ellos, ante la avalancha del Anticristo, ante la capitulación anticipada, sin lucha, de ciertos sectores.

Actualmente, el país hermano, latino, Rumania —con el que nos unen lazos imperecederos, que nos vinculan desde el hispánico emperador Marco Ulpio Trajano al sacrificio de los dos legendarios héroes rumanos, Ion Mota y Vasile Marín—, ha caído en las garras de los sin Dios y sin Patria, que intentaron hacer lo mismo en España durante los años 1936-1939.

Para la generación joven de ahora y para las venideras, de España y del mundo entero, la gesta de Ion Mota y Vasile Marín, es en realidad una «lección indeleble», de lo que se hizo para evitar en España en aquellos años y lo que no se pudo evitar en Rumania, crucificada desde más de un cuarto de siglo por la barbarie comunista.

El estilo del autor —íntimo amigo y camarada de Ion Mota y Vasile Marín— aporta una nota altamente conmovedora, de gran sensibilidad humana, de una permanente confesión de fe en Dios, en el deber de luchar por la defensa de la Cristiandad, con espíritu de cruzada y una estremecedora ofrenda de cálido amor e infinita admiración hacia Ion Mota y Vasile Marín.

Resaltan asimismo sus impresionantes análisis de las distintas reacciones del alma del combatiente sometida a infinidad de situaciones y presiones, desconocidas en la vida normal.

He aquí, glosada en síntesis, la personalidad, el espíritu de cruzada y la decisión de sacrificio de los dos héroes rumanos, antes de su muerte:

«¡Se ametrallaba la faz de Cristo! Se bamboleaba el fundamento cristiano del mundo. ¿Podíamos nosotros permanecer impasibles? ¿No es un gran triunfo espiritual, para la vida futura,

haber caído en defensa de Cristo? Así he comprendido el deber de mi vida. ¡He amado a Cristo y he marchado feliz a la muerte por El!» (Ion Mota).

«¡No he tomado esta decisión por desesperación, sino con toda lucidez! Era un deber de honor que pesaba sobre los hombros de nuestra generación. Lo he hecho con el mismo amor con el que lo hubiera hecho por mi Patria.» (Vasile Marín).

La publicación de este libro en traducción española por parte de los amigos y camaradas del grupo de los voluntarios rumanos venidos a luchar en España, es en realidad un vibrante homenaje al pueblo español, a la Iglesia, al Ejército y al Movimiento Nacional. Me siento honrado, emocionado, a la vez, al escribir este prólogo de unos episodios que han constituido y siguen constituyendo uno de los más grandes momentos de mi vida de militar.

De los cinco supervivientes que regresaron a Rumania del grupo de Ion Mota y Vasile Marín, con la excepción del R. P. Dumitrescu, todos los demás, incluido el autor de este libro, el abogado Neculai Totu, el ingeniero Clime, el príncipe Alecu Cantacuzino y Banica Dobre, han sido fusilados en los campos de concentración de Rumania, en la sangrienta noche del «Nuevo San Bartolomé», del 21-22 de septiembre de 1939, ¡ya que así decidieron los gobernantes de aquel entonces recompensar la histórica gesta y el sacrificio de aquéllos y de Mota y Marín!

No puedo terminar, sin citar uno de los últimos párrafos de «Notas del frente español», de Neculai Totu:

«Pasamos con gran emoción la frontera. Nos dirigimos hacia otros horizontes, hacia nuestro país. Sentimos cómo despierta en el alma la nostalgia de nuestra Patria. Hemos venido siete y regresamos cinco. Ionel Mota y Vasile Marín han caído en tierra española, por la Cruz y por la Patria.

»Lo que ha tenido en más amor la juventud rumana se ha quedado allí en España, para contar a las generaciones venideras el más bello y hermoso romance de sacrificio sobre el altar de Dios.

»España se queda atrás... Y, a la vez con ella, la tormenta de las trincheras y el silbido de las balas. Y, no sé por qué, en aquel silencio de piedra en que nos ha tenido la caída de nuestros camaradas, me parecía cómo penetraba en mi alma un gran pesar ahora a la salida.

»Hemos pasado la frontera. ¡ADIOS, ESPAÑA!

»¡Te hemos dejado —por la Cruz y por la estirpe— todo lo que ha tenido de más noble nuestra generación! ¡Sobre tu tierra queda un testimonio rumano ante la Historia, el recuerdo de Mota y de Vasile Marín!

»¡ADIOS, ESPAÑA!»

Con el homenaje de mis sentimientos, de mis recuerdos y, sobre todo, con la admiración por la gesta de los héroes Mota y Marín, lazo indestructible entre nuestros dos pueblos, español y rumano, dirijo de todo corazón, un fervoroso y para siempre voto:

¡VIVA RUMANIA! ¡VIVA ESPAÑA!

RICARDO VILLALBA RUBIO

ENTRADA EN ESPAÑA

Dejamos atrás las últimas estaciones del ferrocarril portugués. El tren ha llegado a la frontera española. Sentí una gran emoción. En estos momentos uno se siente más grande, más orgulloso.

Los agentes de Aduana, previamente avisados, vienen a presentarse al general Cantacuzino. El alma de Ionel Mota vibra de satisfacción; por fin su sueño se ha realizado: estamos en tierra española. Marín, pensativo, escudriñaba el horizonte; cosa rara en este hombre, siempre alegre. Todos estamos callados. Nos trasladamos al tren español que nos llevaría a Salamanca. Por un instante nos percatamos de la importancia de nuestra misión. Pero la olvidamos en seguida debido al buen humor, a los inacabables y divertidos chistes de Marín. Tan sólo Ionel está asomado a la ventana del tren contemplando el paisaje, como si quisiera atraer a su pecho todo el inmenso dolor de este país.

El tren avanza despacio. Vemos casas destruidas, trincheras y campos removidos por los obuses. ¡Cuan grande y sublime es, a pesar de todo, la tragedia del pueblo español, que por Dios y la Patria lo arriesga todo!

Empieza anochecer. En los andenes de las estaciones se ven tropas y heridos. Aquí era donde empezaba la realidad. Nos imaginamos que pronto seguiremos la misma suerte. Pero nadie pensaba en aquel instante en la gran tragedia que se iba a desarrollar en Majadahonda.

A las ocho treinta de la noche llegamos a Salamanca. Aquí nos esperaban los delegados del Gobierno español. Se pone a nuestra disposición un coche y nos acompaña un ayudante hasta el hotel. Mientras nosotros nos quedamos allí, el general Cantacuzino, con Mota y Alecu Cantacuzino, marchan a ver al Generalísimo Franco en su hotel.

Las mesas están todas ocupadas. La atmósfera, cargada de humo. Ruidos y olor de alcohol. Una radio carraspeaba algo que nosotros nos entendíamos. Aquí, por primera vez, nos hallamos ante la psicosis de la guerra. En medio de esta aglomeración de gente que grita y pide ser atendida, en este ambiente cargado de nubes de humo, en este vaivén de hombres que quieren sentir en lo más profundo, que gozan de la vida, yo tenía la sensación de que por mediación de esta alegría forzada, de esta atmósfera sobrecitada —por los chistes y por las risas—, se intentaba ocultar las inquietudes del alma. Sus rostros reflejaban las huellas de las grandes emociones y algunos tenían grabados sufrimientos que nunca se les olvidarían.

Luego comprendí yo también lo que significaba el ansia de vivir después de un ataque, durante el cual los nervios no funcionan normalmente, sino en estado de sobrecitación.

Contemplé con curiosidad a mi alrededor: había vino vertido sobre las mesas, alguna mancha de sangre sobre las sillas, colillas de cigarros por todas partes, mojadas en vino y pisoteadas en el suelo. Había heridos vendados: unos habían perdido una mano o una pierna; a otros les faltaba un ojo, o se quedaron sordos, o tenían el pecho perforado por las balas o con la cara desfigurada por la metralla. Estaban rígidos como unas estatuas, con la expresión de la cara embrutecida, en tanto que otros, con ojos inflamados, perseguían algunas visiones que solamente ellos alcanzaban a ver. Las caras jóvenes —algunas de adolescentes— son pálidas, verdosas y febriles. Cada uno procura mostrarse lo más alegre posible. Un teniente ciego cuenta algo y se ríe a carcajadas, pero su risa es una terrible mueca.

Los jóvenes que no han recibido aún el bautizo del fuego se animan hinchando el pecho bajo su uniforme y parece que quieren decir:

—¡Miradnos qué fuertes y valientes somos! ¡A nosotros no nos alcanzará ni la muerte ni la mutilación! ¡Arrasaremos todo en nuestro camino, triunfaremos!

Y vencen, pero caen por docenas, por centenares. Así es la psicología de cada soldado. Nunca cree que él también podría morir. Con esta esperanza vive hasta el último momento. No teme a la muerte; pero le inquieta, le preocupa el mañana: el final, que no sabe cuándo ni cómo llegará. Ignora si el día de mañana lo terminará bromeando con sus compañeros de lucha o se convertirá en un despojo humano. Por eso aprecia cada día, cada hora, cada segundo. Y no obstante, huye de sí mismo, no se deja arrebatar por los pensamientos y busca no apartarse de los lazos terrenales. En el rostro de todos se nota inquietud general. Pero tan sólo por un instante, pues en seguida el ideal que le anima a la lucha le capta, le subyuga, le halla dispuesto a pasar por encima de su propia vida hasta llegar a emparejarse con la muerte. Y todo por la doble idea que le arrebató:

Dios y la Patria.



Ilustración 2. ION MOTA. Caído por Dios, España y Rumania el 13 de enero de 1937, en Majadahonda. «... Así he comprendido el deber de mi vida. ¡He amado a Cristo y he marchado feliz a la muerte por El!»

* * *

Más tarde los he entendido yo también: cuando por primera vez oí la señal del ataque. Venía desde lejos: despacio, prolongada y como traída por el viento. La esperaba desde hacía días. Cuando llegó, en medio de un silencio absoluto, hizo vibrar todas las cuerdas de mi alma. Estábamos a la espera, con la atención fija, hasta el extremo que podíamos percibir el latir del corazón. Noté un vacío en el estómago y un nudo que me subía hasta la garganta. La sangre comienza acelerar su circulación por las venas; las sensaciones se suceden como un alud, como el galopar de una horda salvaje sobre la llanura de la estepa. Intento analizar mis sentimientos para descubrir las reacciones que la orden de ataque pudiera producir en mis desquiciados nervios. Las sensaciones son breves. Su gama varía vertiginosamente. Tengo la impresión de haberme convertido en un piano, sobre el que un virtuoso mostrara todo su arte sobre el teclado. Estamos apretujados como en un círculo. La voluntad de todos está en tensión. Aunque sea algo inmaterial, sin embargo me es perceptible. El punto culminante lo constituye la orden de comenzar el ataque. El ruido producido por el infernal bombardeo de nuestra artillería nos da la sensación de poder, de seguridad, de enaltecimiento, y se siente uno más fuerte, animoso y más superior que en los momentos normales e intrascendentes de la vida cotidiana.

El peligro acrecienta el valor personal. Se está orgulloso de sí mismo. Se nota uno gigante. En estos instantes se vive con la máxima intensidad. Cada pulsación de la sangre, cada respiración, cada salto adelante y el contacto con la tierra fría te produce una sensación que atraviesa cada partícula de su cuerpo. Parece como si flotaras, como si volaras.

Durante esta tensión con la muerte encima los instantes son como siglos. El tronar de los cañones revuelve y excita los nervios. Hay una brevísima orden. Saltamos como una flecha. Las bocas de acero vomitan rayos y centellas. Era algo semejante a un derrumbamiento en el infierno; como la ira de las fuerzas Divinas. Parecía haber llegado el fin del mundo.

Despiertan en mí sentimientos desconocidos. Me muevo como un gigante. Cree uno ser el dueño de esta orgía. Aprietas fuerte y apasionadamente el fusil que ha de sembrar la muerte. Se

apodera de ti la exaltación producida por las ráfagas de las ametralladoras y el estallar de los obuses de cañón.

Te ves poseído de una fuerza gigante. La sobreexcitación nerviosa te ayuda a correr a toda velocidad con un peso encima que por lo general te cansa durante una marcha normal. Saltas por encima de las trincheras como si fueras una pluma y haces movimientos imposibles en otras situaciones.

Escruto con ojos penetrantes, como tratando de recorrer con la vista la distancia que me separa del enemigo. Los hombres, alucinados, se mueven como llevados por una fuerza hipnótica, por una incomprensible hechicería. No cuenta ni el cuerpo ni la razón, se vive tan sólo por los impulsos externos momentáneos. No razonas, sino que haces movimientos automáticos de imitación. La explosión de los obuses y las ráfagas de ametralladoras se apoderan de tus nervios. Sientes como si algo pasara en tu interior y te dan ganas de gritar, pero sólo un instante. Y sin embargo el subconsciente trabaja, sin prestarle atención alguna, sin darte cuenta de ello, y sin que la voluntad se muestre activa. Sientes la impresión de que algo, en tu fuero interno, acude a restablecer el equilibrio, aplacando la tormenta que estaba a punto de estallar, aprovechando la falta de control de los nervios.

Cuando te acercas a las trincheras enemigas no te apercibes de nada. Después te acuerdas de todo lo ocurrido, como si hubiese sido una pesadilla, como si alguien hubiese corrido un velo por encima de tu cara. El deseo loco de vencer absorbe todos tus sentidos. Se apodera de tu ser un ilimitado odio y una furia contra aquellos que siembran la muerte para ti. Te dan ganas de despedazar, de hincar los dientes en el enemigo, a las alambradas, a las armas y a la tierra. Disparas el fusil, saltas, te caes, te vuelves a levantar y lanzas granadas. Fuego, muerte, gritos y gemidos por doquier. Un diluvio que devora todo cuanto encuentra en su camino.

Hemos vencido. Las trincheras enemigas conquistadas. Grupos y grupos de prisioneros comunistas se iban amontonando. Tenían la mirada de animales espantados. Hacia los que habían logrado huir disparaban de vez en cuando las ametralladoras. La sangre caliente humeaba aún y había montones de cadáveres por todas partes. Los heridos gemían y dejaban oír sus estertores. Empiezas a buscar con la mirada a tus camaradas. Apenas ahora es cuando te das cuenta de que te has salvado de un desastre.

Poco a poco el alma atormentada vuelve a su normal quietud. Sientes como penetra en tu corazón la compasión y la piedad por los sufrimientos humanos, la inquietud por los muertos y los martirizados. Un chiquillo, que apenas tenía quince años, de cabello rizado, yacía con la cabeza destrozada en un charco de sangre. Cuerpos mutilados se movían espasmódicamente y con las manos cavando la tierra. Es un espectáculo desgarrador. Por ser cristiano, la piedad se apodera de tu alma, aunque se trate de tu mayor enemigo. Te conmueven las heridas del adversario. Sientes en tu alma un inmenso dolor. Pero te das cuenta de que son circunstancias necesarias, inevitables. Cuando la existencia de un pueblo está en peligro, cuando la fe, la moral, y la civilización son desafiados y cuando a Dios se le enseña el puño y se le insulta, la Nación se halla en trance de legítima defensa. Tú no matas, sino que luchas por Dios, por la Patria, por la fe y demás valores morales que forman la vida humana.

Vences lo humano en ti, secas las lágrimas momentáneas, recuerdas las torturas sufridas y te das perfecta cuenta de que tienes delante de ti a los torturadores, sin piedad y sin lágrimas. No empuñas la espada por mero deseo de matar. Lo haces para cortarles el camino a los que han transformado la tortura en sistema y han trastocado los valores morales de la vida, que tal es la conducta del comunismo.

Todas estas cosas surgen en el alma con una tremenda claridad, una vez efrentado con ellas. Y es entonces cuando comprendes que el luchar por Dios y por la Patria, en cualquier trinchera, es algo sublime.

SALAMANCA

El día siguiente de nuestra llegada lo dedicamos a visitar la ciudad. Salamanca es una de las más antiguas capitales de España. Tiene una Universidad, que hace poco, celebró su quinto centenario.

El centro de la ciudad lo forma una bonita plaza, rodeada por los cuatro costados de casas simétricas. Pasamos por debajo de los arcos de esta plaza y salimos a las calles de la ciudad. Como casi en todas las ciudades españolas, las calles son estrechas. Hay edificios antiguos, cuyos bajorrelieves han sido desgastados por la intemperie a través de los siglos. El más impresionante monumento es la catedral. Es enorme y de un depurado gusto artístico, según mi modesta opinión.

Mientras nos dirigimos hacia la catedral, pasa por delante de nosotros un pelotón de jóvenes, que no tendrían más de quince o dieciséis años, en perfecto orden de desfile, orgullosos y con la bayoneta calada. Iban a relevar la guardia. Saltaba a la vista la importancia de su misión. El Alzamiento de Franco ha despertado el sentimiento nacional en el pueblo entero. Desfilando así, transfigurados y marciales, me dan la impresión de un agua de primavera que lava todo en su camino, que lavará también los pecados de la España antigua. Codo a codo, profundamente conmovidos, van hermanados en esta santa lucha, el niño del aristócrata con el niño del obrero. El gran mérito del general Franco es haber logrado eliminar la diferencia de clases y hacer renunciar a los ricos de sus antiguos privilegios en favor de los pobres.

Entramos en la catedral. Es enorme. Sus columnas alcanzan 40-50 metros y hay multitud de altares con santos esculpidos por famosos artistas. Nuestros acompañantes nos llamaron la atención sobre la estatua de la Virgen María, en madera, de hace cinco siglos. Nos cuentan que en el rostro de la Virgen el artista ha logrado concentrar el más conmovedor sufrimiento y que en ninguna parte del mundo se encuentra una cara que caracterice mejor el dolor y la pureza. Tuvimos un momento de profundo recogimiento; nos sentimos muy pequeños y deslumbrados ante semejante belleza y esplendor. Todo lo que han construido los españoles lo han hecho grandioso y perdurable a través de los siglos.



Ilustración 3. VASILE MARÍN. Caído por Dios, España y Rumania el 13 de enero de 1937, en Majadahonda. «... Era un deber de honor que pesaba sobre los hombros de nuestra generación. Lo he hecho con el mismo amor con el que lo hubiera hecho por mi Patria.»

No puedo describir detalladamente todo cuanto hemos visto, ya que en mi estado de ánimo de aquel entonces sólo se han quedado grabadas las imágenes que más nos impresionaron, pues no hemos salido de nuestro país en viaje de estudios o de diversión. Dentro de unos días vamos a entrar en fuego. Simulábamos que íbamos a visitar éste o aquel lugar, pero en el fondo del alma cada uno buscaba la oportunidad para dirigir una plegaria más al Todopoderoso.

La catedral de Salamanca se compone de tres partes distintas: la primera es el antiguo templo romano; la segunda, la catedral cristiana, anterior al gran cisma. Hay iconos bizantinos. Y finalmente, la tercera es la catedral católica. Las tres han sido conservadas en perfecto estado, no como en nuestro país, donde con las piedras de la fortaleza de Neamt se permitió a los judíos construir sus casas en Targu Neamt. Los españoles han guardado con mucho esmero sus monumentos históricos y religiosos, que al estallar la guerra se vieron concurridísimos no sólo por indígenas, sino también por extranjeros.

Por eso España era y es conocida como país turístico. Sus carreteras pavimentadas permitían visitar hasta el más lejano rincón del país. Los extranjeros traían consigo mucho dinero. Mientras que a Rumania venían solamente a llevarse algo, pero sin dejar nada a cambio.

Luego visitamos la Universidad; aunque arcaica, es espléndida. Sillas y bancos de centenares de años, celosamente conservados. Sin embargo, a consecuencia de la Revolución, la Universidad sufrió también algunos desperfectos, que ahora se están reparando. La primera disposición que dio Franco fue la restauración de los monumentos históricos y religiosos. El edificio en suma, tiene un aspecto admirable.

En Rumania, la primera Universidad, de Cotnari, construida por Despot Voda, es una ruina. La Comisaría Nacional Rumana de Arte, encargada de los monumentos históricos, prohíbe cualquier reparación si no es realizada por ella misma, conforme a la tradición del país.

El aula de los exámenes se hallaba dentro de la catedral. Era un recinto especial, con las paredes oscurecidas por el tiempo y con bancos alrededor. En el centro hay una tumba cubierta por una lápida, que tiene grabada la cara de un santo. El examinado se sentaba en una silla con los pies encima de los del santo. Allí, encerrados, los catedráticos y el examinado, se quedaban desde la mañana hasta muy avanzada la noche. La comida se les servía a través de una ventanilla. Los pies del santo están desgastados. No era muy fácil en aquel entonces ser licenciado.

Al anochecer fuimos al hotel de nuestro general. Nos contó que había hablado con el ministro de Asuntos Exteriores. Contento y alegre, nos relató los temas discutidos. Dejamos nuestros equipajes en este hotel para sernos enviados ulteriormente a Talavera de la Reina. Hacia las siete nos dirigimos al cuartel general del general Moscardó.

Llegamos a las diez de la noche a Aranda. Nos alojamos en un parador nacional de turismo muy bien arreglado. Todas estos paradores nacionales, así como las carreteras que vimos, habían sido construidas durante el período de gobierno de don Miguel Primo de Rivera.

El comandante Villalba, ayudante de nuestro general, y el alférez Garzón, eran unas excelentes personas. El primero fue herido durante el sitio del Alcázar, mientras que el segundo lo fue cerca de Madrid, en la Ciudad Universitaria. Los dos estaban convalecientes, y por no poder trabajar en algo efectivo estaban destinados cerca de la persona del general Cantacuzino.

Desde Aranda, el comandante Villalba habla por teléfono con Sigüenza, donde suponía que se hallaba el general Moscardó. De Sigüenza le comunicaron que el general se había trasladado a Soria.

Nos fuimos a descansar. Yo duermo en la misma habitación con Ionel Mota. El estuvo escribiendo hasta el amanecer artículos para su querida revista «Libertatea» .

LA ENTREGA DE LA ESPADA AL GENERAL MOSCARDÓ

Al día siguiente, por la mañana, el ingeniero Clime nos hace una foto, y acto seguido salimos en tres coches. El general Cantacuzino, Ionel Mota, el R. P. Dumitrescu y el comandante Villalba van en el primer coche. Alecu Cantacuzino, Banica y el alférez Garzón en otro. El señor Clime, Marín y yo, en el último. Vasile Marín nos distrae todo el tiempo con sus chistes. Pero pronto nos abandona al ser requerido por los demás, al querer ellos también estar junto a él. La carretera estaba pavimentada y recta, como la palma de la mano. La tierra parecía algo seca y pobre.

Siento una gran emoción, ya que tendré por fin la oportunidad de ver al célebre defensor del Alcázar, quien había escrito una página de gloria en la Historia de la Revolución Nacional.

A la entrada de Soria nos detuvo la guardia municipal, Cuerpo algo parecido a nuestros gendarmes. Esto ocurría en realidad, en todos los puentes, a la entrada de las poblaciones y ciudades, exigiéndonos el permiso de circulación. No se podía abandonar una población y trasladarse a otra sin previo permiso, a causa de la multitud de espías comunistas.

En el patio de las Milicias vimos a unas cincuenta personas de todas las edades y de todas las condiciones sociales. Preguntamos quiénes eran y nos dijeron que eran prisioneros comunistas, los cuales esperaban ser juzgados por las fechorías cometidas.

Nuestra llegada había sido ya comunicada. La ciudad de Soria estaba en fiesta, adornada con banderas españolas y rumanas. El silencio y la seriedad se apodera de nosotros a la vista del gran momento que se acercaba. Los coches pararon delante del cuartel general. Se forma la guardia y los centinelas presentan armas. Profundamente emocionados subimos por la escalera de mármol. Todo el mundo conoce ya al general Cantacuzino-Granicerul, por sus hazañas durante la primera guerra mundial.

Había mucha gente. Mucho orden. El general Moscardó mismo salió para darnos la bienvenida rodeado de todo su Estado Mayor. Pasamos a una habitación contigua para arreglarnos. El R. P. Dumitrescu se puso su vestimenta sacerdotal y sacamos nuestra Bandera tricolor. Repasamos nuestros uniformes y en majestuosa actitud pasamos al salón de actos. Ionel Mota tomó el mando. ¡Qué grandioso, qué valeroso y qué solemne estaba! Nosotros parecíamos estatuas. Ionel Mota manda la posición de firme para rendir honores. Nadie se mueve, parecíamos petrificados. El general Cantacuzino desenvaina la espada. La coge por los dos extremos y la dobla en forma de arco. Es de acero fino de Toledo. Empezó hablar reposadamente, así como solía hacerlo en los grandes y solemnes momentos en francés, que dominaba a la perfección. Lo que tiene en sus manos no es un juguete, como podía verse. La espada, en las manos del general, se dobla como una serpiente.

«La he llevado en las batallas.» Todos conocen el pasado glorioso de este héroe. Miro a nuestro general, héroe entre héroes, ante el famoso Moscardó. Viéndolos cara a cara, nosotros nos sentíamos también orgullosos de nuestro historial. Lo saben muy bien las divisiones mandadas por Von Mackensen. Lo saben todos aquellos contra los que luchamos. Las cariñosas y emotivas palabras nos encendieron y se apoderaron de nuestro corazón. A mí me saltaban las lágrimas en los ojos. Dificilmente conseguí contenerlas.

Nos habíamos petrificado en nuestra impecable posición de firmes y la mano en alto. El general Cantacuzino acabó su conmovedor discurso. Entregó luego la espada y abrazó al general Moscardó, el cual, a su vez, hizo otro tanto, besándole. La gente, profundamente impresionada, irrumpe en aplausos. El valiente español contestó en alemán primero, y en su idioma, después. Se manda la posición de rigor y somos presentados oficialmente al general Moscardó. Vienen luego las más bellas chicas de la ciudad, y, según antigua costumbre, nos ofrecen un vino de honor. Brindamos por la fraternidad entre los dos pueblos. En la calle, la gente vitorea a Rumania. Nos asomamos al balcón. Nuestra presencia fue acogida con enorme júbilo. Recibimos algunas insignias de la Falange Española. Entre los jóvenes falangistas se hallaba también Carmelo, uno de los hijos del general Moscardó, joven de unos quince años. Es simpático y muy reservado. Pero pronto se familiariza con nosotros. Mira con mucho interés mi Cruz Blanca. Le gustaría tenerla. Le expliqué que no se trataba de una insignia cualquiera, sino que era el distintivo de los once años de luchas y devoción hacia nuestro Capitán, Corneliu Zelea Codreanu. Le participo a Ionel Mota el deseo del joven. Él consiente que el hijo de Moscardó lleve la Cruz Blanca, como distinción por parte del Movimiento Legionario Rumano, en atención a los sufrimientos padecidos y con todos los

honoros que confiere esta distinción. Me desprendo de la Cruz Blanca y se la entrego a él: su rostro de niño se ilumina de alegría.

Salimos después en los mismos coches para visitar el museo de Soria. Es un museo prehistórico admirable. Soria fue una importante población prehistórica y más tarde una ciudad romana. Hay en este museo muchas cosas, piezas rarísimas y apreciadas por los hombres de ciencia, e interesantes para cualquier persona.



Ilustración 4. TENIENTE GENERAL JOSÉ MOSCARDÓ. Todo un símbolo de heroísmo y sacrificio de la estirpe hispana, con la aureola del célebre Alcázar. Gesta con proyección impercedera en la Historia Universal, de salvación de la civilización cristiana.

Recibí un libro con los autógrafos del general Moscardó y de su hijo, Carmelo. ¡ Lástima que, junto con mi abrigo, lo haya tirado en Villaviciosa, por olvidarme de que se hallaba en uno de los bolsillos de aquél! A nuestro regreso fuimos partícipes de las mismas manifestaciones de simpatía.

El general Moscardó nos invitó a comer en un restaurante, cuyo interior estaba espléndidamente engalanado con las banderas rumana y española. Los falangistas montan guardia a la entrada y junto las banderas había una pareja de dos pequeños falangistas. Vigilan con altanería, poseídos de su importancia. A mi solicitud, Carmelo obtuvo el permiso para sentarse a nuestra mesa, a mi lado. Veo como su padre le mira de vez en cuando con mucho cariño, pero también con seriedad, preocupado para que no cometiera alguna falta.

El general Moscardó brinda por la Patria rumana y por el Capitán, Corneliu Zelea Codreanu, de quien había oído hablar, ya que nuestro Movimiento era muy conocido en España.

Le devuelve magistralmente el brindis nuestro general Cantacuzino. Habló de nuevo en francés y dejó extasiados a los oyentes por su fondo, forma y por el alma que puso en sus palabras. Nosotros nos sentimos orgullosos. Marín, sentado a mi lado, me dice: «Siento ganas de abrazarle».

Por la tarde visitamos la sede de la Falange. A la entrada montan guardia dos falangistas, con el fusil y la bayoneta calada. Los fusiles eran dos veces más grandes que ellos, pero los pequeños flechas aparecen interesantes y con esta marcialidad que exteriorizaban parecían unos veteranos.

Aquí, según costumbre española, se nos ofrece también un vino de honor. Dirigió la palabra Ionel Mota en un francés perfecto, conmovedor, sencillo. Después, nuestro pequeño grupo, menos yo, que no podía hacerlo, han cantado el himno del Movimiento Legionario, de la Guardia de Hierro, «Sfanta Tinerete Legionara» y «Stefan Voda». Los falangistas cantaron su himno. Todo era fraternidad y júbilo. Los falangistas ofrecen a Ionel Mota en prueba de amistad un estilete. Veíamos con qué rapidez se estaban consolidando los lazos espirituales entre la juventud española y rumana.

Antes de nuestra partida, con la música militar, desfilaron los pequeños flechas. Era una verdadera maravilla. Marcando marcialmente el paso y con los fusiles en posición de desfile, parecían unos soldaditos en pequeño. Salimos de nuevo hacia Aranda de Duero. El general Moscardó, su hijo y su séquito, nos acompañaron unos diez kilómetros. Para despedirnos nos apeamos de los coches. Fue un momento de gran emoción cuando al despedirse los dos heroicos generales se abrazaron efusivamente. Continuamos nuestro viaje y cada vez nos íbamos acercando, más y más a la meta y al verdadero fin para el cual habíamos salido de Rumania. Pronto tendremos que alistarnos en el Tercio. Hacia las nueve de la noche llegamos a Aranda. Mañana visitaremos el Alcázar de Toledo y luego nos iremos a Talavera de la Reina para enrolarnos.

Por la noche nos reunimos para cambiar impresiones en la habitación de Ionel Mota. Vasile Marín opinaba que antes de alistarnos en el Tercio sería conveniente comunicarle a nuestro Capitán las condiciones señaladas para la disciplina militar española a fin de conjugarla con su orden antes de salir de nuestro país, que, en principio, no debía ser superior a un mes nuestra permanencia en las filas del glorioso Ejército español. El señor Clime propone se envíe un telegrama al Capitán, esperando su respuesta en Salamanca. Ionel Mota se opone categóricamente. Siendo nuestro jefe, no hacemos objeción alguna. Era domingo por la noche. El martes nos alistamos en el Tercio. En la muerte o en el triunfo, para nosotros los legionarios, las órdenes del jefe son sagradas.

TOLEDO Y EL ALCÁZAR

Al día siguiente salimos en coche hacia Toledo. Era un día estupendo. A gran velocidad atravesamos pueblos y poblaciones. Llegamos a Avila. Una maravillosa ciudad, o mejor dicho, una hermosa y majestuosa fortaleza. Aquí se halla el centro de la Aviación para el frente del norte de Madrid. Luego atravesamos la sierra de Guadarrama, con un paisaje de verdadero ensueño. En medio de estas montañas hay una enorme presa, que, nutriéndose de aguas del río Tajo, forma como un enorme lago. Por mediación de tuberías, el agua pone en movimiento, más abajo, gigantescas instalaciones que suministran electricidad a Madrid y a su periferia geográfica. También de aquí recibe Madrid parte del agua potable que consume. Es una gigantesca obra: una prueba evidente de que el trabajo y la destreza del hombre han aprovechado todas las fuerzas de la naturaleza.

Los viñedos y las higueras trepan por las enormes piedras. Nigún trozo de tierra está sin cultivar. Verdaderas maravillas de granjas por doquier. Al atardecer descendemos las montañas. A lo largo de la carretera encontramos automóviles destruidos, tanques fuera de combate, carros blindados volcados y municiones de toda clase, que nos indicaba que nos hallamos próximos a la zona del frente. Hacia las veintiuna treinta llegamos a Toledo. Nos dirigimos a la Comandancia Militar, instalada muy bien en un enorme hotel, propiedad de un comunista que huyó para luchar en el frente de Madrid, soñando con una victoria que le facilitaría el cargo de alcalde de la ciudad.



Ilustración 5. CORNELIU ZELEA CODREANU («CAPITANUL»). Precursor, en 1919, del anticomunismo en el mundo. Fundador en 24-VI-1927 de la Legión San Miguel Arcángel, denominada más tarde también Guardia de Hierro y Movimiento Legionario. Asesinado en la noche del 29-30 de noviembre de 1938, durante el reinado de Carol II.

Al general Cantacuzino se le había reservado un bonito apartamento. Lástima, empero, que en las habitaciones hiciera un frío tremendo, por carecer de estufas.

Marín gasta algunas bromas, y luego, exhaustos de cansancio —debido a las emociones y al ajeteo del viaje—, nos quedamos dormidos.

Al día siguiente asistimos en la catedral, inmensa, a la santa misa en sufragio de las almas de

los soldados caídos en el frente. La ciudad está llena de militares: Tercio, moros, falangistas y requetés.

Había una gran mezcolanza de uniformes, tipos e idiomas. Las tiendas, con los cristales rotos y devastadas, daban fe de que por aquí habían pasado los comunistas. Los dueños empezaban a rehacer sus tiendas destrozadas. Las calles, estrechas, dificultaban más aún la circulación. En la plaza central, que fue escenario de lucha, todas las casas habían sufrido desperfectos. En su mayoría fueron incendiadas y destruidas por los rojos. Nos dirigimos a visitar El Alcázar. Todas estas cosas han sido magistralmente descritas por Ionel Mota en sus artículos en la gaceta «Libertatea» y por Vasile Marín en «Porunca Vremii» (El Imperativo del Tiempo). Y si yo vuelvo a narrarlas otra vez es porque a cada cual le llama la atención cosas distintas, y cada uno reacciona de distinto modo al contemplar la misma imagen.

El Alcázar es una ruina. Pero aquí, entre estas piedras y estos escombros, ha luchado y ha muerto por la Patria la flor de España. Las heroicas gestas de valor desarrolladas en este lugar servirán como ejemplo para todas las naciones de la Tierra. Ahora no hay más que un montón de ruinas y de escombros, pero han resistido el tiempo necesario. Parece haber sido creado esto a propósito como una reserva para los tiempos difíciles. Sus murallas, de dos metros de anchura, tres veces minadas, han aguantado las explosiones de 6.000 bombas de gran calibre y 3.000 de 75 centímetros.

Subimos por las escaleras de granito. Vemos muros agrietados, vigas de hierro que parecen retorcidas por manos de un gigante. Hay un ingente montón de ladrillos, piedras y hierros retorcidos. Lo que fue mobiliario de las habitaciones se halla mezclado en un desorden indescriptible. Nada ha quedado servible. Habrá de reconstruirse todo desde los mismos cimientos. Vimos los sitios donde los rojos colocaron las minas. Eran fosas enormes de escombros. El comandante Villalba nos cuenta que, mientras estaban los rojos minando la fortaleza y se esperaba fuera encendida la mecha, la artillería enemiga no cesaba de vomitar metralla sobre la misma. El bombardeo era furibundo. Intentaba con ello obligar a los defensores del Alcázar a refugiarse, precisamente, en la parte minada. No comprendo cómo han podido resistir a este ininterrumpido bombardeo infernal, pues El Alcázar no sólo fue machacado por la artillería enemiga, sino que recibió a mansalva las ráfagas de ametralladora y las granadas desde los edificios más altos de la ciudad.

Luego había que rechazar, a diario, decenas de ataques. En los sótanos vimos el horno donde se cocía el pan. Los cadáveres de los caídos están enterrados en nichos construidos en las paredes. Al pasar por delante de estos nichos rezamos por el eterno descanso de los caídos. Se notaba un fuerte y penetrante olor. Más tarde se construirá un panteón especial para ellos en El Alcázar. Aquí han ocurrido también milagros. Una bomba cayó dentro de una sala donde estaba reunido un gran número de oficiales. Aunque su número se elevaba a treinta y cinco, al explotar la bomba no hirió a ninguno de ellos. En las paredes han quedado las huellas de la metralla. Después, durante la noche, hizo explosión una mina, y al derrumbarse la pared de un dormitorio, tampoco hirió a nadie. Sólo ocurrió que, al apuntar la luz del día, se encontraron con una inesperada claridad. Cuando el enemigo creía que estas explosiones los habían deshecho, emprendía otra furibunda embestida; pero era inmediatamente rechazado, y para asombro de sus jefes, con cuantiosísimas bajas.

Por lo que he visto puedo darme perfecta cuenta de las hazañas ocurridas aquí. ¡Qué grandes héroes han sido los defensores del Alcázar! Es muy cómodo, estando a siete mil kilómetros, leer en los periódicos que el Alcázar ha resistido, que hubo sangrientas luchas y que no se rindió, pero si te quedaras tan sólo unos instantes bajo el bombardeo enemigo, entonces, sin duda alguna, llegarías a comprender perfectamente lo que ocurrió en esta fortaleza.

Al salir supimos que el frente se hallaba apenas a dos kilómetros de distancia. Volvimos agotados a la ciudad. Y nos convencimos, en aquellos instantes, de lo insignificantes que somos.

HACIA EL FRENTE

Los coches nos esperaban para emprender viaje hacia Talavera de la Reina, y pronto nos ponemos en marcha. La carretera pasa a lo largo del frente. Se oye rugir la artillería. Tanto Toledo como Talavera de la Reina están situadas cerca de la primera línea. Empieza a llover. Hacia las doce del mediodía llegamos a Talavera de la Reina. En la plaza preguntamos por el Inspectorado del Tercio. Nos presentamos al comandante en jefe de los legionarios, teniente coronel Yagüe, quien nos recibe muy bien. Salimos. Fuera hace mal tiempo, llueve y aprieta el frío.

Ha llegado el momento de la despedida, ya que nuestro general debía regresar a Salamanca para enviarnos los equipajes y hablar con el Generalísimo Franco, pidiéndole permiso para luchar o para ser útil en algo. Aunque somos todos personas mayores, esta despedida tiene una especial ternura. Veo como le tiembla la cara al general y como se le humedecen los ojos. Este hombre que no se inmuta por nada y que no ha temblado ni un solo instante ante los más tremendos peligros, está ahora dominado por la emoción. Sus muchachos entrarán pronto en fuego, y quién sabe si volverán más. La emoción se apodera también de nosotros cuando le decimos adiós. El general nos abraza fuertemente. Mota, Marín y yo enviamos a nuestras esposas las insignias recibidas con ocasión de la ceremonia de entrega de la espada al general Moscardó.

Los coches se alejan rápidamente. Nos quedamos, en medio de la lluvia, siguiendo con la mirada el coche que se llevaba el último lazo de unión con nuestro país y con los nuestros.

Talavera de la Reina es una pequeña ciudad entre las muchas e importantes que posee España. Es algo parecida a nuestra ciudad de Barlad. Ahora, por su situación, en la cercanía del frente, es punto de concentración de tropas. Aquí vivimos algunos días en medio del tráfago de los mismos. Estando en la plaza de esta ciudad y sin saber a dónde y a quién dirigirnos, se acerca a nosotros un joven falangista, muy simpático por cierto, y se ofrece a acompañarnos. Habla un poco francés. Vamos a la sede de la Falange y allí nos separamos para ir a los alojamientos. Banica y el R. P. Dumitrescu se alojan en una casa; el señor Clime y Alexandru Cantacuzino, en otra. Ionel Mota, Marín y yo nos quedamos en un hotel de tercera clase. Marín y Ionel ocupan una habitación, y yo solo en otra.

Los bares y los restaurantes están llenos. La cerveza, el vino y el aguardiente corren en olas. Los que regresan del frente beben para olvidar las amarguras sufridas; mientras que los que ahora se dirigen hacia aquél, beben para tener ánimos. Todas las mesas están ocupadas. Hay una gran mezcolanza de uniformes: los falangistas, en azul; los requetés, con las boinas rojas y con la borla amarilla, simbolizando los colores de la bandera nacional; los moros llevan turbante y trajes multicolores; el Tercio, con su uniforme de color arena rojiza. Sin embargo, los más vistosos son los moros, con sus pantalones, formando una especie de saco-alforja, con un fondo enorme. No sé para qué servirá, pero se podrá introducir en ellos hasta cien kilos de patatas. Levan unas chilavas de distintos colores, bordados con unos dibujos extraños. Calzan alpargatas, ya que las botas son desconocidas en su atuendo o vestuario habitual, por estar acostumbrados a andar descalzos. A nosotros nos han dado también alpargatas, pero nos deshicimos pronto de ellas.

En los bares hay un humo tan espeso, que puede ser cortado con cuchillo. Todo el mundo bebe y fuma.

Mujeres llamativas, pintadas con estridencia, hacen las delicias de los moros, que no se muestran muy pródigos con ellas. Hay juegos de naipes, dados y de azar. No faltan tampoco los que, con diversas artes, se dedican a "desplumar" a los que regresan del frente. Piensan que, al fin y al cabo, para qué le sirve el dinero en el frente, pues Dios solamente sabe si de él volverán. Todo el mundo se apresura a vivir. Sentir plenamente la alegría de la vida porque se acerca la ofensiva. Todos son indulgentes. La disciplina casi no hace falta. Sin embargo, los soldados poseen un muy buen sentido y no sobrepasan los márgenes del respeto a sus superiores. Es la guerra.

Al atardecer, mientras me hallaba en la sede falangista, vino en inspección un alférez que hablaba un poco francés. Cuando se entera que somos rumanos nos dice que él conoce Dobrogea (Dobruchea), por ser turco. Banica es de Dobrogea y habla perfectamente el turco, motivo que da lugar en seguida a una entretenida conversación. Nos hemos hecho amigos, y para poner los cimientos de nuestra amistad vamos a tomar un aperitivo en un restaurante. El turco parece que se ha olvidado del Corán, ya que manda a poner más vino. Nos atrae la atención un grupo que jugaba cantidades enormes de dinero. Entre ellos se encontraba un moro, que había derribado un avión

ruso y encontró al aviador muerto y medio millón de pesetas, lo que significa unos cinco millones de lei rumanos. En una noche, los jugadores de ventaja le dejaron sin un céntimo. El parece contento por haberse librado de aquel peso. Medio millón de pesetas es una gran preocupación para un soldado: teme ser robado, y si muere, se queda otro con este dinero, así tiene la satisfacción de haberlo perdido voluntariamente.



Ilustración 6. GENERAL RICARDO VILLALBA RUBIO. Glorioso defensor del Alcázar. Conoció personalmente a los legionarios rumanos de la Guardia de Hierro, que lucharon en el frente de Madrid. Fiel a sus nobles ideales y perpetuando el espíritu que animó a Mota y Marín, es, a partir de 1959, presidente de la Hermandad Hispano-Rumana Majadahonda.

Nos vamos a dormir. Por todas las calles se oyen canciones y mucho ruido levantado por soldados alegres y, cosa curiosa, ninguna conducta es escandalosa. Están alegres, gritan y ríen, pero no riñen.

Subimos las escaleras y llegamos a nuestra buhardilla. Las paredes denuncian humedad a causa de las goteras que las «adornan». El suelo es de piedra, desprendiéndose de él un frío que hiela. Nos traen un brasero, que por lo menos nos da la impresión de calor, y pronto nos dormimos.

ALISTAMIENTO EN EL TERCIO

Al día siguiente firmamos nuestro compromiso y recibimos los uniformes. Nos reunimos por la mañana en la habitación de Ionel Mota y rezamos. Luego nos dirigimos hacia el centro de alistamiento. Entramos con cierta cortedad. Hay aglomeración y muchos empujones. ¡Es algo tremendo! ¡También se empuja para ir a la muerte! Nos invitan de manera especial en la oficina, donde un sargento rellena los formularios de enganche. Damos nuestros datos personales, cosa que no extraña a nadie. En el Tercio puedes ser rey de Inglaterra y a nadie sorprende esto, pues no se exige ninguna documentación para averiguarlo. El Tercio está lleno de condes, príncipes, duques, así que los verdaderos —como era el caso del Príncipe Alecu Cantacuzino— no producen impresión alguna.

Al final firmamos el documento y ponemos nuestras huellas digitales. La firma no tiene ningún valor —incluso puedes dar un nombre falso—, pero las huellas digitales constituyen el medio de reconocer a los que desertan.

Siento una gran emoción al firmar el documento de alistamiento por la duración de la guerra. Subrayamos que renunciamos al sueldo a favor de la Cruz Roja. Nos presentamos para recibir los uniformes y pertrechos. Los uniformes son demasiado pequeños para mí y demasiado grandes para el R. P. Dumitrescu. A Banica, aunque es más alto, es más delgado, le está de maravilla; podría decir que es a quien mejor le está, pero no hay botas a su medida. Aquí la gente tiene una estatura mediana. Para ellos Banica es un gigante.

En unos minutos nos convertimos en soldados españoles del Tercio. La vestimenta es un poco ligera. Para mí es demasiado estrecha para vestir un jersey debajo. Me vi forzado a ir a un sastre para añadir más tela a mi uniforme. Como no disponía del mismo color y género para las mangas, me puso otra tela. Mi uniforme tenía ahora un aspecto rarísimo.

Andamos por las calles serios, saludando a los oficiales que encontramos en nuestro camino.

Luego nos presentamos al teniente Prado, quien habla bien francés. Le contamos quiénes somos y para qué hemos venido a luchar, conducta que le entusiasma, y por la que nos invita a brindar con unas copas de ron. ¡Qué pena que su comportamiento posterior fuera de signo distinto! Ha sido el único con quien no nos hemos entendido muy bien. El cambio apuntado ha sido debido, tal vez, a su juventud y a falta de experiencia.

Para ahorrar compramos algo y comemos en casa, y solamente Alecu va al restaurante; pues siendo el más delgado de todos, le hacía falta mejor alimentación.

Durante la noche me resfrié fuertemente, con una fiebre de cuarenta grados, impidiéndome ir al cuartel para hacer la instrucción, Viene a verme el médico de nuestra compañía, quien, al notar la temperatura, quiere internarme en el hospital. Tan malo y con tan alta fiebre, estuve todo el tiempo en Talavera de la Reina, que no pude hacer ninguna instrucción. Ionel Mota estaba muy enfadado por haberme puesto enfermo; pues temía, por lo visto, que se descompletara el equipo y no pudiéramos ir al frente. Podría estar muy enfermo, pero no me hubiera quedado allí, ya que yo no concebía venir a España para ingresar en un hospital. Tuve suerte con una viejecita, la propietaria del hotel. Tenía un aspecto de bruja, pero me cuidó con una rara devoción. No podía tomar más que zumo de naranja, que me lo preparaba Banica. Pronto cayó enfermó también el R. P. Dumitrescu, para gran desesperación de Ionel Mota, quien veía que nos poníamos malos uno tras otro. Todos han tenido una especie de gripe, pero no han querido quedarse en la cama, curándose de ella de pie. Solamente Banica se libró. No tengo más paciencia y me levanto de la cama, aunque persistía la fiebre. A pesar de ello, salimos para Toledo.

Me quedo solo en casa, en la cama, lejos de los míos, y durante la alucinación de la fiebre veía el país, mi casa y mi familia. Se apoderaba de mí un desconsuelo terrible. Fuera hacía mal tiempo, con lluvia y frío. No me sentía tan mal por el frío, sino por la humedad. En el frente puedes morir con entusiasmo, feliz, pero cuando estás enfermo y luchas con la enfermedad, en vez de estar cara al enemigo, cuando piensas que puedes morir sin haber alcanzado la meta de esta expedición en que has participado con todo el entusiasmo y convencimiento, entonces te sientes deprimido, como abandonado por la suerte. Pero alguna vez me animaba cuando, por debajo de mi ventana, regresando de la instrucción, mi compañía cantaba: «Soy valiente y leal legionario...» Me decía yo mismo: estaré a vuestro lado en la vida y en la muerte, contra los ejércitos de Satanás.

Una tarde me anuncian los camaradas que nos marchamos. Preparamos los equipajes,

tomando lo que podemos. El resto lo dejamos guardado en el hotel. Pasamos por la sede de la compañía, donde completamos nuestros pertrechos de guerra. Me siento bien, sobre todo por haber salido el sol. Llegados a la estación subimos en vagones de segunda clase. Ionel Mota coloca nuestra bandera rumana a la bayoneta del fusil y la saca por la ventana del vagón. La locomotora se pone en marcha y los nuestros empiezan a cantar canciones del Movimiento Legionario Rumano, mientras que la bandera ondea al aire victoriosa, y nos parece que nunca han brillado más los colores de nuestra enseña nacional. Todos nos entusiasmos. El tren avanza despacio. Poco a poco comienza a oscurecerse. En el vagón se han dormido casi todos, salvo nosotros los rumanos, quienes, a la luz de un trocito de vela, apretados unos con otros, seguimos hablando. El tren se para unas horas en medio de un campo. Por fin dormimos nosotros también en un ambiente fraternal. De nuevo el tren se pone en marcha y pronto llegamos a nuestro destino. Bajamos para subir en seguida en unos camiones cerrados, que nos llevan a la plaza de la ciudad de Toledo, cerca de El Alcázar. Las ruinas parecen ahora aún más fantásticas. A estas horas la ciudad está desierta, parece abandonada, sin vida. Luego nos alojamos en una escuela. Está destruida por los bombardeos, pero tenemos, sin embargo, la posibilidad de descansar sobre el suelo de parquet y además ya no hace frío.

Al día siguiente, por la mañana, damos un paseo por delante del cuartel y hasta la puerta principal de la ciudad donde, arriba, se halla la estatua del Arcángel San Miguel, lo que constituye una agradable sorpresa para todos. Ionel Mota está muy conmovido. El Arcángel nos ha guiado por todas partes: en Hamburgo, Salamanca y en Toledo. Ionel Mota siente esto profundamente. La fe está dentro de su ser, la vive en todo instante. El siente a Dios cerca de él, en su persona, en lo que piensa y en lo que hace. La fe no es algo implantado en su alma por alguien desde fuera, sino que él ha nacido con ella, es parte integrante de su ser. Creo, aunque no comprendo suficientemente bien, por no ser teólogo, que Ionel Mota ha sido un ser religioso superior, un santo. Nosotros somos también creyentes, pero de una manera muy distinta de la suya. Prueba de que Ionel Mota era una persona completamente distinta de nosotros es el hecho de que aunque poseedor de una escogida cultura, siendo uno de los mejor preparados de su generación, en todos los campos, sin embargo, los estudios no han logrado deformar o destruir algo de su fe. En el instituto, por lo menos cuando estudié yo, se practicaba el ateísmo en la más terrible acepción de la palabra. Te hacía falta una especial estructura del alma y un ambiente sano en tu familia para no ser envenenado con la «enseñanza».

¡Cuánta esperanza recogíamos nosotros al encontrarnos en todas partes con la imagen del Arcángel San Miguel! Y ahora en el extranjero, lejos de nuestros seres queridos, sentíamos que algunos de ellos nos acompañan. El Arcángel San Miguel ha querido tanto a Ionel Mota, y éste a él, que lo ha llevado en sus brazos al cielo. No sé si expreso bien mis sentimientos, pero cuando te hallas lejos de tu país tienes otras emociones ; la nostalgia de la Patria nos hermanaba y unía nuestras almas. Todo el tiempo hablábamos del Capitán, del país, de nuestras familias. ¡Lográbamos un ambiente espiritual tan agradable, tan sublime! Nos hubiéramos quedado horas enteras charlando y entreteniéndonos, pero nos despertaba a la realidad un toque de corneta.

En un jardín de Toledo había un hermoso monumento de piedra, y encima de él, una estatua de mármol que representaba a Jesucristo en un tamaño de ocho metros. Ahora yacía en tierra, derribado por los comunistas. La cabeza de Jesús, agujereada por balas de ametralladora, estaba con la mirada hacia el cielo, parecía que rogaba a Dios por el perdón de los pecados de los hombres. La cabeza de la estatua tenía ahora, a causa de la metralla, un aspecto más pronunciado de dolor, lo que impresionaba con mayor profundidad. ¿Qué inquietudes han podido influenciar tanto las almas de los españoles para llegar a cometer semejantes actos? ¡Qué contraste hay en la manera como se han comportado los comunistas con las sinagogas y con las iglesias! Las hemos visto. Las sinagogas no tienen ni un solo cristal roto. Ni nosotros admitimos la destrucción de ningún templo de nadie, pero cuando todos los monumentos cristianos han sido destruidos y el templo judío se ha quedado intacto, nos hacemos una pregunta: ¿los comunistas están contra la religión cristiana y no contra la religión hebrea? Es conocido, sin embargo, el hecho de que los jefes comunistas son judíos, y así se explica la intolerancia frente a todos los demás ritos y el respeto a la religión talmúdica.

Cuán feliz e iluminado estaba Ionel Mota cuando decía: «¿Os dais cuenta qué significa morir por Dios, por Cristo? ¡Qué felicidad nos ha sido reservada a nosotros!».

Llevamos tres días en Toledo. Por la amabilidad del capitán general de Toledo, a nosotros, los rumanos, se nos aloja dentro de la ciudad.

El R. P. Dumitrescu y yo hemos tenido suerte de encontrar personas muy buenas. El propietario de la casa era el director de una escuela primaria. Ionel Mota nos ha colocado en las mejores condiciones a nosotros dos bajo el motivo de que habíamos estado enfermos en Talavera de la Reina.

Una noche, precisamente cuando cenábamos con la familia donde nos hospedábamos, viene alguien y nos avisa que salimos para el frente y que tenemos que presentarnos inmediatamente a la compañía. Recuerdo cómo empalidecieron todos los de la mesa. Tomamos el equipaje, decimos adiós a esta familia y nos marchamos.

Al bajar nos encontramos con los demás rumanos, ya que todos vivíamos en la misma calle. En Toledo todas las calles son estrechas, reminiscencia e influencia árabe. Al llegar a la escuela, donde se encontraba nuestra compañía, ésta se había formado ya, y ocupamos cada uno nuestro sitio, mientras el sargento pasaba lista.

Los españoles leían nuestros nombres muy de prisa y muy incomprensibles. Abusaban de la letra h, lo que a nosotros nos divertía mucho. Marín hacía siempre reflexiones chistosas, en las que podíamos notar la agudeza de su mente.

Nos reparten granadas y cartuchos y luego se rompen filas. Esperamos en los pasillos de la escuela —sin vidrios y agujereada por los obuses—, donde hacía un frío húmedo que penetraba hasta los huesos. Se encienden fuegos y nos calentamos, cayendo en seguida rotos de cansancio, ya que todo el día hicimos instrucción y ejercicios de tiro en el polígono. Alecu y Marín van en busca de tablas. El primero trae unas puertas de un armario, y el otro, un libro-archivo y papeles. Encendemos el fuego y empezamos a hablar todos. El edificio no tiene luz y los reflejos de las llamas juegan sobre las caras, mientras que nuestras sombras toman sobre las paredes unas formas fantásticas. Olvidamos que somos soldados y que dentro de una hora saldremos para el frente. Parece que estamos en una reunión de amigos, lejos de la guerra. A la luz del fuego, que parpadea, empieza a contarnos cosas el señor Clime, seguido después por Ionel Mota. Estamos tan unidos, con este cariño de hermanos que se transmite de uno a otro, que los corazones se llenan de nostalgia y ternura. El fuego se apaga paulatinamente, y uno tras otro nos dormimos apoyándonos recíprocamente, soñando con el país y con lo que hemos dejado en casa.



Ilustración 7. EL GRUPO DE LOS VOLUNTARIOS DEL MOVIMIENTO LEGIONARIO RUMANO 1936-1937. En el primer plano, de izquierda a derecha: Ion Mota y el general príncipe Gheorghe Cantacuzino; detrás, en el segundo plano: Ing. Gheorghe Clime y el R. P. Dumitrescu; en el tercer plano: Neculai Totu y Vasile Marín; en el último plano, también de izquierda a derecha: Banica Dobre y el príncipe Alecu Cantacuzino.

De repente, una breve orden corta nuestra quietud y saltamos como si nos quemara. Formamos de nuevo. Son las cuatro de la mañana. Fuera llueve y hace un frío intenso, ya que los uniformes

son muy finos y no abrigan nada. Metidos con toda rapidez en los camiones abiertos, éstos se ponen en seguida en marcha. El aire nos hiela ahora por completo. Ionel y yo estamos de pie, porque no hay más sitio donde sentarnos; el camión está abarrotado de soldados. Ionel cubre su cabeza con el abrigo y a mí me da su manta.

Querido Ionel, no sé si estas líneas o mis sentimientos, despertados por la descripción de aquellos tiempos, llegan hasta allí, en el cielo, donde estás ahora tú. Si te he faltado en algo, si no he podido seguirte y llegar hasta la altura de tu ideal, te ruego que me perdones. Has sido todo el tiempo tan bueno conmigo, con todos, a quienes nos has dado tu alma, tanta ternura, tanta bondad, que toda mi vida mi corazón estará reconfortado por tu recuerdo.

EN EL FRENTE

Llegamos a un pueblo de cuyo nombre no me acuerdo. Un pueblo abandonado en la cercanía del frente. Nos introducimos en una casa y en seguida empezamos a limpiarla por dentro. Nos lavamos en una fuente del patio. Los demás soldados han encontrado por las casas y las habitaciones abandonadas barriles de vino. Han sido agujereados a disparos por los comunistas y el vino corre sin cesar desde hace días. Se han formado ríos de vino. Vamos nosotros también a llenar nuestras cantimploras. Cuando nos parece que nos hemos instalado bien dentro de la casa, de nuevo nos llaman. Subimos en los camiones y corremos con una velocidad de locura. Se oye el tronar de la artillería. Pasamos cerca de un olivar. La artillería está muy bien camuflada. ¡Qué cañones maravillosos de largo alcance y de tiro preciso! Son la expresión del último adelanto, son aparatos modernos. El emplazamiento de estos cañones está rodeado de alambrada. Pasamos cerca de ellos con una velocidad fantástica. El ruido de la artillería se oye cada vez más cerca. Llegamos a un pueblo que se llama Villaviciosa. A mí me parece que estamos en la periferia de Madrid. El sol quema como en el mes de mayo. Tengo el abrigo envuelto en la manta colgado del cuello, igual que Ionel Mota. El me dice:

—Yo tiro el abrigo. Lo tengo hace nueve años. Si Dios quiere que vuelva, me haré otro.

Cuando pasamos cerca de una trinchera, Ionel saca el abrigo de la manta y lo tira. A mí me pesa mucho el mío, pero siento mucho tirarle. Lo tengo solamente hace dos años y está aún bueno. Delante de nosotros se halla un edificio enorme con una torre. Allí están colocados los observadores con sus prismáticos, que controlan el efecto del tiro. Andamos hasta llegar a un pequeño bosque de pinos. Aquí se nos dice que nos hallamos en el frente. El R. P. Dumitrescu hace una «corta oración», cantamos *Dios está con nosotros*, y luego canciones legionarias. Nuestra canción, cantada en voz baja, tiene algo de misterio y nos emociona a todos. Luego Ionel reparte el dinero para que en el caso de que alguien caiga herido pueda enviar un telegrama y avisar a Rumania. No guarda nada para él.

La compañía se pone en marcha. Nos separamos y andamos a una distancia de cinco metros entre cada uno para que el efecto de las bombas sea lo más reducido posible.

Delante de nosotros se halla una colina. Marchamos decididos. A la mitad del camino entro en calor; me paro, saco el abrigo de la manta y lo tiro. Siento el haberlo llevado tanto tiempo a la espalda y que me haya calentado en balde. Ahora lamento que no he sacado de su bolsillo el libro que me regaló el hijo pequeño del general Moscardó, Carmelo, con un autógrafo del general y de él.

Hace un calor tremendo. Todo el mundo se desprende de algo que le incomoda. El camino está marcado con mantas, por haber pasado ya antes que nosotros otras tropas. A estas mantas se añaden las dejadas por nosotros. El señor Clime lleva a su espalda el saco que había tirado Ionel Mota al suelo. Impresiona por su resistencia. Desde aquel día me di cuenta de lo que puede soportar el señor Clime.

Aparecen los aviones enemigos. Nos echamos todos al suelo, nos levantamos luego y de nuevo nos tiramos. Encontramos refugios y trincheras abandonadas por el enemigo. Los cañones se oyen cada vez más cerca. Al anochecer llegamos a Boadilla del Monte. Los cañones disparan desde el mismo margen de la carretera.

Boadilla del Monte es un pueblo grande, con un castillo y un monasterio. Podría decirse que es casi una pequeña ciudad. En España los pueblos tienen un aspecto muy hermoso, como verdaderas ciudades, y todas las casas son de piedra y ladrillos, con luz eléctrica.

Sin embargo, aquí el paisaje es triste. Las casas han sido destruidas por los bombardeos y saqueadas por los comunistas. Hay aquí muchas tropas. Pululan por los callejones soldados, moros, muías y camiones. Todos van en busca de algún refugio. Nuestra compañía se aloja dentro del monasterio. Este ha sido el centro de la resistencia comunista. El interior del monasterio está destrozado y profanado. Pasamos sobre hábitos sacerdotales; hay iconos arrancados de las paredes, que han sido arrojados al suelo en una mezcla de basura, pajas y cosas destrozadas, robadas de las casas; almohadas, cuyas plumas se esparcen por el suelo; colchones rotos y restos de comida. Creo que igual aspecto presentaban las villas romanas después del paso de los bárbaros. Sin embargo, los más salvajes de ellos —los hunos— respetaron las súplicas del Jefe de la Iglesia. Los comunistas del siglo xx no respetan nada, no perdonan nada, se burlan de las cosas sagradas, del arte, del nombre de «persona».

Todas las paredes han sido agujereadas para poder disparar con el fusil desde el interior. En las ventanas hay sacos de arena. El R. P. Dumitrescu recoge junto con Mota y Marín las investiduras sagradas, que se hallan diseminadas por el suelo, y las colocan sobre una ventana.

Es ya de noche y nos perdemos por las galerías. Pisamos y tropezamos con objetos, llegando a separarnos del resto del grupo. De vez en cuando silbamos algún fragmento de la marcha «Stefan Voda», y así podemos localizarnos. Recibimos cena fría. Luego nos dirigimos hacia nuestro alojamiento. A la luz de un trocito de vela barremos la habitación. No sé cómo el señor Clime llegó al desván de la casa, donde encontró algunos haces de paja, sobre los cuales se duerme estupendamente. Siguiendo su ejemplo, nosotros vamos también con la luz del mechero de Marín y traemos más. Nuestras habitaciones están del lado donde se halla el enemigo, a unos 50 metros de la pared exterior del monasterio. Uno de nuestra escuadra hace de centinela en la ventana para dar la alarma si fuésemos atacados. Con la luz de una antorcha vamos a visitar el monasterio.

El cuadro es espantoso. Iconos creados por pintores célebres, obras de arte del tiempo del Renacimiento, y aún más antiguas —el monasterio tiene unos seiscientos años— están rotos y con los ojos arrancados. Los iconos de la Virgen profanados, piden venganza. ¡No se puede describir todos los horrores! ¡Qué cosa más rara; los comunistas en todos los países se vuelcan primero contra la religión y contra las iglesias!

Por ejemplo, en Toledo han profanado todas las iglesias, pero el templo judío no lo han tocado siquiera. Extraña coincidencia. ¿No?

Nuestra antorcha ilumina fantásticamente las galerías, los altares, y nos parece que ha llegado el fin del mundo y que el infierno ha empezado su dominación. Hay basura sobre el altar; todo lo han ensuciado y para que el sacrilegio sea aún mayor, la hoz y el martillo —confeccionadas por manos inexpertas— llenan las paredes, los iconos y todos los rincones. He aquí la civilización que nos espera a nosotros también. Sería muy acertada —para su documentación— una visita de nuestros demócratas a España.

Llenos de amargura, nos echamos sobre las pajas del suelo a dormir, pero sin lograrlo. Nos desvelan los pensamientos. Mota dice:

—Cuando pienso que sería posible que los comunistas hicieran de nuestros monasterios que han hecho aquí... Imaginaos el monasterio de Neamt, el nido de nuestra fe, de los antepasados; el monasterio Putna, donde descansa en paz Stefan Voda, y las demás reliquias de nuestra fe en manos profanadoras de los judíos comunistas.

Nos estremecemos. Marín dice:

—Si morimos aquí, no debemos preocuparnos. Los legionarios morirían hasta el último, al frente con el Capitán, pero esto no ocurrirá.

Todos los españoles han dormido. Nos toca a nosotros ahora el hacer de guardia. En la habitación vecina se oye cómo el señor Clime cambia su turno con Banica. Por fin dormimos nosotros también.

Por la mañana nos damos mejor cuenta de los horrores cometidos por los comunistas. Un trapo rojo ondea encima de la cruz del monasterio, como símbolo de la civilización, de la libertad y del orden. Un legionario quita este trapo y lo quemamos. Se nos reparte la comida, y luego se revisa el armamento. Después de esto nos dirigimos hacia el bosque de pinos.

EL PINAR

El bosque de pinos representa la parte poética de nuestra campaña. Aquí hay un cuadro maravilloso: mezcla de guerra y la belleza de la naturaleza.

La Sexta Bandera ha sido traída aquí para romper el frente, pero se renunció a una inmediata ofensiva; el ataque fue aplazado por unos días.

A las ocho de la mañana salimos del monasterio de Boadilla del Monte en formación de guerrillas a lo largo de la carretera. En el camino encontramos comunistas muertos sin ser enterrados. El enemigo ametralla furibundo una casa situada sobre la cima de una colina cerca de nosotros, sospechando que allí tendríamos algún puesto de observación. Nuestros aviones de bombardeo, en una formación impresionante, se dirigen hacia el frente enemigo. A su alrededor —para protegerlos— hay aviones de reconocimiento y de caza. Se nos concede un descanso y nos sentamos en el suelo. Nos quedamos así una hora y media. Pasan los moros, y tras de ellos otras tropas, mientras que otras vuelven del frente. Nosotros parece que nos hemos petrificado en espera.

Por fin llega «Nea Elie» —así llamamos nosotros a nuestro capitán—; habla algo en español con el teniente. Nos ponemos en marcha. Subimos una pequeña colina y luego bajamos un valle, entrando en un bosque de olivos. El valle es un declive limitado por gigantescos pinos, de gran belleza. De nuevo tenemos descanso y construimos unos refugios con ramas de olivo. Nos duele extraordinariamente arrancar estas ramas, pero no hay más remedio que hacerlo. Bajo cada árbol se confecciona pequeñas cabañas, y debajo colocamos paja recogida del campo. Hace mucho calor y nos quitamos los cinturones. Nosotros tres nos construimos una cabaña sobre una colina debajo de un olivo. Banica, Alecu y el R. P. Dumitrescu y el señor Clime se colocan en el valle, bajo los grandes pinos. Aún no hemos terminado bien nuestras improvisadas cabañas y el enemigo advierte nuestra presencia. Empieza abrir el fuego de artillería precisamente sobre el lugar donde hemos acantonado. Sin prisa se reúne nuestra compañía y nos situamos en el cauce del río seco. Echamos las mantas en el suelo y tomamos el sol todo el día. Allí comemos sardinas, chorizo, queso, pan y bebemos vino de mi cantimplora. Hasta el anochecer los cañones enemigos no han aminorado su fuego. Llegaban las bombas hasta unos veinte metros cerca de nosotros, pero estábamos muy bien amparados. Las metrallicas no nos podían alcanzar, ya que el cauce del río era como una trinchera, y si hubiera caído alguna bomba cerca de nosotros no hubiera explotado por encontrar una arena muy blanda.

Al anochecer se interrumpe el bombardeo, se hace una pausa. Se nos ordena volver a nuestras cabañas. Cuando llegamos allí el enemigo abre de nuevo fuego, y mucho más violento que antes. Volvemos al cauce del río y sólo pasada media hora los cañones silencian definitivamente y así nos preparamos para dormir. Hace una noche estupenda; es la primera que dormimos en el campo. Se encienden los fuegos. Los pinos, iluminados, dan unos reflejos maravillosos. Delante de mí, un lucero atrae mi mirada. Por espacio de algunos instantes me parece que es una noche de junio, en las montañas de Rarau, en mi Patria, y que a mi lado se hallan reunidos, alrededor del fuego, en sesión del «nido», los legionarios. Vuelvo a la realidad: nos hallamos en España y estamos en guerra.

Nos encontramos en este bosque de olivos y pensamos que el enemigo puede vernos. Pero ellos también encienden fuegos, y así parece que hay un convenio tácito para no turbar esta noche. Colocamos una manta encima de las ramas y de la paja, y con otras dos mantas nos cubrimos. Marín está en medio y Mota conmigo a los lados. Yo no duermo nunca en medio; no me sentía cómodo, porque yo soy más largo que ellos dos. Dormimos apretados unos con otros, puestos los cinturones que pegan los uniformes al cuerpo y nos dan más calor, pero nos mantienen listos para la alerta. A media noche viene a despertarnos nuestro cabo. Toda la escuadra hace guardia. Pasamos el cauce del río y sustituimos a otras escuadras. Los soldados parecen fantasmas debajo de los árboles. La noche es serena y fresquita. Los fuegos se van apagando y solamente aquí y allá tiembla algún rayo de luz. Todo el mundo duerme. Estamos atentos, porque el enemigo podría sorprendernos. Al comienzo nos parecía que cada arbusto que se movía es un enemigo; luego los ojos se van acostumbrando.

De vez en cuando nos llamamos uno a otro. La luna, grande y roja, empieza a desaparecer. Se perfila la silueta de los pinos gigantes. Sus sombras se reflejan sobre el valle entero. Los recuerdos se vuelcan en tu cerebro y te parece que delante de ti se desarrolla toda tu vida durante una noche

de guardia. Las horas pasan rápidamente. Volvemos cansados y enfriados. Nos dormimos profundamente y sin sueño, apretados unos contra otros.

La mañana hace prever también un día hermoso.

No hay ninguna nube sobre el cielo claro y de un color azul maravilloso, como no se ve en nuestro país. El sol brilla. Es toda una hermosura. Abandonamos el refugio y pasamos por el valle y por encima de unas colinas cubiertas de olivos. Nos paramos durante dos horas. Entre tanto, los soldados han capturado un espía comunista venido especialmente desde Portugal entre nosotros. Lo llevan ante el capitán y los demás oficiales. Sus ojos se le han enturbiado de miedo. Toda su persona está descompuesta. Los músculos de su cara tiemblan, indicando que ha perdido el control de los nervios. Tiembla y balbucea sin poder dar explicación alguna; pienso qué habrá en su alma. ¡Cuántos pensamientos se baten, se entrecruzan, y luego el miedo de la muerte!

Los oficiales le gritan y le juramentan. Se ha perdido completamente. Intenta una débil defensa, pero no logra dar ninguna explicación clara. Los ojos están fijos sobre las manos del oficial que toca su pistola. ¿Qué le había empujado a él hacerse espía? ¿Por la fe comunista, por dinero? Quién lo sabe.

En un instante se da cuenta de lo que le espera; los ojos le salen de las órbitas, la cara se le ha crispado. El teniente le hace una señal que se ponga en marcha. Comienza con pasos inseguros y despacio, deseando —al parecer— prolongar los últimos instantes. Parece que espera aún un apoyo que no puede venir de nadie. El teniente le empuja con la pistola en la espalda. Le veo con la cabeza agachada y con los puños apretados. Se ha terminado. No tiene ninguna salvación. Se oyen algunos disparos, algunas balas, y todo acabó. Se pueden perdonar los pecados y los errores contra el individuo, pero no se perdona la traición.

El incidente pasó y volvemos a nuestras preocupaciones. Un español baila con mucha gracia una danza de los negros de Sudamérica, que hace reír a carcajadas la compañía entera.

Tras insistencia de Ionel Mota, se nos permite a nosotros, los rumanos, el ir a la primera línea de fuego. Marchamos junto con un alférez. Desde la colina se ve muy bien la posición del enemigo. Mota se entera dónde está situado Madrid. Era a la derecha, a unos diez kilómetros, y se veían las antenas de la emisora de radio. Hemos planeado desfilas por las calles de Madrid con nuestra bandera rumana, que trajimos de nuestro país, pero la suerte lo ha querido de otro modo.

Volvemos. Alecu Cantacuzino se había marchado con las cantimploras a por agua. El enemigo empieza a bombardear el mismo sitio de donde se cogía agua. Todos los españoles huyen, quedándose solamente Ale-cu, quien sigue llenando las cantimploras y luego se lava las manos. Ha aprovechado la fuga de los demás, ya que de otro modo debía esperar su turno unas dos horas.

Empieza el bombardeo, cada vez más cerca de nosotros. Nos retiramos de nuevo a nuestras cabañas. Por delante de nosotros pasa una mula que lleva atado sobre su lomo un oficial moro muerto. Los ojos los tiene abiertos, mientras que la boca deja ver sus dientes. Debajo del fez encarnado se ven hilillos rojos de sangre coagulada. Se le va a enterrar conforme a su rito.

Un soldado lleva el ronzal de la mula enrollado en su mano, sin prisa, sobre la tierra de arena rojiza, bajo el sol ardiente. Tengo la impresión de que estamos en el Sahara, junto a los beduinos, con la cabeza cubierta por el turbante, que se pierden en el impenetrable y misterioso desierto. Marín se ha envuelto la cabeza con su bufanda colorada, y con su manta a la espalda se asemeja con un moro. Le gusta esta cosa y le encanta.

¡Quién sabe en qué sueña su alma, a dónde vuela su imaginación! Le llamamos en broma «moro».

El resto del día lo pasamos contando historias. La endiablada artillería enemiga se ha empeñado en destruir la casa de la colina, pero sin conseguirlo. Dentro de esta casa se halla un sacerdote con el primer puesto de socorro para los heridos. No le ha ocurrido nada. «Nea Elie», el capitán, nos trae y nos presenta al sacerdote. Hemos sido muy buenos amigos con el sacerdote, era una bonísima persona.

Al anoecer se nos ordena la marcha. La compañía, en formación, regresa por donde hemos venido. En una colina, cerca de Boadilla del Monte, nos paramos. Rompemos filas y se nos ordena cavar trincheras. Todo el frente emprende una retirada estratégica, bajo la protección de nuestra compañía.

Con las escudillas de comida, Marín y yo nos confeccionamos un refugio. Mota y el cabo están

a nuestro lado. Nos proporcionamos algo de paja. Entre tanto, se deslizan las compañías de nuestra Bandera y los moros. Estos luchan siempre con el Tercio. Existe esta costumbre de luchar juntos desde Marruecos. Los moros tienen sus formaciones, que se llaman Tabor, que incluye a toda la tribu, desde el niño de catorce años hasta el viejo de setenta. Luchan igualmente bien y tienen un tiro excelente. Aunque disponemos de fusiles un poco pesados, los moros cazan con ellos liebres. Les gusta muchísimo las armas, son capaces de desprenderse de cualquier otra cosa, pero no de su fusil. Son muy frioleros y encienden fuegos en las trincheras para calentarse, aunque les descubra el enemigo. Prefieren morir que aguantar el frío. Corren con gran rapidez y se deslizan como los reptiles. A menudo los comunistas se encuentran con ellos en las trincheras, sin darse cuenta por donde han venido. En la caza de tanques eran maravillosos, rastreando como los diablos y no raras veces obligaban a los tanques a dirigirse hacia nuestras líneas, ya que subían a ellos, levantaban la escotilla y amenazaban a los servidores con las granadas si no obedecían.

Los del Tercio somos más orgullosos. Vamos a la caza de tanques sin tomar demasiadas precauciones, considerando que es un deshonor esconderse, y por eso tenemos grandes pérdidas. Hay unas reglas muy extrañas en el Tercio, que nos han sorprendido mucho. Unas son excelentes, pero otras no tienen mucha justificación. Por ejemplo, cuando estamos en marcha, nadie se agacha, sino que seguimos adelante cuando llega el obús. Era considerado miedoso aquel que se agachaba o se doblaba. Tenemos que quedarnos firmes para no disminuir nuestro prestigio. Luego, no hay que evitar, ni huir de las balas.

Y cosa muy extraña, casi nunca, y en contados casos, ha sido alguien herido o muerto a causa de estas imprudencias. Sin embargo, tienen unas costumbres excelentes. Si un compañero se halla en peligro, va para salvarle toda la compañía, aunque sea un lugar muy peligroso y con la certeza que todos morirán. Si ha sido aniquilada una compañía interviene la Bandera entera. El Tercio no deja siquiera ni los muertos en las manos del enemigo en caso de retirada. En definitiva, los del Tercio, en un ataque, mueren hasta el último en su puesto, ya que no se retiran; esta palabra no la conocen, sino siempre «adelante». Casi todos son más jóvenes que nosotros, chicos de unos quince a veinticinco años. Nuestras edades empezaban desde veintisiete hasta cuarenta y seis años, y sin embargo no solamente llegamos a ser iguales, sino les superamos con las gestas heroicas de Mota y Marín.

Hacia el amanecer nos retiramos nosotros también de la posición. La retirada estratégica se había efectuado en condiciones excelentes, sin que el enemigo se enterase. Sólo el día siguiente, al anochecer, empezó a acercarse, cuando se dio cuenta de nuestra retirada. El fin de nuestro repliegue era el sacar a los comunistas de sus posiciones fortificadas a base de hormigón.

Con mucho sueño y cansados nos retiramos de la posición. Nadie piensa en mirar la luna. Solamente Marín nos atrae la atención sobre la belleza del paisaje: las colinas iluminadas hasta muy lejos, los pueblos que se pierden en el horizonte de nubes lejanas, plateadas y los ríos cuyas riberas tienen brillantez de diamante. ¡Qué belleza! ¿Quién ha hecho todas estas cosas? El Todopoderoso, a quien se ha humillado y burlado. Nos sentimos orgullosos que podamos decir: «Luchamos por Cristo. Somos sus soldados, venidos del sol-naciente, para derramar gotas de nuestra sangre por la eterna fe por los campos de España».

Marchamos a paso ligero. De vez en cuando, alguna chispa salta de los clavos de las botas al chocar con las piedras. Nuestra columna anda muy despacio, como un río en una llanura. Nadie saca una palabra. Parece que estamos embrujados. Solamente el ruido metálico de las cantimploras y de las máscaras de gases interrumpe el silencio. Desde lejos se oye de vez en cuando, calladamente, algún disparo de fusil. ¡ Desearía que este camino no tenga fin. Me parece que me encuentro sobre las colinas de Cahul! ¡ Qué enorme distancia nos separa de nuestro país! Siento cómo se me oprime el corazón cuando pienso en él.

Como unas sombras fantásticas entramos de nuevo en Boadilla del Monte. No se mueve nada. Ni los perros se han librado de la furia de los comunistas. Cuando entraron nuestras tropas en el pueblo eso fue lo primero que notamos. El silencio de la muerte se había adueñado de todos y de todo.

Llegamos ante una casa indicada para servirnos de alojamiento. Con pasos perezosos subimos las escaleras de un piso a tientas en la oscuridad. Un trocito de vela refleja luces fugitivas sobre las paredes de la habitación donde dormimos. Nos echamos vestidos, tal como llegamos, con el armamento y con la máscara de gases como almohada y pronto nos dormimos. Estamos amontonados al máximum. Yo no tengo sitio y duermo sobre una silla.

LAS SALVAJADAS COMUNISTAS

A las seis de la mañana nos despertaron. Por delante de nuestra casa pasa la cartera que va hacia Pozuelo. Se pasa lista y tomamos el café. Luego tenemos descanso hasta el almuerzo. Marchamos en busca de agua, ya que hemos llegado en un estado de gran suciedad, y también para conocer el pueblo. Aquí tuvimos una visión clara de lo que significa la revolución comunista. Haré todo el esfuerzo posible para ser breve en la descripción de las cosas que hemos visto, para no ser acusado de parcialidad. Si en la lucha por un ideal pueden ser perdonadas ciertas crueldades necesarias, lo que he presenciado sobrepasa lo que una mente normal puede concebir. Creo que solamente los cerebros embrutecidos por el alcohol, y degenerados, pueden cometer semejantes actos de barbarie: una locura colectiva azuzada por un odio que no tiene nada de humano; los enemigos de la Humanidad entera, los enemigos de la persona. Solamente una religión criminal, pasada por la imaginación sádica del pueblo judío, ha podido preparar e instigar semejantes horrores. Hago esta afirmación porque sé exactamente que los dirigentes de hecho de la revolución son judíos venidos de Rusia y de Francia, y que los españoles son solamente el instrumento, sin tener el derecho a iniciativa alguna en la dirección. Los que han intentado protestar han sido muertos; demócratas ingenuos, que han creído que por medio del Frente Popular serán ellos los que gobernarán. Azaña y Largo Caballero son unos meros títeres, que pagarán con la cabeza su tontería. España es un caso típico, que puede servir a todos los hombres políticos nuestros de ejemplo. En España los gobiernos liberales han oprimido a los movimientos de derecha, apoyando —consciente o inconscientemente— el movimiento de izquierda. Hombres políticos que para prolongar por un mes la vida del Gobierno han complacido a la prensa judeodemócrata, hasta que se han dado cuenta que el Frente Popular se había fortalecido tanto, que al final han tenido que huir hacia las fronteras o han perdido la vida. Los comunistas saben servirse muy bien de los demócratas y luego desembarazarse sin piedad de ellos. La acción del general Franco no es una acción dirigida contra el Estado, como intenta presentarla la prensa judía y del partido campesino de Rumania. Franco ha reaccionado en el último instante para salvar el Estado Español de la destrucción moral y nacional. El dio el golpe de Estado con unos días de anticipación al preparado por los comunistas. Una semana después hubiera sido demasiado tarde. Como prueba de ello es que la revolución de Franco no había sido preparada, es el hecho de que casi todo el ejército se hallaba con permiso. La guarnición de Sevilla, una ciudad de casi 500.000 habitantes, tenía solamente unos centenares de soldados.

Si la predilección de los comunistas es la destrucción y la profanación de las iglesias, no menos han tenido que sufrir también las casas particulares, que han pertenecido a personas acomodadas —clase que ha constituido, siglos tras siglos, el poderío de España— y que han acumulado cosas de gran valor artístico. Marín hizo una justa observación al decir que España ha sido siempre un inmenso museo.

Les presentaré una casa habitada por los comunistas en el siglo XX de la civilización y de la democracia. La casa perteneció a un noble, pero ahora servía para las oficinas de una Asociación de Beneficencia de la Iglesia, instaladas en unas habitaciones, y el resto destinado a un museo.

Entramos por la escalera principal en la sala de espera. Una sala inmensa pavimentada de mármol, sobre el cual se ha encendido el fuego y luego se ha tirado agua, de tal modo que se ha convertido en cal muerta. En lugar de mármol hay agujeros con granulaciones y polvo blanco. Una estatua de mármol, en una hornacina, ha sido rota de tal manera que no sabes qué representa. Los cuadros, cortados con la bayoneta. Cuelgan en trozos sus lienzos y la pintura está ahuecada por el calor del fuego. Entre los restos carbonizados se distinguen trozos de muebles caros, dorados, mientras que en el patio se halla un enorme mueble de madera, lo que indica que no ha originado todo esto la necesidad y el frío, sino el ánimo de destrucción, el desprecio por el trabajo y por el arte. Por doquier se encuentra basura, suciedad. Esto es lo específico de los comunistas. Viven en medio de la mayor promiscuidad. La primera cosa que emprendemos cuando nos alojamos en algún sitio es intentar hacer siquiera una relativa limpieza. Nos asquea y nos sofoca lo que allí encontramos.

Seguimos subiendo la escalera principal. La balaustrada ha tenido un candelabro, del que no ha quedado más que el sitio y los restos en el suelo. Hay hornacinas en las paredes donde ha habido estatuas. Ahora están tan destrozadas que no representan nada. Llegamos a la gran galería de los cuadros; obras de arte, riqueza colectiva del pueblo español. Se pueden leer solamente los años: 1400, 1550, 1640, etc.; el resto de los cuadros han sido horriblemente mutilados. La Virgen

está tremendamente profanada. Nos dan escalofríos ante este cuadro. Seguimos adelante. Sentimos cada vez más un fuerte olor pesado de basura, suciedad y putrefacción. Se ven las puertas de la capilla abiertas de par en par. El olor viene de allí, de aquel lugar. Aquí vi por vez primera con mis propios ojos cosas que hasta entonces había leído solamente en los libros y en los periódicos, y ulteriormente lo escuché a los españoles.

Boadilla del Monte había sido ocupado por nuestras tropas hacía tres días. Por ello hemos dormido una noche en el monasterio y hemos salido en seguida al ataque hacia el bosque de los pinos. Desde aquel entonces las tropas nacionalistas casi que no han parado en Boadilla del Monte, estando siempre en movimiento hacia el frente o viniendo del mismo. De las calles y de las casas donde se han alojado los comunistas se han recogido los cadáveres dejados por ellos, pero no ha habido tiempo para buscar por todas partes. A nosotros nos tocó encontrar algunas víctimas y darnos cuenta de lo que son capaces los comunistas. La capilla ha sido profanada. Sobre las gradas del altar se ve algo parecido a un cuerpo humano, pero rechazamos creerlo. Nos acercamos. Con horror reconocemos en aquel montón de harapos manchados de sangre coagulada el cadáver de un sacerdote. Tiene una cara horrible: amoratada, hinchada, nos mira con ojos vidriosos y enmarcados de sangre. Nos extraña el tamaño anormal de estos ojos, y mirando con más atención nos estremecemos. Le han cortado los párpados. Las narices, quemadas y destrozadas; se notan las huellas de la pólvora. La nariz del sacerdote ha servido para juego de artificios. Los comunistas le han llenado las narices con pólvora y luego lo han encendido. ¡Qué espectáculo sádico! Las manos, atadas atrás. Solamente la cabeza se ha conservado. Probablemente para dejar ver las mutilaciones o prolongarle la muerte con sufrimientos. Por doquier hay paredes manchadas de sangre y en algunos sitios restos de cerebro seco junto con trozos de cuero cabelludo. Aquí ha estado algún mando militar comunista.

Salimos horrorizados para avisar que entierren al sacerdote. Otros grupos de soldados examinan todos los edificios. Vemos algunos pálidos y desalentados. Están todos acostumbrados a los heridos y a los cadáveres en el campo de batalla, pero aquí hay algo completamente distinto.

Nos dirigimos, abatidos y mudos, por un callejón de la periferia del pueblo para tomar el aire. Nos sofocábamos. Un camarada de nuestra escuadra nos hace señas para que nos acerquemos. Está en la puerta de un establo y dentro hay otros dos o tres camaradas. En la semioscuridad distinguimos dentro de unos instantes el cuerpo de una niña. Tiene poco más de seis años, la boca entreabierta, desencajada, le falta unos dientes de delante, parece que los estaba cambiando. La lengua colgaba hacia fuera. Entre las largas pestañas se ve el blanco de los ojos. Se distingue difícilmente en la mueca del sufrimiento la carita graciosa de la niña. Aunque han aparecido señales de putrefacción, se nota bien las huellas azules de los mordiscos sobre la cara y manchas negras sobre el cuello. ¿Ha sido estrangulada antes o después de la violación? Un pie descalzo, mientras que en el otro cuelga una media, y las manitas apretadas convulsivamente tienen entre sus dedos pajas, sobre las cuales ha ocurrido la terrible escena.

Los dos soldados, mudos ellos también de horror y de dolor, se apartan y solamente entonces observamos al fondo una mujer, aún bastante joven, fusilada. Manchas grandes de sangre se deslizan de su pecho y del vientre. Según el desorden de los trajes, parece que se ha defendido. ¿Ha sido ella también violada? —ya que se ven huellas—, ¿viva o muerta? Probablemente son madre e hija. ¡Por qué tremendos sufrimientos habría pasado la pobre mujer al oír los gritos de la niña martirizada, cómo se le habría desgarrado el corazón por los estertores que salieron por la frágil garganta! La muerte ha venido como un alivio para las almas y los cuerpos agotados.

Andamos con pasos inseguros; ninguna palabra puede describir más el dolor. Estamos acongojados. Cada uno nos rebelamos interiormente y se nos despierta un loco deseo de venganza. Parece que no existen sufrimientos bastantes sensibles para las hordas rojas. Sin embargo, cuando capturamos alguno, se le fusila inmediatamente. A nadie le pasa por el pensamiento torturarlo. Nos repugna el sadismo. No podemos comer nada y solamente bebemos agua. Hay también entre nosotros veteranos y a ellos no les impresiona nada. Sus caras se han petrificado. ¡Desde el mes de julio han pasado por tantas cosas! Muchos de ellos se han enterado, o han visto con sus propios ojos a sus esposas, sus madres, sus hijos o sus hermanas, que han caído víctimas de las salvajadas comunistas. Hogares destruidos, casas quemadas, familias vejadas y deshechas. Estos soldados no tienen ahora mucho interés por la vida. Viven para vengarse y para morir gloriosamente por su Patria.

Ionel Mota me dice: «Vamos a rezar». Parece que nunca he sentido tanto la necesidad de dirigir el alma hacia Dios. Nos arrodillamos en el campo. El sacerdote empieza despacio y su voz

cobra un timbre que hace que la oración penetre en las almas y se alce hacia las esferas celestiales. La voz le tiembla de vez en cuando y las lágrimas comienzan a correr por sus mejillas. Nos sentimos tan cerca de Dios, purificados por la fe y el deseo de sacrificarnos por Él. ¡ La Iglesia de Cristo en la tierra profanada y sus ovejas diseminadas! ¡Ah, con cuánta alegría moriremos por Él!

SOBRE LA POSICIÓN

Por el aire flota todavía el olor de los cadáveres. Todas las víctimas de los comunistas han hallado la paz en el cementerio del pueblo. Los días, maravillosamente hermosos, parecen querían mostrarnos el poder de Dios.

Por la mañana hacemos instrucción en la carretera asfaltada, y por la tarde, ejercicios de lucha. El frente se encontraba apenas a unos 200 metros, al margen del pueblo. Se construyen a toda prisa trincheras y alambradas. Diariamente llegaban oficiales de zapadores. Se cavaban, sobre todo, fosas anchas hacia la salida, contra los tanques. Nosotros hemos trabajado también durante dos días en estas fosas. De vez en cuando una ráfaga de ametralladoras y fusiles nos anunciaban escaramuzas en algún sector del frente. Al comienzo hemos tenido en Boadilla del Monte un tiempo estupendo. En el descanso nos sentamos sobre unos sillones de mimbre para tomar el sol, admirando el paisaje delante de nosotros o escribiendo cartas, de cuya suerte no sabemos nada, ya que no recibimos contestación alguna. Teníamos la impresión de que se han roto los lazos con los de casa y que somos unos náufragos sobre una isla muy lejana y desierta, hasta la cual no llegará nunca alguna noticia. Con este estado de ánimo hemos luchado un mes y medio. Ionel Mota y Vasile Marín han muerto sin haber leído una sola línea de sus esposas y de sus hijos. No comprendo en absoluto estas inútiles crueldades. ¿Qué delitos habiéramos podido cometer, qué informes peligrosos para el país hubieran podido enviar la esposa a su esposo, la madre a su hijo o un hermano a otro hermano?

A menudo nos paseábamos por la carretera delante de nuestra casa charlando y discutiendo. Yo tenía un arte especial para provocar a Ionel Mota y Vasile Marín a hablar. ¡Cuántas cosas maravillosas no he tenido ocasión de oírles pronunciar y cuán profundamente se ha grabado en nuestras almas el amor santo que nos unirá para siempre!

Cerca de las trincheras hay un tablero que indica: «Hacia el frente». Dirigimos nuestros paseos siempre hacia aquel sitio. Las trincheras se hallan solamente a unos diez metros y podemos ver al enemigo cómo prepara su posición. Eran momentos de tranquilidad. Más difícil resultaba por la noche, cuando tenían lugar las incursiones.

Una vez nos sorprendió el enemigo cuando hacíamos instrucción y nos cercó con un fuego mortífero. Nos hemos movido hacia la derecha, hacia la izquierda, pero no para librarnos de la metralla. Seguimos la instrucción como si nada hubiera ocurrido. Aunque no entendía en absoluto, porque nuestro teniente arriesgaba inútilmente las vidas bajo un fuego tan intenso, nosotros, los rumanos, ejecutábamos los movimientos sin intentar el más insignificante gesto de defensa.

Al anoecer volvemos a casa y nos arreglamos la cama, es decir, la paja. La casa había pertenecido a una persona acomodada. Se notaba por los enseres que en ella había —aunque destrozados—, el bienestar anterior; sobre todo, lo indicaba la biblioteca, con libros raros, destrozados en gran parte. Cuando entramos allí daba pena contemplar todo tirado al suelo: libros, cuadros, vajilla y ropa. Lo que se ha podido robar se había robado y el resto ha sido destruido. Los muebles estaban en tal estado de destrucción que no servían, así que para limpiar el sitio, los soldados los empleaban como leña. En la biblioteca hemos encontrado un número bastante grande de libros de valor y aún en buen estado.

Al señor Clime le agradó «La historia de la pintura», constituida por 18 tomos enormes, y siempre los escondía para que no los rompieran los soldados.

Marín se había prendado de una edición ilustrada de las obras de Moliere, que llevó en su saco por algún tiempo, pero siendo bastante pesada la tiró junto con el saco.

Había luego otros libros de gran valor, en ediciones de lujo, con grabados, libros que empleamos como almohadas para sustraerlos a las manos de los soldados, que rompían hojas para limpiar con ellas la navaja de afeitar, cosa que molestaba mucho al señor Clime. Hubiera querido recoger los libros y salvarlos, pero esto era imposible.

Hacemos puesto de centinela de media hora y el resto del tiempo lo pasamos en el refugio, pero éste era muy incómodo y lleno de agua. Los peores turnos de centinela eran de once a tres y de tres a seis de la madrugada, cuando nos helábamos de frío, pues los pantalones, tan finos, no nos abrigan. Nos sentábamos encima de las máscaras de gases, pero era muy incómodo, por ser muy pequeñas.

Una noche teníamos el turno de las doce a tres. Nos levantamos medio dormidos y helados, pues dormimos sobre el suelo de piedra, cubierto con poca paja. Además de esto había un olor insoportable, agrio y fuerte, de cuerpos sin lavar de hacía meses, y en esta habitación, donde normalmente podrían dormir lo más cinco personas, dormían ahora treinta.

Nos colocamos las mantas alrededor del cuello y vamos a sustituir a otra sección. Llegamos allí sin enterarse el enemigo y entramos en las trincheras.

Cuando nos acomodábamos en ellas teníamos siempre una desagradable sensación, pues casi no nos podíamos mover y en caso de necesidad no hubiéramos podido abandonarlas, sin correr el riesgo de ser enterrados vivos allí.

A mí me toca ser el primero de centinela, mientras que los demás camaradas se colocan como pueden y empiezan a roncar.

Mota y Marín se sientan encima de las máscaras y se notan muy incómodos. Ionel dice:

—Qué bien hubiera sido si Totu hubiera traído algún libro.

Marín le contesta:

—No te preocupes, estoy seguro que ha traído alguno.

Yo oigo esta conversación, pero me doy por no enterado y luego digo:

—Cuando me riñe el señor Clime le dais la razón. Ahora tenéis que aguantar.

Marín pone la mano detrás de mi espalda y encuentra un libro gordo, que me había llevado para defenderme contra la humedad y me servía a la vez de apoyo. Me prometen los dos que no dirán nada al señor Clime. Rompo el libro por la mitad y lo reparto a los dos. Colocan estas dos mitades encima de las máscaras de gas y forman de este modo un pequeño banco. Ríen los dos de la jugarreta gastada al señor Clime y vuelven a prometerme que no le dirán nada, y de verdad que han cumplido con su palabra.

Nuestra trinchera estaba situada a la cabeza de una colina. Desde aquí empezaba un valle; de un lado se hallaban nuestras tropas, y de otro, las enemigas. Cuando dormitábamos, de repente, empieza el fuego: ráfagas de balas de ametralladoras, fuego de mortero, que se asemejaba al ladrido de los perros, y las explosiones de granadas de una gran intensidad. La artillería comienza también, así que el ruido era infernal.

Balas perdidas llegan hasta nosotros. No abrimos fuego para no descubrirnos, pero todos estamos de pie, listos con las granadas en las manos para, en caso de necesidad, caer sobre el flanco del enemigo. La luna iluminaba muy discretamente y, a su luz, cada viña nos parecía un enemigo. Llegan pronto olas de niebla, que impide la vista a dos pasos. Hacemos grandes esfuerzos para ver entre la niebla, ya que el fuego no disminuye en intensidad. Podemos ser sorprendidos y aplastados por el enemigo.

Pasadas las olas de niebla, aparece la luna de nuevo, pero nos quedamos quietos, ya que el fuego nos ha irritado los nervios.

Nos llega olor acre de sangre y las narices se dilatan con repulsión. No tenemos más paciencia. Queremos abrir nosotros también el fuego y emprender el ataque. El sargento Ortigoza difícilmente nos domina. A poco, el fuego empieza a disminuir. Dos horas han pasado como un minuto. Los disparos son cada vez más raros, y luego cesan completamente y un silencio de muerte nos domina.

Hace unos instantes hubo un fragor infernal, y ahora tenemos un silencio absoluto. A la luz de la luna, más luminosa ahora, los árboles perfilan sus siluetas, mientras el río brilla en el fondo del valle como una faja de plata embrujada, como en un cuento de hadas.

No puede uno imaginarse que en medio de este divino paisaje existen monstruos de acero que están al acecho, que estudian nuestros movimientos para sembrar la muerte con mayor seguridad.

Los demás camaradas han dormido de nuevo, pero nosotros no podemos dormir. Despiertos, miramos hacia adelante, apoyados sobre el parapeto. La luna baja poco a poco hacia el oeste. Empezamos a hablar de los nuestros, de nuestras familias. Nos colocamos las mantas encima de la cabeza y nos apretamos uno contra otro. Ionel Mota nos cuenta recuerdos de su infancia, cuando, junto con sus padres, ha tenido que huir desde Transilvania a Bucarest. Marín nos habla de sus inquietudes, de sus luchas interiores; así que nos quedamos despiertos hasta el amanecer. No nos

hemos enterado que ha pasado una hora de más, ya que en vez de relevarnos a las tres vinieron a las cuatro. El sargento que debía sustituirnos temió que le descubriera el enemigo, y, por esto, se había retrasado. Nos dirigimos hacia nuestro refugio, pasando antes por la cocina improvisada. El perol está lleno con café caliente. Cada uno toma cuanto necesita y nos vamos a dormir. Al entrar dentro de la casa, la atmósfera era insoportable. El contraste con el aire de fuera era tremendo. Abrimos una contraventana para que entrara aire fresco, pero instantes después nos dormimos, sin sentir nada más: ni el olor, ni el frío, ni las piedras que se nos clavan en los huesos. Nuestro espíritu vuela hacia otros horizontes y mares, hacia nuestro país, hacia casa...

Cada noche tenemos que hacer la guardia en el sitio más peligroso. No pocas veces tiraban contra nosotros tanto el enemigo como los nuestros. Alrededor de Boadilla del Monte se trabajaba con toda prisa. Nosotros creíamos que se produciría un ataque del enemigo en breve, sin imaginarnos que todas estas cosas estaban encaminadas a engañar al adversario y que no sospechara la ofensiva que se preparaba.

En un día con lluvia, hemos cavado, nosotros también, una fosa contra los tanques. Era un trabajo agotador, pero trabajamos con entusiasmo, con todas nuestras fuerzas.

—Hay que hacer todos los esfuerzos —decía Mota— para que no se enfaden nuestros camaradas. Que no crean que queremos algún régimen de favor.

LA NOCHEBUENA EN EL FRENTE

Con lucha, con trabajos, con chistes y cuentos, los días pasaban y se acercaba la Nochebuena. Tuvimos unas lluvias torrenciales varios días. Por fin, vuelve el buen tiempo.

En la víspera de la Nochebuena buscamos una casa para que el R. P. Dumitrescu diga una misa, pero todas están sucias. La más limpia era la escuela. Parece que había sido abandonada unos instantes antes. Sobre los bancos hay aún pizarras, como si los niños estuvieran en el recreo. Los muebles nuevos todavía no habían sido desempaquetados. En una mesa improvisamos un altar. El señor Clime saca del pecho el icono de San Miguel Arcángel, y el R. P. Dumitrescu, la cruz y el Evangelio. Se revistió y, con voz blanda, empezó la oración. ¡Nunca he oído una oración más impresionante y conmovedora!

Desde lejos se oyen las ráfagas de ametralladoras y disparos de cañón. Entonces entendí mejor que nunca el gran misterio de la fe en Dios: su poder fortalecedor. La Nochebuena comulgamos de nuevo, aunque lo hicimos a nuestra salida del país.

Los españoles son gente alegre, y con todas las desgracias acaecidas sobre su país esperaban con gran alegría y júbilo las fiestas de Navidad. A las siete de la tarde nos hemos reunido alrededor de Ionel Mota y cantamos villancicos rumanos y marchas legionarias.

Recibimos mejor comida que de costumbre y, además, coñac. En la habitación contigua estaban los oficiales, que nos invitan a pasar con ellos. Hemos cantado el Himno de los legionarios del Tercio, y luego, de nuevo nuestras canciones del Movimiento Legionario Rumano.

En un momento dado, Ionel Mota nos dice que cantemos también el «Himno de los legionarios caídos». Cantamos en posición de firmes. Los oficiales se levantan también, y el himno empieza, grave y triste. Nunca ha sonado tan triste este himno en comparación con la alegría de entonces. Todos nos emocionamos. Allí, lejos del país, a un paso de la muerte, la evocación de los caídos era más conmovedora, más fuerte que nunca. Los ojos se nos llenaron de lágrimas. Nos retiramos mientras los demás continuaban en su alegría.

Silenciosos, teníamos los ojos cerrados, como si quisiéramos engañarnos a nosotros mismos, pero en realidad todos dirigíamos los pensamientos hacia nuestro país. Creo que en esta noche ha habido una lágrima en los ojos de cada uno, no por estar arrepentidos —ya que hemos venido a luchar y morir—, sino por nostalgia.

Al día siguiente recibimos una comida excelente: cuatro-cinco platos, y postre con café, pasteles, frutas, vino y coñac. Al cocinero le puse el apodo de «Presidente», y él, muy contento, lo ha popularizado con todas sus fuerzas; así que todo el mundo le llamaba «Presidente». Por esta razón, éramos muy amigos. En definitiva, nos llevamos muy bien con todos los soldados que tenían buena conducta. Los portugueses nos tenían también mucha simpatía. Todo lo que poseían lo repartían con nosotros, y lo mismo hacíamos nosotros.

Nuestro «Presidente», pequeño y delgado, con una barba grande y con los bigotes siempre untados, tenía un aspecto muy cómico. Sucio como él solo, negro de humo y siempre lleno de grasa, llevaba siempre la bota colgada al cinturón, llena de vino, del que se echaba grandes tragos. Para producir una impresión más belicosa, llevaba una pistola, a la que daba un empleo muy original: agujereaba los barriles, únicos enemigos con quienes se enfrentaba y a los que ejecutaba sin piedad. Por esto, en virtud de la amistad que nos unía, estábamos favorecidos en lo que respecta al vino. ¡Qué pena que los nuestros —especialmente Ionel y el señor Clime— fueran amantes de los dulces y no del vino!

Siempre que pasaba a ver al «Presidente», me metía algunos paquetes de chocolate y latas de sardinas en el bolsillo. Venía entonces con un aire misterioso y se las entregaba al señor Clime, quien los repartía con más justicia que el mismo Salomón.

La profesión de cocinero del Tercio no era envidiable, teniendo en cuenta la cantidad de comida que tenía que preparar, así como el hecho de llevarla hasta la primera línea. Pero nuestro cocinero era inmune a las balas y la metralla. Se dice que al hombre borracho le protege también Dios. Así se explica, seguramente, la inmunidad de nuestro cocinero, porque no creo haberle visto jamás en estado normal. De todos modos, durante un mes y medio, no hemos visto nunca cómo es su cara cuando está «sano». Cuando nos poníamos en marcha, tiraba en el camión los peroles y las cajas con los alimentos, luego se sentaba él encima, junto con sus ayudantes, armando tal escándalo,

que parecía que él solo conquistaría Madrid.

También teníamos en nuestra compañía un tipo muy alegre, que era la debilidad de «Nea Elie», nuestro capitán. Se trataba de un borracho como raras veces se encuentra alguno, y éste era el motivo que atrajo la simpatía de «Nea Elie», ya que entre las personas alegres, así como entre los compañeros de trabajo, existe una solidaridad profesional. Hacía gestos y cosas de las que nos reíamos a carcajadas. Cuando ocurría algo grave, él debía aparecer siempre tambaleándose y saludando a todos de una manera que es imposible describir.

Era un «resto de Marruecos», porque de su antigua unidad sólo sobrevivían cuatro hombres. Todos los demás habían caído luchando. ¡Estupenda perspectiva también para nosotros! La Bandera a la que pertenecíamos, la 6.^a, era la más famosa de las 25 existentes. Y de la 6.^a Bandera, la compañía «veintiuna» era insuperable. Había sido citada cuatro veces por el Alto Mando. Tenía un solo defecto: cada mes debía ser rehecha, ya que en este lapso de tiempo caía todo su antiguo efectivo. Cuando salimos nosotros hacia Rumania, sólo 35 de nuestros camaradas sobrevivían. Ahora creo que tienen que rehacerla nuevamente...

En vísperas del Año Nuevo recibimos la orden de empezar a patrullar en el frente para conocer las posiciones, y creo que para dar la impresión de que inspeccionamos las defensas: polvo en los ojos del enemigo. De hecho, se avecina la ofensiva. Salimos por la mañana y seguimos a lo largo del frente. Encontramos en el camino refugios arreglados con lo que se ha podido llevar del pueblo.

Los moros, la infantería, que sostenían la posición, nos miraban extrañados por esta visita. Los refugios, camuflados con ramas de árboles, eran muy extraños en su construcción, según la fantasía de los moros. Por doquier hay fosas de enlace, trincheras, y se trabaja aún a toda prisa. ¡Lástima de trabajo en vano! Sin embargo, no se regatea ningún esfuerzo para dar la impresión al enemigo de una estabilización del frente.

Andamos sin gorras, y no sé por qué consideraciones no abrió el enemigo el fuego de ametralladora. En un instante hubiera podido terminar con todos nosotros. Ha sido algo como el desfile de la muerte. ¡Era hermoso y divertido! Venimos a comer, y a las tres seguimos por otra parte. Aquí, el enemigo, tomándonos por oficiales, abrió un fuego furibundo. Una bala se clavó delante de mis pies, otra silbó por la oreja de Ionel. Nos han sorprendido, porque nosotros dos venimos los últimos. Nos echamos a tierra y en un instante llegamos al refugio, donde descansamos bien, y luego seguimos adelante. El sol se ponía en una hermosura fantástica; era enormemente grande, y sobre la cresta de una colina, bañados en una luz de ensueño, se proyectaban las siluetas de los pinos. El sargento nos empujaba para ir más de prisa, pero nosotros no queríamos separarnos de este magnífico cuadro. Era algo de ensueño, arrebatador, algo divino.

Al anochecer llegamos a casa. Era la víspera de la Nochevieja. No hubo la misma alegría de la Navidad. Parece que un presentimiento nos decía que el año próximo no será muy bueno para nosotros, Al siguiente día, de repente, empezamos la ofensiva.

LA OFENSIVA

A las seis de la mañana, cuando bajé de la casa donde nos habíamos alojado, la carretera estaba llena de tropas. Me he maravillado muchísimo por el motivo de que los trabajos realizados alrededor de Boadilla del Monte daban la impresión, tanto a nosotros como al enemigo, de una estabilización del frente, y esta concentración de fuerzas no tenía ningún sentido. Con una desacostumbrada rapidez, se nos da el café con leche, y luego la orden de «prepárense» y «venga, venga». En un instante nuestra compañía está abajo en formación. Recibimos comida fría: dos latas de sardinas, dos chorizos, dos trozos de queso y pan. Luego se traen las cajas con cartuchos y las granadas. Además de la cartuchera que llevamos de costumbre, nos llenamos también los bolsillos. En el hospital de Griñón, cuando estuve evacuado, entregué unos 120 cartuchos solamente de los bolsillos. Entretanto, llegan compañía tras compañía: Tercio y moros. Estamos concentrados detrás de un monasterio, escondido a la vista del enemigo, que está ahora a unos 50 metros. Nuestra artillería vomita fuego sobre todo el frente. Los aviones destruyen las fortificaciones enemigas. Vuelan en tan gran número, que no sabes dónde mirar. Han emprendido el ataque las tropas de moros, que dan unos gritos muy extraños, y la infantería que sostenía el frente. Se oyen ya los disparos. No comprendemos por qué no atacamos. Empezamos a cantar *Sfanta tinerete legionara (Santa juventud legionaria)*; se reúnen a nuestro alrededor los oficiales y soldados. Luego cantamos *Stefan Voda*. Nuestro coro, aunque tan pequeño, domina los millares de hombres. Todos saben que somos rumanos. Vienen algunos portugueses y nos acompañan. Nuestras canciones han despertado gran entusiasmo. Cantamos todos *Soy valiente y leal legionario*. Hay aún tiempo. Banica da el tono de la canción *Suflecata pana la brau*. El canta solo y los demás rumanos le acompañamos.

La *Hora de los legionarios (Danza de los legionarios)* despierta en los españoles mucha admiración. Se apretujan todos a nuestro alrededor tanto que casi no podemos respirar. Banica, con su altura y su barba, domina a todos. El ha quedado en el alma de los españoles como representante típico de los rumanos. El sargento Ortigoza, el jefe de nuestra sección, pasea muy orgulloso y dice a todos que él nos manda. Estamos alegres. Por fin, se acerca la ofensiva. Mientras tanto, las horas pasan. Abrimos alguna lata de sardinas para pasar mejor el tiempo. Se marchan los flancos, y después, nosotros. Musitamos un oración. Nos miramos unos a otros. Estamos todos transfigurados.

Banica anda con la barba al aire. Lleva a su espalda un fusil ametrallador cogido al enemigo. ¡ Es tan grande y terrible su corpulencia, que tengo la impresión de que el enemigo le huye de miedo, creyendo que es un nuevo tanque, último invento alemán!

Alecu Cantacuzino avanza doblado como un arco tenso para lanzar.

Al R. P. Dumitrescu le brillan los ojos; se ha despertado en él toda la valentía del campesino de la región de Arges. El ataque le hace más ligero y está listo para morir por Jesucristo.

El señor Clime está atento. Nos mira con ojos protectores e indulgentes. El ha hecho otra guerra y sabe lo que significa la ofensiva. En los más difíciles momentos, sin embargo, su cara irradia de bondad.

Marín está alegre, se ríe de cualquier cosa, a cada bala que le silba por las orejas le dice algo. Es un valiente.

Ionel Mota, muy serio y decidido, anda con ímpetu. Su mano aprieta el fusil. Le miro; hermoso como es, parece el Dios de la Guerra.

Yo también me siento bien. Tengo, por fin, la sensación de lo que es la lucha.

Bajamos por un valle. En nuestro camino se arrastran los heridos. Por doquier encontramos municiones y pertrechos. El enemigo ha sido sorprendido. En una trinchera vemos a dos comunistas vivos que tiran granadas protegiendo la retirada de los rojos. Son en seguida fusilados, aunque levantaron las manos. Los moros no confían en el arrepentimiento de los comunistas. Seguimos adelante. La escuadra de Banica, señor Clime, Alecu Cantacuzino y el R. P. Dumitrescu ocupa una casa en la cresta de la colina y tiran con granadas, mientras que nosotros nos colocamos dentro de unos agujeros de obuses y disparamos sobre los comunistas que huyen. Se emplazan también las ametralladoras, que tiran sobre los rojos, que huyen en desbandada. Su retirada es protegida por los tanques enemigos, que empiezan a bombardearnos. Nos adelantamos para tomar otra posición, porque ésta está descubierta y ofrece un buen blanco al enemigo.

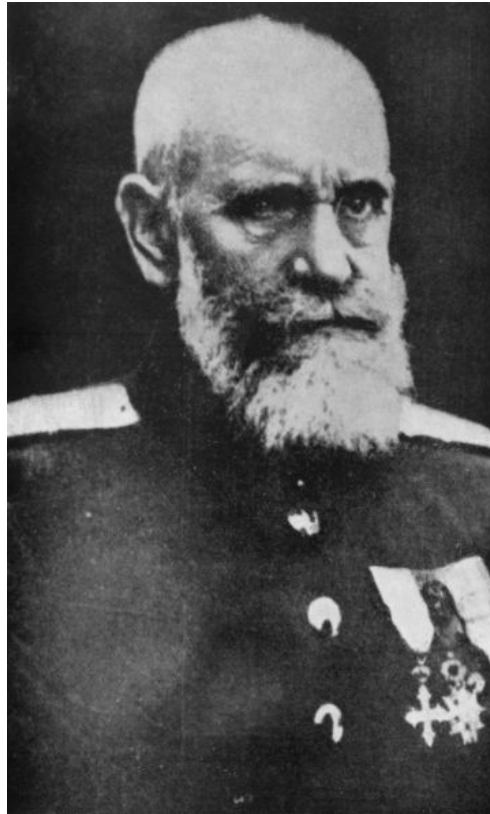


Ilustración 8. GENERAL PRÍNCIPE GHEORGHE CANTACUZINO. Héroe de la Primera Guerra Mundial. Grandemente estimado por parte de Corneliu Zelea Codreanu y los miembros del Movimiento Legionario.

Nuestra escuadra se confecciona pequeños refugios en tierra, porque no tenemos trincheras. Desde detrás empieza un intenso fuego. Se ha quedado una pequeña isla de trincheras comunistas camufladas en un bosquecillo de olivos en la ladera de la colina. El fuego de las ametralladoras y de los fusiles ametralladores se dirige contra ellos y en cinco minutos nadie se mueve más. Los moros se van hacia ellos, para terminar a la bayoneta. Nosotros hemos alcanzado nuestra meta. La línea que debíamos ocupar está en nuestras manos. Dejamos un poco de tiempo para que avancen también los flancos. El avance de nuestra compañía es tan arrollador, que a lo largo de la lucha tenemos que esperar el progreso de los flancos. Entretanto, los tanques enemigos se han escondido debajo de la cima de la colina y nos bombardean con gran precisión. Formamos un sólo cuerpo con el suelo. A mi izquierda, a un metro, un obús ha destrozado a un camarada y ha herido a otros dos más. Tiran hacia adelante, a la derecha, a la izquierda. Nos aplastan. Empieza a bombardear también la artillería enemiga. Rezo a Dios, a la Virgen y al Arcángel San Miguel. Siento que de un instante a otro debe llegar encima de mí también algún obús. Sin embargo, Dios nos ha protegido.

Mientras tanto, ha llegado nuestra artillería y los cañones antitanques. Un cañón ha sido emplazado encima de la trinchera donde se hallan Alecu Cantacuzino, señor Clime, R. P. Dumitrescu y Banica. La presión del disparo tumba al suelo a Alecu y al R. P. Dumitrescu. Llega también la aviación. Se inicia una lucha terrible, el zumbido infernal de sus motores llena el aire. Un avión enemigo se incendia y cae al suelo. Se inclina de costado, da vueltas y silba. En un instante está en tierra, saltan de él restos encendidos. Todos los aviones enemigos emprenden la fuga. La artillería antiaérea les encuadran y les obliga a volar muy bajo, casi a ras de la tierra. Los tanques empiezan a retirarse. Oímos su ruido, pero no les vemos. El teniente Prado toma nuestro pelotón y vamos a la caza de tanques con gasolina y granadas. Avanzamos por debajo de la colina y nos acercamos con cautela deslizándonos sobre el vientre hasta la cima. Hemos penetrado entre tres tanques. Faltó poco para que nos aplastaran a todos. Nos retiramos. Un cuarto de hora más tarde salimos de nuevo. Ahora los tanques se han alejado; sin embargo, han sido forzados a mostrarse sobre la cima de la colina. Tan pronto como les ven nuestros cañones antitanques abren el fuego sobre ellos. Los obuses parecen unas bolas de plata. Se distingue cómo salen del cañón y hasta dónde llegan. Un tanque ha sido incendiado en un santiamén. Los demás emprenden la fuga. Se

han escondido a una distancia de casi un kilómetro y medio. ¡Preciosos cañones antitanques! Se dice que es el último invento alemán. Nuestra artillería bate las posiciones enemigas. La aviación las ha destruido.

Tenemos descanso una hora, hasta el anochecer. Voy a cortar el terciopelo de un coche nuevo, sorprendido por nosotros, con el motor destrozado por una bomba, para habilitarme una cama para aquella noche. Rompemos también algunas ramas. El refugio lo hemos hecho tan pequeño que no podemos dormir dos dentro. Reparto el terciopelo con Mota y Marín. Alecu Canta-cuzino encontró un saco y me lo trae a coserlo, con el mismo fin. Ha oscurecido. Se nos trae también las mantas, pero ¡ qué lástima que sean de algodón y tan finas! A Ionel Mota le toca el primer turno de guardia. Empieza a hacer un frío tremendo. Intento dormir, me arrebujó, me tapo con la manta, pero todo en vano. La tierra arenosa es húmeda. Estoy en la trinchera como en un ataúd, de paredes finas y húmedas. Por fin consigo dormir. Cuando Mota cambió su puesto con Marín vino a despertarme. Yo estaba rígido. La espalda no la sentía. Empiezo a correr, a saltar, para poner la sangre en circulación. Ionel Mota dice que es mejor no dormir en toda la noche. Siento un fuerte dolor en el costado. Entro en el puesto y veo al señor Clime cómo se pasea con la manta colocada sobre la cabeza. Solamente a Alecu le va mejor. Durante nuestra escapada a la caza de tanques, Mota había encontrado una manta de lana y, bueno como es, la dio a Alecu, aunque él pasaba también mucho frío. Ionel ha mostrado ser todo el tiempo de la campaña un alma admirable: jefe, camarada y hermano para todos.

En el horizonte se ve una mancha roja, que aumenta cada vez más. Por fin sale el sol. El agua se ha helado en la cantimplora. Al tomar el café pido «para tres», siendo ésta la costumbre de Banica. Yo pedía «para dos». Así logro calentarme un poquitín. La temperatura del aire empieza a subir. Durante el día hace alguna vez tanto calor, que no puedes correr al ataque, mientras que durante la noche te hielas. A lo lejos se ve el enemigo que viene a reforzar sus posiciones. Suena una ráfaga de ametralladoras que logra disiparle.

LA OCUPACIÓN DE LA ESCUELA DE LAS ROZAS

El sol nos calienta cada vez más. Nos reconforta el frío de la noche. Nuestra artillería dispara algunos tiros para rectificar su trayectoria.

Ionel Mota recibe una tarjeta ilustrada de Rumania, enviada por su madre. Sobre su cara aparece un rayo de luz y alegría. Es la única carta que llega a España, burlando la censura del correo de Rumania.

Nos alegramos todos, porque tenemos esperanzas de que recibiremos nosotros también noticias de nuestra Patria. La pasamos de mano en mano. No hemos visto letra rumana hace más de un mes. Estoy al lado de Marín y Mota. Ionel me dice:

—¡Cuántos disgustos he dado a mis padres! Cuando me marché de Cluj volví la mirada hacia atrás. He visto a mi madre cómo me miraba por la ventana. Una mirada que nunca olvidaré... Pero para nuestra misión ningún sacrificio es demasiado grande. Si Dios cree que mi muerte es necesaria para redimir a nuestro pueblo, muero con alegría.

Miro a Ionel Mota. Creo que con el mismo valor y con la misma fe han ido a morir por la Cruz nuestros antepasados mártires.

A la luz del sol y bajo el bombardeo de la artillería los recuerdos de los seres queridos revisten un especial encanto. Hablamos mucho, y de este modo nos parece que estamos cerca de ellos. Luego se dirige nuestro pensamiento hacia El Capitán, Corneliu Zelea Codreanu y la Legión. Siempre la Legión ha constituido nuestra fuerza de resistencia. Debemos portarnos bien para que la Legión se enorgullezca de nosotros.

Se da la orden de prepararnos. Todos estamos listos. Miro a Mota y a Marín. Los dos, cada vez que emprendemos un ataque, sacan alguna fotografía de familiares y las miran con gran emoción. Yo hago como que no les veo. Marín mira a su madre, en una foto recortada —tal vez de un grupo—, y a su esposa, que apenas se nota en la foto, en las montañas cubiertas de nieve. Mota mira a sus niños. Es una foto hecha en el mar, dentro del agua, con Gabriela y Mihail, sus dos hijos.

Siento mucho no haber traído alguna foto de mi esposa Vera. Me parece que he olvidado su cara.

Marchamos en formación. Se ha puesto en movimiento todo el frente en línea, según puede notarse a simple vista. A la derecha y a la izquierda, los soldados han salido de las trincheras. Nuestra compañía va hoy un poco retrasada, pero dentro de unos momentos, al tomar contacto con el enemigo, estaremos de nuevo en la primera línea. Avanzamos difícilmente, porque el enemigo no cede. Tenemos grandes pérdidas. Los enfermeros no pueden recoger tantos heridos. Estamos amparados dentro de una fosa natural, en el fondo de un valle, y descansamos. Llevan muerto, herido en la boca, al teniente de la compañía de ametralladoras. En este día hemos perdido muchos oficiales. Casi todos los oficiales de nuestra Bandera han muerto o han sido heridos. Nuestro «Nea Elie» está tranquilo y tiene su bota llena, como siempre, de coñac.

Avanzamos y ocupamos la carretera. Por sus lados, en las cuestas, se cavan trincheras. Nuestra escuadra tiene que hacer guardia al lado izquierdo por haberse deshecho el enlace con el flanco izquierdo. Estamos sobre una colina, bombardeada por los cañones de los tanques. El cabo Montesinos es herido por un obús. Ionel Mota toma el mando de la escuadra. Tenemos que dar el parte momento a momento a la Plana Mayor sobre los movimientos del lado izquierdo, para no ser cercados por el enemigo. Mota hace los partes en francés. Se nota el ojo del oficial y la precisión de la persona preparada. Me los entrega a mí y yo, bajo una lluvia de balas, los entrego a Marín, quien a su vez, a toda prisa, los presenta a la Plana Mayor. Al anoecer se logra de nuevo el enlace con nuestras tropas. Rotos por el cansancio, recibimos la orden de colocarnos en las trincheras a lo largo de la carretera. Empezamos a cavar con lo que podemos un parapeto delante y ensanchamos la cuneta de la carretera para dormir dentro. El agua brota de la tierra arenosa. Voy a recoger algo de hierba para ponerla debajo. Desde una torre disparan contra nosotros con fusiles de precisión. Su puntería es maravillosa. Solamente Dios nos ampara.

Tengo cada vez más frío. Siento cómo me sube la temperatura, y esto quiere decir que me he resfriado. El agua ha mojado ya las pajas. En un saco traigo del campo estiércol, que se encontraba en montones para servir de abono. Con el estiércol logro, por lo menos, aislar el agua que tenía abajo. Para nuestra suciedad y nuestros piojos no cuenta semejante cama.

A Ionel Mota le toca hacer la primera guardia. Marín y yo nos hemos acostado apretados uno contra otro, para calentarnos. Creo que tengo unos cuarenta grados de fiebre. Decaigo. Comienzo a tener alucinaciones. Marín se ha dormido a mi lado. Dentro de tres horas le toca a él el turno. Nos levantamos. Pongo la cantimplora en la boca y bebo todo el agua, logrando así refrescarme. Mota está roto de cansancio y helado de frío. Me dice:

—Totule, ven a mi espalda y caliéntame.

Nos echamos y me pego en lo posible de su espalda. Le soplo aire caliente en el cuello. Marín nos ha cubierto con nuestras mantas de algodón. ¡Alguna vez me parece todavía sentir a Ionel Mota cerca de mí, tan unidos hemos estado uno del otro!

EL ATAQUE

Por la mañana entregamos las mantas al camión y tomamos el café. Es un día gris con niebla. Hasta ahora hemos tenido suerte siempre, con días estupendos. Hablo con Ionel Mota y Marín sobre cosas y recuerdos de nuestra casa. Luego, ellos dos van a visitar al señor Clime y los demás camaradas, Alecu Cantacuzino, con todo su buen humor, ha traído varios sacos de estiércol para aislar el agua que brota de la arena. Les veo después de calentar conservas de judías sobre fuego de sarmientos de viña. A Marín se le rompe el corazón cuando ve cómo los soldados sacan las raíces de la viña y las queman. A causa de la niebla se nos permite encender el fuego, porque el enemigo no nos puede ver.

Es agradable este corto reposo. Los fusiles están colocados sobre el parapeto envueltos en trapos para que no penetre arena y no se oxide el cañón.

Nos hemos proporcionado también algunas cajitas vacías de cartuchos. Las deshago y las pongo debajo como almohada. Nuestro cabo intenta encender fuego. Las ramas verdes no quieren arder a pesar de la gran cantidad de gasolina que vierte encima de ellas. Coje todas las maderas que encuentra y así logra encender fuego, pero todo el humo nos viene a los ojos. Me pongo en broma la máscara de gases. Las máscaras son una maravilla: puedes aguantar con ellas puestas horas enteras sin tener molestia alguna. De la Plana Mayor ha venido de visita un capitán moro, por cierto muy simpático. Hablan todos. La niebla espesa impide cualquier operación. Son las doce del mediodía.

De repente se oye un cañonazo y un obús de un tanque viene a parar dentro de la trinchera del Estado Mayor de la Bandera, directamente en los brazos del capitán moro.

Le pulverizó: trozos de carne y gotas de sangre saltan en el aire, manchando todo a su alrededor. Entre los heridos se halla también nuestro teniente y algunos otros más. Se produce un pequeño tumulto. El sol logra disipar la niebla. Delante de nosotros se nota movimiento. Nuestros cañones antitanques no pueden disparar por falta de objetivo. Después de media hora de tensa espera se levanta la niebla. Ante nosotros, sobre una colina, se ve al enemigo moviéndose. No nos separa ni un kilómetro de distancia. Se abre el fuego con las ametralladoras y los fusiles ametralladoras. Se dan unas órdenes breves. La artillería de todos los calibres empieza su concierto. De repente aparecen en el horizonte también los tanques enemigos: diez, veinte, veinticinco, ¡ quién los puede contar! El enemigo siega con las ametralladoras y bombardea con los cañones. Las bombas caen unas cerca de otras: fuego, humo, muerte.

Nuestras filas disminuyen a ojos vistos. Oímos de repente zumbido de aviones. Nos alegramos creyendo que son nuestros, pero bajan y empiezan ametrallar nuestras trincheras. Los cañones, los tanques y las ametralladoras disparan sin interrupción. Se producen grandes bajas en nuestras líneas.

Parece que ha bajado el infierno sobre la tierra. Las trincheras, revueltas. No hay manera de salvarse.

Se ven saltar piernas, brazos, cuerpos destrozados, oímos estertores, gritos y el fuego que no afloja. Refuerzos no nos pueden llegar, porque el enemigo ha cortado también el camino de la retaguardia.

Pereceremos todos. Ni se piensa más en la muerte; hemos muerto ya hace mucho tiempo. Nos hemos convertido en unos autómatas.

Los tanques avanzan pesadamente y cada vez se oyen más cerca. Parecen unos diablos que vierten fuego. Dentro de unos instante pasarán por encima de nosotros también. Los cañones antitanques cambian de posición, porque han sido descubiertos. Se retiran hacia atrás. Mota, al mando de nuestra escuadra, observa el enemigo, mientras que los demás estamos dentro de las trincheras. Hay un tiroteo tremendo; no se sabe siquiera quién sobrevive y quién se ha muerto. Nadie manda. El enemigo, al amparo de los tanques, avanza cada vez más. Seguimos teniendo gran cantidad de muertos y heridos. No existe una orden ni para el avance ni para la retirada. Caeremos todos, viendo acercándose la muerte, poco a poco.



Ilustración 9. ION MOTA Y VASILE MARÍN Obra póstuma del famoso pintor rumano Bassarab. Ambos en uniforme del Tercio.

De repente una voz, un grito que no tiene ya nada de humano. Saltamos todos arriba como quemados. Ionel Mota, de pie, encima de la trinchera, en medio de la lluvia de balas, toma el mando y grita:

—¡ Adelante!

Todos los que estábamos allí, españoles, portugueses, rusos, alemanes, rumanos, entendimos este grito. Mota nos parece dos veces más grande, parece una estatua.

—¡A la bayoneta!...

Es una locura lo que hacemos, pero de todos modos nos espera la muerte. De las trincheras no irrumpen personas, sino fieras enloquecidas por el fuego mortífero. Afortunadamente, nuestros dos cañones antitanques, al ver nuestra gesta, comienzan a disparar. Uno, dos, tres tanques se incendian. Y torciendo hacia la izquierda emprenden la fuga. Nuestros flancos han avanzado y atacan por los lados al enemigo. Los pobres moros saltan, sin mando alguno, para salvar a sus cama-radas. Los comunistas emprenden la fuga. Ha llegado también nuestra aviación, que bombardea ahora las bandas en retirada. Un tanque ha sido sorprendido por los moros. Montan encima de él. Levantan la escotilla y amenazan a los de dentro con granadas. Hay gran alegría.

Nos llegan refuerzos. De nuestra compañía apenas han sobrevivido un centenar de hombres. Se nos reúne. Falta Banica. Le buscamos. Tiene el hombro perforado por una bala mejicana. Se ha portado como un héroe. Le vemos cómo se dirige hacia el hospital. La muerte ha empezado a morder en nosotros. Sin embargo, Banica ha sido fuerte. ¿Seremos nosotros también tan fuertes como él hasta el final? Quién lo sabe.

Alrededor de Mota se hace cerco. Los oficiales le felicitan. Los soldados le miran con admiración. A nosotros, los rumanos, nos crece el corazón. Tenemos lágrimas en los ojos. Su mirada se dirige hacia alturas que nosotros no podemos adivinar. Está transfigurado. No sé qué le anima, pero en todos sus actos se comporta de manera distinta de la nuestra. Estoy al lado suyo, comemos juntos, duermo pegado a él, luchamos hombro a hombro, pero en todas estas manifestaciones, yo aparezco como una persona ligada al suelo, no logro ascender a la altura de su fe. Te aplasta sin querer con su superioridad espiritual, con su valentía, con su bondad. Cuando me dice algo, hay tanta dulzura en su mirada y en su voz... Me siento feliz por el cariño que me tiene...

Debido a la gesta heroica de Mota, nuestra compañía ha rechazado el ataque enemigo, salvando la posición conquistada con tantos sacrificios y librando de un verdadero desastre a la

Sexta Bandera entera.

LA CONQUISTA DEL CAMPANARIO

A las nueve en punto de la mañana, nuestra artillería empieza a disparar contra las posiciones enemigas, primero de tarde en tarde y luego cada vez más intensamente. Los obuses de los cañones destruyen las alambradas y las trincheras del enemigo. A nuestro lado derecho una compañía simula un ataque de frente, empezándose un intercambio de disparos, que aumentan en intensidad.

El señor Clime se había ido a llenar las cantimploras de agua, aprovechando esta ocasión para lavarse también las manos. Nuestra compañía recibe la orden de retirarse de las trincheras, sin ser observada, y agruparse más hacia dentro del valle. Se intenta con nuestra compañía envolver al enemigo para caer sobre su espalda. Estamos listos para la marcha. Hay de repente un ruido infernal de bombardeo y ráfagas de ametralladoras. El señor Clime se retrasa, dando motivo a Lonel Mota para preocuparse. En la cresta de la colina aparece el señor Clime, llevando las cantimploras llenas de agua. Le hacemos una señal para que se apresure. El agua que nos trae nos será de gran provecho más tarde. Lonel Mota está contento, porque nos tiene a todos a su lado: tres, en la primera escuadra; tres, en la tercera, y en medio, el fusil ametralladora. Banica ha sido evacuado un día antes, durante el tremendo ataque intentado por los comunistas. Nos ponemos en marcha al amparo del valle. Apenas salimos de éste, los comunistas nos descubren y dirigen todo el fuego contra nosotros. Se dan cuenta de que el ataque de la derecha ha sido simulado, pero era demasiado tarde. En unos saltos estamos ya en su flanco. Se retiran en desbandada. Corremos a gran velocidad para no permitir al enemigo replegarse sobre otra posición. ¡Qué buena sería ahora la caballería! Caemos rotos de cansancio. Tomamos un trago de agua y seguimos, ya que no podemos quedarnos atrás. Después de una carrera agotadora de una hora hemos avanzado unos cinco kilómetros. Por fin se nos concede un descanso. Dejamos tiempo suficiente para que avancen también los flancos. Descansamos en un bosque de olivos y pinos de una rara hermosura. Luego, cuando se logra el enlace, seguimos adelante. En nuestro camino encontramos municiones y pertrechos tirados por los comunistas, que en su prisa para huir han abandonado todo. Llegamos al margen del bosque, sobre la cima de una colina. Ante nosotros hay un valle y se ven trincheras bien fortificadas, teniendo delante alambradas y un campo admirable para la lucha cara a cara. Pensamos que sería un poco difícil tomar por asalto estas trincheras. Es la primera vez que nos libramos de tal empresa.

Detrás oímos el ruido de los tanques que avanzan: once, un poco pequeños y solamente con fusiles ametralladoras. Se colocan en combinación con los cañones antitanques para hacer, si fuera necesario, imposible la maniobra de los tanques enemigos, en mucho superiores a los nuestros. Los servidores se santiguan, luego cierran la escotilla y los once tanques se ponen en marcha. Es la primera vez que asistimos a tal espectáculo. Del lado enemigo hay mucho movimiento. Los oficiales han subido encima de las trincheras y con la pistola en la mano arengan a la tropa. Tenemos la orden de no hacer ningún disparo. Nuestros tanques avanzan en línea para defender a los flancos contra los ataques con gasolina o granadas. Los comunistas no poseen cañones antitanques. Vemos cómo éstos aludes metálicos avanzan de prisa, y en un momento dado empiezan verter fuego encima de las trincheras. El enemigo no contesta. De repente saltan de las trincheras y emprenden la fuga. Los fusiles ametralladoras de los tanques disparan sin cesar. Los carros de asalto reposan ahora victoriosos detrás de las trincheras enemigas. Nosotros avanzamos también. Hay tantos muertos y heridos en nuestro camino, que no sé si se han salvado un diez por ciento de los que estaban en las trincheras.

A la derecha se ve la iglesia de Pozuelo; a la izquierda, el pueblo y al fondo, Madrid, con sus inmensos edificios. He aquí la Ciudad Universitaria, que está en nuestras manos. Nos deslizamos por un bosque y nos acercamos a Pozuelo. Salimos a campo abierto. Desde la torre de la iglesia nos atacan, por la derecha, dos ametralladoras, mientras que de frente, desde una casa, nos llega una lluvia de fuego. No podemos avanzar, dejando a nuestra espalda las ametralladoras del campanario. Entonces Mota se va al capitán y le pide permiso para —junto con otros rumanos— intentar destruir el nido de ametralladoras, lo que significaba una locura temeraria. Nosotros todos estamos listos para ello. El capitán no quiere dividir la sección, que en definitiva tenía una posición tan peligrosa. Da la orden de que se le entregue de cada escuadra un hombre. Mota pide aun, por lo menos, un rumano más, y el capitán grita: «¡Basil Marín!». Van doce. Los demás les miramos y rezamos a Dios por ellos. El enemigo ha sospechado la maniobra y concentra todo el fuego sobre ellos. Caen, se levantan, saltan; cuatro han logrado llegar al campanario de la iglesia. No podemos

ver bien quiénes son. Se oyen ruidos de granadas. Las ametralladoras han callado. Vuelven sudando y de prisa: Mota, Marín, Igor Zaharov y un español. Regresan a sus sitios, como si nada hubiera pasado. Nos ponemos en marcha. Delante de nosotros hay un campo donde existió una huerta. Tenemos que pasar unos 200 metros por un terreno completamente abierto y batido por el fuego enemigo. Uno tras otro, en una carrera fantástica, atravesamos el campo. El enemigo dispara sobre este trozo con unas diez ametralladoras. Las balas «dum-dum» hacen poc-poc. Aquí ha sido herido nuestro teniente. En el campo se ven diseminadas grandes cantidades de trozos de calabazas. ¡ Por semejante infierno no habíamos pasado! Contra Pozuelo se habían emprendido numerosos ataques. Todos han sido, sin embargo, rechazados con grandes pérdidas.

Llegamos a una pared. Los restos de las compañías del Tercio y de los moros se reagrupan. Se ordena el ataque. Los moros rehusan atacar. Su comandante dice que es una locura, significa un suicidio en masa. Todos estamos agotados. Comienza a anochecer. Son las cinco y media. Hemos emprendido el ataque ininterrumpidamente desde las once de la mañana, sin tomar más que unos tragos de agua. Las caras de todos están pálidas y desencajadas por el cansancio. Sólo los nervios nos sostienen. La situación es, sin embargo, crítica. El enemigo puede cercarnos. Los oficiales cambian impresiones.

De repente oímos: «¡Veintiuna!», y esto nos produce una sacudida eléctrica. Es un grito de desesperación y de victoria. Marchamos como una exhalación. Nosotros, los rumanos, tenemos al frente al sargento Ortigoza. El fuego se concentra contra nosotros. Tenemos delante una cortina de fuego. Como enloquecidos, gritamos : «¡Viva la muerte!»

Tropezamos con las alambradas; no tenemos tenazas, pero logramos romperlas. Mota avanza tras el sargento, luego el señor Clime, Alecu, el R. P. Dumitrescu. Más lejos Marín guiña un ojo y dice: «¡Por aquí, Totule!». Me tiro y los pantalones se me hacen polvo. Caemos en una trinchera. De allí, con las granadas en las manos, gritamos como las fieras, como los hombres primitivos. Hemos olvidado la civilización, los principios, todo. Una sola cosa sabemos: vencer. Hacemos añicos una pared, una puerta de hierro. Luego, con las granadas en las manos, ocupamos un edificio grande, un colegio: es el centro de la resistencia comunista.

Nos repartimos por escuadras y emprendemos la conquista de las casas. Nuestra escuadra, bajo el mando de Mota, ocupa un inmenso edificio, donde ha habido una casa de retiro o un hospital. Es de noche. En todos los sitios el peligro está al acecho. Las casas de al lado están aún ocupadas por los comunistas. A mí me llama nuestro nuevo teniente de la compañía y me entrega para custodiar un prisionero —capitán de intendencia, me parece—, quien había venido para pagar a los comunistas. Todos se le echan encima para matarle. Yo lucho para salvarle. Viene en mi ayuda el señor Clime y luego me lo dejan a mi cuidado. Han salido todos a la caza de comunistas. Lo llevo a una habitación de un colegio, donde se había instalado la Plana Mayor de la Bandera. Empiezan a llegar también otros comunistas capturados dentro de las casas. El comunista que tenía a mi custodia me ofrece 3.150 pesetas que llevaba consigo, como recompensa por haberle librado de la muerte. Las rehuso cortésmente y le digo que soy rumano, abogado. Abre los ojos muy grandes. A ellos se les dice que los nacionalistas son crueles. Nada de esto. ¡ Qué pasa, sin embargo, con los prisioneros capturados por los comunistas! Se les corta la nariz, las orejas, se les sacan los ojos. Estas cosas son pequeñeces. No hablo nada de los sufrimientos degradantes a que son sometidos nuestros prisioneros caídos en las manos de los comunistas, de ciertas prácticas que terminan con la amputación de los órganos genitales, que les dan luego para comerlos a las mismas víctimas; se les abre el cráneo, batiéndole el cerebro con un palo. La víctima muere en medio de unos sufrimientos espantosos, y luego se orinan encima de su masa encefálica. Aquí han encontrado los judíos campo libre a su fantasía enfermiza y a sus prescripciones talmúdicas.

Los niños de los nobles y de las personas acomodadas sirven a los judíos para satisfacer sus placeres sexuales. Niños de siete a ocho años son arrancados del seno de sus familias, las cuales, atemorizadas por el miedo y embrutecidas por el hambre, no oponen resistencia alguna. Son prostituidos primeramente por los jefes judíos y luego entregados a los soldados borrachos y especialmente a los soldados rusos de Manchuria, quienes, después de terminar tal barbarismo, les matan de un modo despiadado. Por cierto que no puedo describir aquí todo lo que he visto y he oído.

¡Esta es una pequeña advertencia para nuestros burgueses, defensores de la democracia comunista!

En otro lugar he descrito detalladamente todos los horrores cometidos en nombre de la libertad

y de la civilización, en tanto que el fusilamiento por parte nuestra nos parecía algo humano y justo, al lado de lo que perpetraban los comunistas.

Tenemos una corta tregua en la lucha. Hemos puesto centinelas delante y detrás de las casas. Hay habitaciones con camas y somieres, sábanas y mantas calientes. ¡No viven nada mal los comunistas! Mota ocupa una habitación junto con Marín y conmigo. Encuentra encima de la mesa alhajas, polvo y lápiz de labios. Hay ropa de mujer también. Intenta echarse sobre la cama. Esta es dura. Levanta la manta y la sábana y debajo aparecen iconos. Nunca he visto en mi vida a Ionel Mota tan encolerizado. Nos llama a todos. Vemos los iconos de la Sagrada Cena, a Jesús y otros iconos santos. Mota nos cuenta que ha oído hablar de ciertas prácticas masónicas, de ofender a los iconos, pero no se podía imaginar semejante locura. La habitación estaba reservada para satisfacer los placeres de los milicianos.

El R. P. Dumitrescu reza una oración. Colocamos los iconos sobre las paredes, pidiendo a Dios que ampare a nuestro país de semejantes calamidades. Pasamos por las demás habitaciones. Se encuentran allí todas las golosinas y manjares de la tierra: naranjas, caramelos, uvas de Málaga, vino, coñac y pasteles. Se nos quita el apetito, por lo que vimos antes. Al día siguiente es San Juan, el santo patrón de Mota y del R. P. Dumitrescu.

En la mañana de San Juan rezamos una oración y nos abrazamos. Es muy emocionante esta escena. Cuando viene Mota, él mismo me prepara especialmente para mí una tortilla con tomate. Aunque había comido antes, me hace compañía para que no estuviera tan solo. El reverendo padre nos sirve vino y pasteles. Se oyen los acordes de un piano. El señor Clime ha encontrado un piano y toca unas romanzas. Estamos alegres y vienen de todos los lados para servirse de nuestros alimentos, que tenemos en gran abundancia. En cambio, a nosotros se nos regalan jerseys, botas y uniformes. Se han encontrado depósitos enteros de uniformes y municiones rusas, abandonadas en la retirada. El día de San Juan lo hemos pasado estupendamente con canciones y chistes rumanos. Ionel Mota parecía que había bajado de sus esferas entre nosotros. Cosa muy rara, porque siempre sentíamos cómo su mente flota en las alturas y vislumbra cosas inaccesibles para nosotros. Marín, con sus ironías y sus chistes, nos ha alegrado a todos. Al día siguiente salimos para Ara-vaca.

HACIA ARAVACA

A las doce del mediodía, cuando almorzábamos, oímos una orden corta: «¡Prepárense!» y luego: «Venga, venga». En un instante todos estamos listos: cuatro granadas, máscara de gases, la cantimplora, el saco y demás herramientas, entre las cuales no faltaba el «spritzul», como había bautizado Marín a la botella con gasolina.

La sección primera de la compañía Veintiuna está ya lista, como siempre, antes que las demás. Mota nos empujaba continuamente: «De prisa, Nae, que se ríen los españoles de nosotros».

Marchamos al amparo de las casas. Miramos con envidia a las compañías que se instalaban en las casas que hacía dos días habíamos ocupado con tan grandes sacrificios. Nuestra compañía no ha tenido la suerte de descansar durante la ofensiva. Siempre aparecía un punto flojo o alguna posición que se resistía. La compañía Veintiuna tenía que cubrir la retirada de otras y tomar posiciones o conquistar lo que otros no han podido lograr.

La artillería enemiga nos ha descubierto, empezando el bombardeo, cada vez más intenso, con obuses de gran calibre, a la derecha, a la izquierda... Cerca de mí, un pequeño chalet, como una cajita de cerillas, ha sido volado como en las películas. Por unos momentos vuelan por el aire tablas y escombros, que luego caen al suelo. ¿Quién tiene tiempo para mirar?

Es curioso cómo se acostumbra el hombre a esta vida. Semanas atrás, cuando entrábamos en fuego, se nos afilaban los oídos y nos sobresaltábamos a cada explosión, mientras que ahora estos hechos no nos producen efecto alguno. Andamos sin pronunciar una palabra. El comandante de la Bandera es nervioso, grita algo que no podemos comprender. Llegamos a la vía del ferrocarril. Detrás del terraplén hay una compañía que se retira. Nosotros tenemos que ocupar el puente y la carretera que atraviesa la vía del ferrocarril Escorial-Madrid. Lejos se ve un tren ardiendo sobre los raíles. Por lo menos durante la noche no tendremos frío. Los que abandonan esta posición están contentos, un día o dos de reposo. ¿Quién sabe lo que nos espera a nosotros? Apenas salimos del valle cuando desde los dos lados comienza a caer una lluvia de balas, que dan lugar a una carrera loca. Caen muchos de los nuestros. Tenemos la suerte de encontrar otro valle, que nos ofrece un rato de descanso. El correr por el barro es tremendo; los pies resbalan, luego caes, te levantas y sigues adelante. La Bandera nuestra, con un león amarillo, parece un estandarte de muerte. Un salto más y estamos en las cocheras de los vagones de lujo de Madrid. No encontramos resistencia alguna. Los comunistas han huido. Cuando salimos nos espera otra lluvia de balas. No hacemos ningún disparo para no establecer allí el frente. Nuestro avance les obliga, sin embargo, a retirarse. Avanzamos como un rayo y nuestra velocidad les desconcierta; capturamos algunos comunistas que no han tenido tiempo de huir. Son fusilados en el acto. Esta es la ley. En un pequeño valle descansa la tropa. Todos estamos empapados en sudor. Hace mucho calor y además lo que hemos corrido. Ninguno de los rumanos guardamos las mantas o los sacos que llevábamos con nosotros, ya que era imposible correr con tanto peso. Solamente el señor Clime tiene dos mantas, su mochila en la espalda y dentro del seno, algunas cosas más. Posee una resistencia fantástica. Parece el menos cansado, aunque él también está completamente mojado. Mientras descansamos me quito los correajes, la guerrera y con una tijera corto el jersey. He pagado muy caro más tarde este hecho. Me siento más ligero. Me quedo solamente con la camisa y me pongo de nuevo la guerrera, que es por cierto muy fina.

Al seguir la marcha, ya me siento más ágil. Todos me envidian, pero nadie comete el error de hacer lo que hice yo. Ellos saben que llega la noche... Algunos saltos bajo el bombardeo de la artillería, de los tanques y de las ráfagas de las ametralladoras, y hemos ocupado el puente y la carretera. El enemigo huye en desbandada. Emplazamos los fusiles ametralladoras y abrimos el fuego para limpiar el terreno, ocasionando al enemigo unas tremendas pérdidas. Empiezan a bombardearnos con los tanques desde la derecha y de la izquierda. Las balas no cesan. Marín descubre el sitio donde están emplazados los tanques. Hasta que lleguen, los comunistas nos mantienen cercados. Casi no podemos movernos. Estamos pegados al parapeto de la carretera. Nos bombardean con cañones de todos los calibres. No tenemos ninguna salida. Nos cercan milímetro a milímetro con la artillería. Por encima tenemos también una mala posición, que permite al enemigo bombardearnos los flancos. Sin embargo, interviene la suerte a nuestro favor. Comienza a bombardear también nuestra artillería. Podemos ver cómo el tiro seguro y preciso de nuestra artillería pone en fuga a los tanques enemigos y hace saltar por el aire sus trincheras. Respiramos un poco. Del horizonte nos llega un zumbido.

Se da de prisa la orden de colocar trozos de tela blanca para indicar la presencia de nuestra compañía allí. Nos sobrevuelan quince pesados y seguros aviones trimotores, que llevan en sus tripas vagones de bombas, rodeados por unos 25-30 aviones de caza, que parecen un enjambre de abejas. A nosotros se nos inflama el corazón. Producen tal estruendo que da la impresión de que se parte la tierra. Es algo de Apocalipsis. El enemigo está convertido en polvo. Hablamos con Mota y Marín: «Lástima de sus pellejos». Pero después de marcharse los aviones vienen otras olas de comunistas, ocupando las trincheras. El bombardeo y el fuego continúan. Observamos cómo el enemigo se dirige hacia las trincheras.

Entramos nosotros también en acción con los fusiles a una distancia que va disminuyendo desde 1.000 a 800, a 400 metros. No han logrado entrar en las trincheras ni la mitad de ellos. Los fusiles y las ametralladoras les ha diezmando. Entretanto, han avanzado también nuestros flancos. Tenemos ahora al enemigo solamente delante de nosotros. Se nos da unos tragos de coñac. Marín saca una lata de conservas y la abre con mucha parsimonia. A nuestro alrededor hay montones de muertos y heridos. El hambre tiene su palabra y cada uno saca algo para comer. Son las cuatro de la tarde y hasta la noche, ¡cuánto tenemos que hacer todavía!

Delante de nosotros se abre un valle. Al lado izquierdo se halla Aravaca. Resiste desde hace cuatro días y no puede ser conquistada. El lado izquierdo del frente se apoya sobre Madrid. En el lindero de la colina se observan las trincheras enemigas de un lado y de otro. El enemigo domina el valle. Pasar por este valle es un acto de locura. El sitio está ya descubierto. No hay ni un solo arbusto. El terreno está completamente llano.

«Nea Elie», nuestro capitán, apodado así por Marín, toma un trago de coñac; mira a la derecha y a la izquierda y de nuevo bebe otro trago. A la izquierda el fuego ha disminuido. Los comunistas no cesan. Son superiores en fuego, tienen muchos tanques y un sinnúmero de fusiles ametralladoras y ametralladoras. Repentinamente se oye la palabra mágica: «¡Veintiuna!» Un escalofrío nos estremece a todos. No sé por qué, pero cuando se grita «¡Veintiuna!», parece que veía todas las batallas y toda la gloria de esta compañía comprendida en este grito. Estamos listos de nuevo para la muerte; hemos olvidado el hambre, el frío, el cansancio, los ojos empiezan a quemarnos en las órbitas, por el cansancio. Desplegamos la bandera de la compañía. El león de la Bandera parece que se ha estremecido, se siente más orgulloso. Algunas órdenes breves y marchamos diseminados por el valle. El enemigo, de momento, se queda desconcertado. Nos creen locos. Este valle significa una muerte segura. Una trampa mejor no se puede tender. Una victoria más fácil no podían imaginarse. Quien ha hecho la guerra sabe lo que significa avanzar en campo abierto, batidos los flancos por las ametralladoras. Nos damos cuenta dónde entramos. Todos estamos muy serios. Marín tiene una sonrisa de desprecio en la comisura de la boca. Mota nos dice: «¡Portaos bien, muchachos, para que esté contento el Capitán de nosotros!» Siempre la misma preocupación, que seamos los mejores. Yo me sentí ágil sin jersey, a pesar de que empezaba anochecer y hacer frío. Arrancamos a saltos, en una loca carrera; las filas se debilitan, las balas silvan y se clavan cerca de nosotros. Nuestra única preocupación es la de no quedarnos atrás, para que no crean los españoles que vacilamos en algún instante. La carrera es verdaderamente desenfundada. Caemos al suelo sin respiración. Los pulmones rehusan funcionar. Un trago de agua y adelante. ¡Maldito sea el arado, que con sus surcos entorpece el avance! El pie no tiene apoyo y del lindero las ametralladoras disparan ininterrumpidamente. Nos hallamos a unos cien metros de una casa. Los flancos se aproximan y se comprimen. El R. P. Dumitrescu, tumbado en el suelo, descansa bajo la lluvia de balas. Marín le pregunta:

—¿Esta usted herido, padre?

—No, pero descanso un poco.

—¿Se ha vuelto usted loco? ¡Venga con nosotros!

Más lejos, Alecu Cantacuzino, después de haber explorado una choza, descansa también.

Seguimos adelante. Ante nosotros tenemos una casa de dos plantas, rodeada de una muralla de ladrillo de un metro y medio de altura y un enrejado de hierro. Cerca de una fuente de cemento se entrecruzan disparos de ametralladora. En unos saltos alcanzo una pared y me pongo al amparo de una lluvia de balas. El reverendo padre viene muy despacio. He tenido suerte, ya que precisamente en aquel instante el enemigo cambiaba la banda de la ametralladora.

Delante de nosotros, a unos 60 ó 70 pasos, hay trincheras enemigas. El enemigo, intimidado, no dispara. Con las granadas limpiamos la casa de comunistas y nos instalamos en ella. Los

comunistas intentan acercarse, pero se ven obligados a guardar distancia por nuestros fusiles ametralladoras, que disparan con una precisión matemática.

Empieza a anochecer. Un oficial comunista sube sobre las trincheras y nos grita que debemos entregarnos, porque estamos rodeados por todos lados. Se nos ofrece diez pesetas y el ascenso a cabos y sargentos... Nuestro capitán le contesta que veremos, que lo pensaremos un poco. Hace un frío tremendo. De la carretera trajimos dos coches abandonados, de los cuales cogimos las puertas. Es enviado un enlace para establecer contacto con el resto de la Bandera. No lo logra y viene él también a confirmarnos que de verdad estamos rodeados. Nadie duerme. Todo el mundo está en su sitio. Nosotros hacemos la guardia en el balcón, que ya no tiene cristal alguno.

Ionel Mota hace la primera guardia desde las ocho a las doce de la noche. Nosotros estamos en un rincón para defendernos del frío y del aire. Empiezo a tener un frío tremendo. Marín y Mota tienen jerseys, pero están mojados y se les hiela el sudor sobre ellos. Marín se acuesta cerca de mí para calentarme, pero todo es en balde, porque temblamos los dos. En el patio hace la guardia el señor Clime, Alecu Cantacuzino, R. P. Dumitrescu e Igor con su cabo, el valiente Feliciano. El señor Clime ha cubierto con sus mantas a Alecu y al R. P. Dumitrescu, y ahora él, en su puesto, salta sobre los pies. Le veo que hace este movimiento con mucho cuidado para que no se entere el enemigo. Nos helamos de frío, pero no debemos movernos. Siguen tres horas largas, como la eternidad. Le toca el turno a Marín. Mota está completamente helado. Estamos pegados uno con otro, sin lograr calentarnos. No se permite ni fumar. A mí me parece que veo un parpadeo de luz, cuya sombra juega sobre la pared, pero creía que me equivocaba, que tengo visiones como los sedientos en el desierto. Mota, roto de cansancio, se ha dormido. Me levanto despacio para no despertarle y ando con mucho cuidado. Encuentro una pared y unas escaleras que van hacia abajo. Desciendo. La luz empieza a aumentar. Sigo bajando aún algunas escaleras en espiral y delante de mí aparece un fuego grande. En la cueva el enfermero había traído a los heridos y había encendido un fuerte fuego. Vuelvo de prisa y despierto a Mota, quien estaba entumecido de frío y de sueño, y lo llevo al calor. Me caliento yo también y voy a sustituir a Marín con una hora de anticipación.

Cuando volví de mi turno de guardia encontré a todos durmiendo alrededor del fuego. Dios no nos ha abandonado nunca.

Al día siguiente empezó el ataque comunista contra la casa. La artillería había enfilado bien el objetivo y lo bombardeaba tremendamente.

Las ametralladoras habían logrado separarnos de los del piso superior. Entre tanto, nuestras muías, con municiones y alimentos, al intentar escurrirse por el valle, han sido muertas junto con los bravos soldados. Nosotros veíamos todo esto desde arriba, pero no les podíamos ayudar en nada. Nos damos cuenta que no hay ninguna posibilidad de salvación. El cabo, que tenía un poco de coñac en su cantimplora, nos reparte con economía a cada uno un trago. Le digo a Marín: Cántanos *Sunt ultimii bani* (Es el último dinero), un romance oído por él una noche antes de nuestra salida de Rumania. Empieza a cantar y luego seguimos con canciones legionarias. El sargento pasa de prisa. Se entrecruzan las órdenes. Nos mira y cree que nos hemos vuelto locos.

No sabemos nada de los demás rumanos que se hallan en el piso de arriba. Le grito al R. P. Dumitrescu: «¡Manténgase bien, padre. Malditos sean los comunistas!», junto con un juramento inventado en el frente: «¡Maldita sea la cáscara de los comunistas!» El reverendo padre sonríe, pero su sitio es muy peligroso. Estoy con el señor Clime en la ventana, cuyos marcos de madera y ladrillos son mordidos por el fuego enemigo. Alecu y logor, en la pared exterior, disparan ininterrumpidamente contra los comunistas. Tenemos que callar nuestros fusiles ametralladoras, porque gastan demasiadas balas. Pronto se terminarán también las municiones, luego las granadas, calar la bayoneta, y, por fin, «¡Veintiuna!»...

Abrimos de par en par las ventanas para que no nos molesten en el lanzamiento de las granadas. Miramos abajo. Han cambiado un poco el color de los rostros los soldados. Nosotros, los de arriba, tenemos muchas granadas.

Empezamos a cantar y de nuevo vuelve la buena disposición, el buen humor, mientras que el enemigo nos aprieta cada vez más. A su fuego contestamos con disparos muy espaciados, para hacer ahorro. ¡Quién sabe cuánto tiempo podremos aún resistir!

Moriremos todos, pero no nos entregaremos. La gloria de la Sexta Bandera no será deslucida por nosotros. Mota dice: «Cuando llegue la paz y los niños jueguen sobre estas colinas se acordarán de que aquí ha caído gloriosamente la compañía Veintiuna, y en Rumania estarán todos

orgullosos de nosotros, que hemos muerto heroicamente».

Al anochecer, el señor Clime ve aparecer en una trinchera una cabeza, luego otra, y, por fin, un fusil ametralladora, que empieza a disparar. Tiene la impresión de que son los nuestros. Es una ilusión, ya que el fuego es mortífero. Llama también al R. P. Dumitrescu: «¿No son los nuestros?» Si son ellos, ¿por qué disparan contra nosotros?» Anuncia igualmente al sargento. «¡Son los nuestros!» Un instante, y esta palabra da la vuelta de boca en boca. Los fusiles ametralladoras empiezan a disparar de nuevo y todos estamos listos para el ataque a la bayoneta. El sargento Ortigoza flamea desde la ventana la sábana convencional. El fuego cesa: sí son los nuestros. Todos tenemos lágrimas en los ojos de emoción. Marín dice: «Como en las películas americanas, cuando el tren está al borde del precipicio, el mecánico logra pararlo en el último instante. ¡Cómo estallará de júbilo en esta escena el público!...

El enemigo huye en desbandada, cazado por nosotros. El avance y nuestra resistencia ha hecho caer los flancos. El pueblo de Aravaca ha caído casi sin lucha, y en el extremo derecho se enlaza con la Casa de Campo. La carretera Escorial-Madrid está en nuestras manos. Hemos cortado el frente comunista.

«Nea Elie» está contento. Nos mim a todos. A Ionel Mota le pasa la mano por su cabello rizado. Todos estamos alegres. Llega, por fin, también la comida.

CAMINO HACIA EL GRAN SACRIFICIO

Habían pasado solamente unas horas desde cuando fue roto nuestro cerco en Aravaca. La alegría y el contento se leía sobre las caras de todos. Las tropas de moros y el Tercio habían pasado delante y habían ocupado buenas posiciones relacionadas con la Casa del Campo, un antiguo coto de caza del rey. En espera de un bombardeo de la artillería pesada de Madrid, se dio orden de limpiar el sótano de la casa y cubrirlo de paja abundante, porque en él estamos al amparo de las bombas, por ser la construcción con hormigón.

Todos trabajamos con afán para habilitarnos una estancia más humana, con la esperanza de que así no hará tanto frío. En el patio ponemos las cosas en orden, para no entorpecernos en la eventualidad de un ataque durante la noche. En la carretera se hallaban coches destrozados. Les sacamos los asientos y los colocamos en el refugio. Hacia las seis de la tarde entro de guardia en el puesto de la puerta, en sustitución de Marín. Las balas silban por doquier, pero nadie se preocupa por ellas.

Al anochecer llega la camioneta con la cena caliente. El «Presidente», el cocinero, estaba tan alegre como si a él se debiera toda la hazaña. Me dejó brindar con su bota sin fondo. Le dije luego que tenía mucho frío y me dio sus tres mantas gruesas y buenas. Las he enrollado y llamé a Marín para entregárselas. Esto les produjo gran alegría a Marín y a Ionel. Confeccionamos una cama regia con tres mantas y con los asientos de los coches. Éramos ricos. Cuando terminé mi turno de guardia, en el mismo momento, se nos daba la cena caliente. Ionel Mota, roto de cansancio, se durmió antes de cenar, reconfortado por el calor de las mantas.

Estábamos bien acomodados y contentos. Por fin teníamos una noche de descanso delante de nosotros. Pero de pronto, desde la Casa del Campo, se oye una ráfaga corta de ametralladoras, que se acelera cada vez más.

Al principio no prestamos mucha atención, porque estas cosas eran muy normales en el frente. Pero el ruido aumenta y empiezan aullar todos los valles. Se ven luces y se oyen más a menudo las explosiones de granadas. Se desencadena una verdadera tormenta de fuego.

Según el ruido y las luces, entendemos que los nuestros se retiran. Inmediatamente se nos ordena salir fuera y colocarnos a lo largo de la zanja para repeler un eventual ataque del enemigo. La lucha aumenta cada vez en intensidad. Ha entrado en juego tanto la artillería pesada como la ligera de Madrid. Se ve por doquier las explosiones de un bombardeo endiablado. A nuestro alrededor empieza de nuevo la danza de la muerte. Los obuses llegan silbando apocalípticamente. Se ve un instante bajo la forma de relámpago con luz y humo, y luego sentimos como nos cae encima la metralla y la tierra.

Al lado mío se halla un comunista muerto, un teniente checoslovaco.

Estaba cubierto con una guerrera sobre la cara y me da la impresión de que se mueve. Tal vez a causa de los gases, la guerrera se hincha y se deshinch.

En otras circunstancias el estar al lado de un cadáver durante la noche hubiera significado una cosa desagradable. Pero aquí, cuando de un instante a otro puedes tú también ser igual que él, este hecho no te produce impresión alguna.

Entretanto la lucha continúa encarnizadamente y los nuestros siguen replegándose. ¡Un juego de luces magnífico si fuera de artificios y no sembrara la muerte! Después de unos instantes, los nuestros se rehacen y luego emprenden huracanados el ataque. El combate continúa con una furia creciente. Por las luces vemos cómo esta vez los nuestros avanzan. Poco a poco van llegando a las posiciones de donde habían sido rechazados.

El fuego de los fusiles y de las ametralladoras acaba, pero la artillería pesada sigue disparando. Se ve fuego y se oye ruido de lucha en otro sector. El cielo está iluminado como por relámpagos. En nuestro sector el fuego ha cesado por completo. Sacamos la paja y las mantas, por si acaso dormiremos fuera.

Maldecimos a los comunistas de todo el mundo y nos acostamos cansados, helados, agotados; tenemos deshechos los nervios después de tantas peripecias. Arreglamos la cama al lado de la zanja. Marín es el primero de la guardia; yo, el segundo, e Ionel, el tercero. Nos acostamos y dormimos inmediatamente. Me despierta Marín, y va acostarse él también. Hace mucho frío. Afortunadamente ha salido la luna para no tener la preocupación de algún ataque enemigo por

sorpresa. A la luz de la luna no nos atacan nunca, porque está fácilmente descubierto. Creo que ellos están también encantados por este hecho. Ando automáticamente, tres pasos a la derecha y tres a la izquierda. El cerebro, sin embargo, trabaja con velocidad fantástica. ¡ En qué no se piensa durante tres horas de guardia! Al lado duermen los camaradas y más allá hace guardia Alecu. Le toca el turno a Ionel. Intento despertarle, pero duerme profundamente. Por la respiración me doy cuenta de que está muy cansado. Despierto a un español de al lado. Protesta que no le toca a él, pero le convengo, no sin esfuerzos, y me acuesto en su lugar, cerca del cabo. Me meto cuanto puedo entre pajas y pongo la manta encima de la cabeza. No quiero perder en absoluto algo de calor. Me caliento por medio de mi propia respiración y me duermo. Empieza amanecer cuando me despierta Ignacio. Voy a acostarme cerca de Marín.

Ionel me agradece que le he dejado dormir, porque ha descansado muy bien. Antes de poder dormir le veo cómo se sienta sobre una piedra y con el fusil al lado suyo, empieza escribir a la claridad del amanecer.

LOS ÚLTIMOS DÍAS CON ION MOTA Y VASILE MARÍN

Al día siguiente hace un tiempo estupendo. Tenemos tranquilidad. Nos sentamos detrás de la casa, donde estamos a cubierto de las balas, y charlamos. Ionel escribe una carta larga al Capitán, Corneliu Zelea Codreanu, jefe de nuestro movimiento. A Alecu Cantacuzino, a mí y al R. P. Dumitrescu nos lleva un alférez para arreglar un coche abandonado por el enemigo en el campo. Mientras yo le coloco una rueda, Alecu revisa el motor. Después de una labor de dos horas no logramos nada. Además no teníamos ninguna herramienta. Cuando estábamos más amargados llega la compañía. Creemos que viene para ayudar a empujar el coche, pero cuando se acerca más vemos a Marín y a Mota cargados con nuestros pertrechos, empapados en sudor. Nos adelantamos para recogerlos.

Nos dirigimos hacia Pozuelo, siguiendo la vía del ferrocarril hasta la estación.

Aquí encontramos un cuadro digno de los comunistas. Todos los libros y los muebles, destrozados. ¡ Cuántos, diablo, tienen aún tiempo para dedicarse a semejantes cosas!, pensamos nosotros. Al entrar en Pozuelo nos repartimos en unas casas abandonadas, y luego vamos a nuestra antigua casa, donde tenemos una habitación para nosotros, los rumanos. Se nos dice que aquí tendremos descanso una semana entera. Estamos muy contentos y empezamos a limpiar las habitaciones. Se alojan también los oficiales. Nosotros no hacemos guardia.

Marín hace una observación:

—Siempre, cuando limpiamos, no nos hemos quedado en aquel sitio. Mejor, lo dejamos así como está.

A pesar de saber que así ha ocurrido siempre no queremos creerlo y seguimos haciendo las camas y limpiando el suelo. Trajimos a la habitación también el piano y luego terminamos con la limpieza. El señor Cli-me, siempre incansable, nos canta y se acompaña con el piano. Me quito las botas. Es un verdadero lujo, porque hace más de un mes que no me las he quitado. No me siento bien y logro muy difícilmente dormirme. A media noche me despierto. Se oye un gran tiroteo. Debe haber lucha y no en broma. Me pongo las botas y sigo durmiendo.

Por la mañana vemos que se nos prepara una estupenda comida: paella con almejas y otras golosinas. Mientras limpiábamos, por doquier se oyen órdenes breves: «¡Prepárense, prepárense!» «¡Venga, venga!».

Hemos cambiado todos de color. ¿Este es el descanso de una semana que se nos ha prometido? De nuevo, marchas, carreras por campos, frío, cansancio, fuego, sangre y muerte. Sin embargo, no tenemos tiempo para la meditación. En un instante estamos ya listos en formación y vamos a tomar la comida. Esta no se encuentra completamente hervida y aunque sea muy buena no tenemos apetito. Nos ponemos en marcha. Todos llevamos el presentimiento de que esta vez ocurrirá algo. Lejos se oye un endiablado cañoneo. ¡Quién sabe en qué infierno entraremos! Vemos cómo en nuestros alojamientos penetran soldados pertenecientes a otras Banderas. En el aire flota algo incomprensible, que nos pesa sobre las almas de una manera dolorosa. Tengo la creencia de que en aquellos momentos Ionel Mota y Vasile Marín han tenido claramente el presentimiento de lo que va a pasar. Durante todo el camino, que será el camino del calvario, no sé por qué, mis miradas, más que nunca, buscaban incesantemente a Mota para no perderlo de vista. Se ve que en algún sitio, en las profundidades del subconsciente, allá en mi alma, sabía de la tragedia que tendrá lugar, porque mis ojos, misteriosamente advertidos, querían fijar su imagen para no olvidarla jamás.

Se había transfigurado. Parecía más alto y el silencio del alma, por encima de la naturaleza, se le había grabado en su cara. Así ha debido ser también la aureola de los santos. No tenía el aspecto, ni la manera de ser del soldado valiente y decidido que había sido hasta entonces, sino que su cara reflejaba ahora una bondad angelical. Marchaba así purificado, como un niño bueno con el alma inmaculada, hacia el gran sacrificio, consciente de él, por la fe y por la Patria. Su cabello rizado, sedoso, rubio, su cara fina y blanca le daba un aspecto de santo. La misión que le había encomendado Dios la había cumplido con creces hasta el final.

Marín tenía otro carácter. Era valiente. Creo que ha sido un raro ejemplar de nuestra estirpe, reuniendo en su persona todas las cualidades y las virtudes de aquella. Valiente, bueno, de una inteligencia brillante, ha sido en todo momento nuestro buen camarada, aunque nos superaba constantemente por su siempre chispeante inteligencia.

¡Qué felices somos nosotros, sus camaradas, que hemos tenido la suerte de estar a su lado, de verles en los grandes momentos! ¡Ante sus grandes sacrificios, ante sus superiores cualidades, nosotros somos tan pequeños! Sin embargo, estamos contentos de que Dios nos haya permitido gozar de su amistad y de su cariño. Nosotros hemos sido personas. Ellos se han superado a sí mismos. Apenas ahora me doy cuenta qué enorme distancia había entre ellos y nosotros. Ni me atrevo preguntarme si soy yo digno de escribir estas líneas sobre ellos. Por más que esfuerce mi pluma —por falta de talento— no podré nunca expresar en su verdadera luz, su fe y su heroísmo.

Creo que solamente la Historia les colocará en las filas de los santos y las generaciones venideras, jóvenes y de talento, podrán apreciar, a través de los años, sus gestas en toda su grandeza. Yo, como su humilde camarada, sin ningún talento y ninguna habilidad en el arte de escribir, he fijado, así como los he captado, con mi sencilla alma, algunos de los pocos momentos y que he tenido la felicidad de vivir junto a ellos.

Andamos diseminados. Tropezamos con la artillería antiaérea. Se nos da una pausa. El sargento Ortigoza viene cerca de Mota y le dice algo. Yo no me encuentro nada bien. Continuamos la marcha. Se oyen cada vez más cerca las explosiones. Pasamos al otro lado de la carretera de Las Rozas. Ahora las trincheras están vacías y desiertas. Los agujeros de los obuses y los restos de los cartuchos muestran que aquí ha habido una lucha encarnizada. Encontramos oxidada la pala Li-nemann de Ionel Mota, la única de esta marca en la compañía. La llevamos con nosotros, esperando que sea de buen augurio. Seguimos adelante. Las compañías van unas tras otras, desplegadas. Pasamos por donde estuvieron las trincheras enemigas, y así tenemos la ocasión de ver los efectos de las bombas de la artillería y de la aviación. ¡Qué tristeza, qué aspecto desolador! De la tierra revuelta de la trinchera, sale alguna mano o alguna pierna. Los enemigos han sido enterrados, sacados y de nuevo enterrados por los bombardeos de los aviones y de la artillería. Hay allí piernas destrozadas, ametralladoras, fusiles ametralladoras, fusiles, morteros, todo junto, como en un caos dantesco.

El enemigo nos ha visto y emprende un intenso fuego de artillería. Los obuses que explotan en el aire nos rocían de metralla, mientras que otros revientan abajo, arrojando una lluvia de hierro.

El fuego aumentaba cada vez más en intensidad. Llegaban, golpe tras golpe, una verdadera granizada de obuses.

Nos apresuramos. El poder de resistencia del sistema nervioso disminuye, pero el instinto de conservación se despierta más fuerte en medio de esta locura de fuego.

El tronar de las explosiones de los obuses hace temblar la tierra. Las nubes negras de humo y de tierra llenan el aire. Solamente la fe en Dios nos puede dar fuerzas para resistir.

Pasamos por una tormenta de fuego. Seguimos en una carrera loca y saltamos como el agua contra las orillas, porque ni sabíamos por dónde teníamos que andar. Tropezamos con unas muías con las tripas reventadas, humeantes aún. Estamos ya en la primera línea. Bajamos la cresta de la colina y seguimos al lado derecho de la carretera, porque el frente se halla exactamente a lo largo de la misma. Las balas silban cerca de nuestras orejas, como un enjambre de avispa. Afortunadamente, la carretera es abombada, y así podemos andar como dentro de una trinchera. Por donde está descubierta la pasamos a toda velocidad. Cerca de nosotros cruzan los camiones de la Cruz Roja, de cuyo interior salen gritos y gemidos de los heridos.

Así hemos entrado en Majadahonda. No se veía más que casas derrumbadas, montones de barro, escombros y vigas medio quemadas. Se respiraba un olor pesado de cadáveres. Por las calles hay huellas de sangre y muertos con los labios azules y con las caras pálidas y sucias de barro. Majadahonda es un pueblo desierto, como por un cataclismo. A través de las cazas corren las balas. El frente está al margen del pueblo.

El campanario aparece destruido y las campanas suenan roncadas cuando alguna metralla de obús pega en ellas, produciendo un sonido triste, descorazonados

Ha empezado hacer frío y cae una lluvia menuda. Estamos completamente mojados por el sudor. Tenemos que esperar en medio de la lluvia hasta que nos encuentren alojamiento. El frío y la lluvia desmoralizan más que la más tremenda batalla. Nos hallamos detrás de una casa. Siento cómo la transpiración se hiela sobre la espalda. Como he conservado la manta, me tapo con ella, pero todo es en balde. Marín abre una lata de conservas y le ofrece a Ionel. El señor Cli-me lee un trozo de periódico recibido de un sargento. Todos tenemos las caras desencajadas de cansancio. Los demás comen, pero yo no tengo apetito. Hace una semana que no como nada. Todos miran la

silueta que he conseguido a consecuencia de este régimen. Y el tiempo pasa, mientras que el frío penetra en los huesos. Comienzo a toser. Por delante de nosotros pasan, llevados en las camillas, heridos y muertos. Uno tiene la cabeza cercenada y se ven los tendones del cuello. Otro está partido en dos, como si hubiera sido cortado con el mayor cuidado para guardar la simetría. Los heridos gimen y piden agua. Ni agua tiene esta maldita Majadahonda.

Aquí, en Majadahonda han tenido lugar unos combates terribles. En una noche, aprovechando la niebla, los comunistas se han acercado a nuestras trincheras gritando: «¡Arriba España!, ¡Viva Franco!»

Los soldados quisieron disparar, pero los oficiales se lo impidieron, creyendo que se trataba de alguna tropa nuestra desorientada. Cuando hubieron llegado muy cerca abrieron un mortífero fuego de granadas, ametralladoras y tanques. Hemos tenido enormes pérdidas.

Ha pasado una hora desde cuando esperamos bajo la lluvia y el frío, y aún no se ha decidido nada sobre nosotros. Nos dirigimos hacia adelante para entrar en las trincheras, pero volvemos pronto al mismo sitio para esperar. La transpiración se ha helado sobre mi espalda. Empiezo a temblar y a tener fiebre. Por fin, tenemos una casa para alojarnos. Allí encontramos un armario. Alecu y Marín lo rompen para prender fuego. Las tablas más anchas las colocan en el suelo y las cubren después con pajas. Yo me siento muy mal. Se lo digo al señor Clime, y él, a su vez, a Ionel. Voy al médico, quien después de examinarme me da una nota de entrada inmediata en el hospital. Seré evacuado en el primer coche que vaya a transportar heridos. Me despido de todos. Nos abrazamos y nos besamos. Es la última vez que he visto aún en vida a Mota y Marín. Les entrego a ellos el fusil, la máscara y los cartuchos. Mota me pide envíe un telegrama a Rumania, y me escribe él mismo el texto. Me encomienda buscar a Banica, si fuera posible. Les miro por última vez. Y aún ahora tengo grabadas sus imágenes en mi mente, así como les vi, en el momento de la despedida, en la noche del 11 de enero de 1937.

MAJADAHONDA

Fui llamado por un enfermero, quien me avisa que está listo un coche. A tientas, por la oscuridad, llego difícilmente al camión. Estaba repleto de moros heridos, que lanzaban gemidos y maldiciones.

Sobre el suelo del camión se me pegaban las suelas a causa de la sangre de las heridas, ya que los vendajes de algodón no podían contenerlas. Un olor pesado de infección, de medicinas y de sangre, hace el aire imposible de respirar. Con un fuerte arranque, que empuja a los heridos unos encima de otros, con un ruido infernal, el camión se pone en marcha. Perdida por entre las casas, algunas balas silban por encima del vehículo. Cuando salimos al campo los faros han señalado al enemigo el camión. Comienza una lluvia de balas, que se oyen penetrando en la madera del vehículo.

El chófer da mucha velocidad para salir de esta zona de fuego. El camino, malo y lleno de agujeros, voltea y mueve el camión hacia todos los lados. Los heridos, aplastados, pegados unos a otros, aullaban de dolor como animales heridos. Aquí, en el castillo, devastado por los comunistas, se ha instalado un hospital ultramoderno. Está lleno y no nos reciben, dirigiéndose nuestro camión hacia Griñón, donde llegamos hacia la una de la madrugada. Las monjas que han llegado, escapando de las manos de los comunistas, nos traen leche caliente. El hospital está instalado dentro de la iglesia del pueblo. Hay una limpieza como nunca he visto. Inmediatamente me ponen dos inyecciones y luego me llevan a una cama. El sacerdote viene a entretenerse conmigo en francés. Le digo que quisiera ser evacuado a Toledo. En dos días no se me permite abandonar la cama. He recibido un cuidado magnífico.

El día 14 de enero se me anuncia que hay una camioneta que va a Toledo. Me visto y salgo. En la camioneta veo a nuestro cabo, un soldado de nuestra escuadra y a un sargento de otra sección, todos llenos de sangre y con las cabezas vendadas.

—¿Qué pasa? —pregunto yo.

—Mota y Marín, muertos —me contesta el cabo—. No quiero creerlo, pero me lo confirma también el sargento. Comienzan a llorar desesperadamente y he llorado como nunca en mi vida. Empiezan a llorar todos en la camioneta.

Me marché con el corazón destrozado a Toledo. El jefe del hospital militar, a quien he contado todo lo ocurrido, me llevó personalmente con su coche al gobernador militar de la plaza. El coronel, que me conocía, quedó también profundamente afligido al enterarse de la muerte de Mota y Marín. Envío entonces tres telegramas a Rumania y uno al Generalísimo Franco, anunciando la muerte de Mota y Marín. Dios ha querido que yo, que les he querido tanto, tenga la triste misión de anunciar su muerte.

Los telegramas enviados a Rumania fueron dirigidos al Capitán, Corneliu Zelea Codreanu, jefe del Movimiento Legionario; al general Cantacuzino, y al señor Prat y Soutzo, embajador de España en Rumania, esperando que alguno de los tres llegara uno a su destino. Han llegado todos los telegramas. Para semejante desgracia, la censura rumana ha tenido la benevolencia de permitir su recibo. Hubiéramos preferido haber muerto todos juntos.

Después de un día se recibió un telegrama del Capitán anunciando la llegada del general Cantacuzino.

Hacía dos días que me encontraba en el hospital militar de Las Doncellas Nobles —una Orden de monjas españolas—, sin recibir noticia alguna del frente. No sabía dónde habían sido llevados los cuerpos de Mota y Marín. Temía que fueran enterrados, creyendo que no habrá ninguna posibilidad para los demás camaradas de alejarse del frente para acompañar los cuerpos de nuestros queridos hermanos. Me pongo la manta encima de la espalda y, cautelosamente, para que no me vea el médico, me marché. He subido despacio los callejones de la ciudad hasta llegar al gobernador militar, suplicándole que investigue, si no han llegado a algún hospital, los restos mortales de los dos legionarios rumanos. El gobernador, muy amablemente, pregunta por teléfono a todos los hospitales que radicaban en la zona de nuestro frente, y de todos los sitios la contestación era negativa. Acongojado por el dolor, vuelvo al hospital creyendo que no habrá posibilidad alguna de trasladar a Rumania siquiera los restos mortales de Mota y Marín.

Mientras estaba tan amargado en la cama, de repente aparecen en la puerta el señor Clime y el

reverendo padre Dumitrescu. He sentido una mezcla de alegría y dolor, porque al verles a ellos he sentido de verdad la pérdida de Ionel Mota y Vasile Marín. Me parecía que podría tener aún esperanzas, que no ha ocurrido nada, que ha sido una equivocación... Entonces me enteré por boca del señor Clime del glorioso y triste fin de los dos santos héroes. Habían venido con una camioneta que evacuaba otros muertos del frente. En Griñón los cuerpos de nuestros camaradas fueron puestos en algunos ataúdes provisionales y con otra camioneta trasladados hasta Toledo. Los han depositado en la cripta del cementerio, y ahora los tres han venido a verme a mí. Tenían un aspecto de espectros, especialmente Alecu Cantacuzino, que parecía más bien a un fantasma venido de otros mundos. Me contaron la noche de terror pasada desde el frente hasta Griñón. En un camión, donde había treinta muertos, rígidos, con las miradas fijas, han tenido que viajar durante la noche, con mucho frío, unas diez horas. Los pies se les habían pegado de sangre. Con cada sacudida del vehículo las cabezas de los muertos chocaban con las tablas del suelo. Hacía falta mucho valor para soportar semejante viaje. Llegados por la mañana a Griñón, difícilmente hemos podido desprender a nuestros camaradas de los otros cadáveres, porque su sangre se había coagulado, pegándolos unos a otros.

Parece que en las últimas jornadas la suerte nos había abandonado. ¡Dónde estaban aquellos días, cuando pasábamos bajo la lluvia de balas como si hubiéramos ido a alguna fiesta! Caían a diestra y siniestra. Nuestro grupo quedaba siempre entero, en tanto que los españoles, algunos supersticiosos, creían que poseíamos fuerzas sobrenaturales, mirándonos con respeto y a la vez con envidia. Ellos no sabían que era el Arcángel San Miguel quien nos amparaba. Y también se cumplió su voluntad, al caer Mota y Marín, en una tarde llena de nubes, en Majadahonda.

El señor Clime, con su voz cálida y dolorida, me contó cómo había ocurrido la tragedia.

«Después de marcharte tú, hemos pernoctado en la casita que se había destinado a nuestra compañía para su alojamiento. No hemos podido conciliar el sueño, porque, a pesar de que estábamos cansados, el ruido del bombardeo y del combate no nos dejó dormir.

»Por la mañana nuestra compañía debía rodear los flancos del enemigo. Hemos tomado posiciones en la cuneta de una carretera. Empezamos a ensanchar la fosa y aumentar el parapeto. Mota y Marín han traído ladrillos de una construcción cercana y han construido una pequeña fortaleza delante. Tal vez presentían algo. De noche trabajamos para fortalecer las trincheras. A Ionel Mota y a Marín les tocó un sitio muy malo.

»La trinchera era de muy poca profundidad y se cavaba difícilmente la tierra. Les corría el sudor sobre sus frentes. Era un trabajo agotador bajo el fuego del enemigo. Con el trabajo se han calentado, han transpirado, y el sudor les salía por la guerrera y luego se heló sobre sus cuerpos. Se echaron uno cerca de otro para calentarse, y luego hicieron tres horas de guardia, sin posibilidad de moverse.

»Hacia el amanecer, el enemigo empezó un huracanado bombardeo con todos los calibres sobre nuestras tropas, y luego, poco a poco, se fue tranquilizando. Alrededor de las doce del mediodía de nuevo se volcó con un bombardeo mortífero sobre nuestras posiciones. Había un ruido y un fuego desconcertante, mientras que las trincheras volaban en el aire: granadas, gritos, muertos. De repente, en el horizonte, aparecen los tanques rusos; he contado 17. Además del bombardeo de la artillería llegan también los tanques para verter su fuego. Sus cañones, con tiro rápido, siegan; las ametralladoras vierten oleadas de balas. Detrás de los tanques avanza la infantería en filas compactas. Comenzamos a disparar contra ellos. Los cañones antitanques entran en acción. Nuestra artillería contesta a la enemiga. Hay un combate serio y difícil. De repente oímos un obús de gran calibre que se dirige hacia nosotros. Sabemos por el silbido que caerá cerca. Nos echamos al fondo de la trinchera. El reverendo padre canturrea: "A inceput vifomita cea mare", (Ha comenzado el gran huracán).

»Un estruendo ensordecedor. Tengo la impresión de que se ha derrumbado todo el cielo encima de nosotros. Saltamos arriba. El enemigo se acerca. El fusil ametrallador no funciona. Por todos los lados hay heridos. Por un instante no nos damos cuenta del desastre. Alecu recoge el fusil ametrallador e intenta arreglarlo. El enemigo continúa avanzando sin cesar. El obús ha matado y ha herido nuestra sección entera. Alecu mira y ve a Mota y Marín muertos. Con un grito loco, nos anuncia este hecho. Seguimos disparando con los fusiles. El enemigo está muy cerca de nosotros. Dentro de unos instantes estaremos cercados y muertos todos. Nos viene en ayuda otro grupo con un fusil ametrallador y logramos contener al enemigo. Alecu abre la guerrera de Ionel Mota, saca la bandera tricolor, la bandera rumana, y les cubre con ella a los dos. Del bolsillo de

Ionel cae el reloj, que se había parado a causa de la explosión. Indica las cuatro cuarenta y cinco de la tarde. El enemigo, intimidado por nuestro fuego, empieza a retirarse. Llevamos los cuerpos de nuestros camaradas a una casa; confeccionamos una mesa y encendemos un trozo de vela. El R. P. Dumitrescu se queda para velar y rezar. Viene también un sacerdote español, que empieza a rezar llorando, besa la bandera y se marcha.

«Nosotros hemos permanecido toda la noche en las trincheras. Al día siguiente recibimos el permiso para acompañar los cuerpos a Toledo.»



Ilustración 10. EL ENTIERRO DE ION MOTA Y VASILE MARÍN. El 13 de febrero de 1937, en presencia de centenares de millares de rumanos afligidos y admirados en las calles de Bucarest, se rinde el último homenaje a los dos héroes.

EL ENCUENTRO EN TOLEDO

Los cuerpos de nuestros camaradas han sido transportados al depósito del hospital de Las Doncellas Nobles. Vamos juntos con el R. P. Dumitrescu para velos. Pasamos por varios patios interiores y llegamos ante unas escaleras que van a la habitación donde se hallan los restos mortales de Mota y Marín. Un profundo e incontenible dolor me acongoja. Estos camaradas, que hace unos días estaban llenos de vida, de entusiasmo, están ahora quietos, tendidos sobre esa mesa de operación. Se apodera de mí una cierta rebeldía contra la suerte, contra el orden en la Tierra, contra las leyes. ¡Mota, este hombre extraordinario, en cuya alma se generaban tantas ideas geniales, ha muerto!

¡Marín, esta mente aguda, perdido para siempre! ¡ No, no puede ser, no es posible! Tengo la seguridad de que se levantarán al acercarme a ellos.

No podía creer entonces, ni aún ahora, que Mota y Marín habían muerto.

Nuestros pasos resuenan secos sobre el suelo de piedra de la habitación. Dos ataúdes, azules, uno cerca de otro, así como han estado juntos en la vida. Con profunda emoción levantamos la tapa del ataúd de Ionel Mota. Parece que duerme. La cara está serena; una serenidad divina, está contento de que se haya cumplido su destino. Me acerco y le pongo la mano encima de la cara. Le llamo por su nombre en espera de algún milagro, de una contestación. Ionel duerme el sueño sin soñar y sin fin. Las lágrimas, calientes, queman mis ojos. El R. P. Dumitrescu, entre sollozos, murmulla una oración; despacio, sin prisa, como una brisa suave.

Abrimos el ataúd de Marín. La cara está cubierta de heridas y le da un aspecto de majestuosidad bélica. No está desfigurado, al contrario. Algunos hilillos de sangre resbalan como unos rubíes sobre su cara. Ionel Mota había recibido el golpe de obús en pleno, pero no tiene ni siquiera un arañazo en la cara. Está sereno y santo. Marín tiene heridas solamente en la cara y en el lado izquierdo del pecho. Sus rasgos parecen ahora aún más varoniles. Siempre Mota ha sido el santo valiente, y Marín, el héroe temerario. Miro a los dos y me acuerdo del artículo de Ionel Mota: «Cranii de Lemn» (Cráneos de Madera). Sí, ahora «Cranii de Lemn». Con ellos ha desaparecido un mundo de esperanzas, de creencias, afanes y entusiasmo. Sus cuerpos no tienen vida, pero sus almas están con nosotros, les sentimos a nuestro lado. Ellos nos llevarán a la victoria final. Sus almas moverán nuestras Banderas victoriosas y de las alturas bendecirán nuestros sacrificios.

Encendemos velas a su cabecera y hablamos con el guarda para que nos las deje apagar. Vamos al médico y arreglamos para que sean embalsamados los cuerpos de nuestros camaradas. Convenimos con el R. P. Dumitrescu que se quede en Toledo, para rezar diariamente una oración junto a los féretros de los dos héroes. Después del embalsamamiento han sido trasladados a la capilla del hospital militar y colocados con todos los honores. Encima de las cabezas de los dos se da la coincidencia de hallarse el icono del Arcángel San Miguel, exactamente como lo tenemos en nuestras medallas. Ni aun después de muertos les abandona la Santa Imagen.

El señor Clime y Alexandru Cantacuzino salen para Salamanca y yo me quedo con el padre Dumitrescu. El vivía en la ciudad y yo en el hospital. Le veía llegar por la mañana, con pasos exasperadamente lentos y meditativo. Bajábamos los dos a la capilla ardiente. Velas grandes ardían en los candelabros a los cuatro lados de cada ataúd. Un velón, hermosamente trabajado, esparce una luz suave y misteriosa. El reverendo padre empieza la oración. Luego abrimos los ataúdes y miramos a nuestros hermanos. Ningún cambio. El embalsamamiento, aunque se ha hecho con gran dificultad, se ha logrado muy bien. Después subimos hacia la parte superior del hospital. Empezaban las horas de espera. Estaba solo en una habitación grande y alta como el infinito. Calculamos con el padre cuándo debían llegar el general Cantacuzino con el señor Virgil Ionescu. Habíamos recibido un telegrama del Capitán, en que nos anunciaba su salida de Rumania la noche del día 16 de enero. Tres días hasta París y dos hasta Toledo, pero los días pasaban uno tras otro y no llegaba noticia alguna. Ni los de Salamanca daban alguna señal de vida. Habían pasado catorce días en vez de cinco. Alguna vez, cuando hacía buen tiempo, me escapaba del hospital y me iba con el padre Dumitrescu a pasear por las calles periféricas. Subíamos sobre una piedra, bañada de sol, y mirábamos los alrededores de la ciudad. El río Tajo serpenteaba suavemente abrazando la villa, la fábrica de municiones, los jardines colgantes, los bosques de olivo. Maravillosa mezcla de colorido y formas, pero en nuestras almas no había más que tristeza. Y los días pasaban. En el nerviosismo de la espera habíamos perdido —parece— la esperanza de volver a nuestra Patria. Entretanto, el pobre general Cantacuzino y el señor Virgil Ionescu luchaban para llegar hasta

nosotros,

* * *

Mientras esperábamos alguna noticia de alguien, el gobernador militar de Toledo recibe un telegrama en que decía que trasladase los cuerpos de nuestros camaradas a Sevilla. Antes de dar curso a esta orden llega otro telegrama que anula la anterior disposición. En la noche del 30 de enero de 1937, hacia las nueve, cuando menos lo esperábamos, aparecen en mi habitación el señor Clime y Alecu. Estaban tan conmovidos que no podían hablar. Me dicen que han llegado de Salamanca, junto con el general Cantacuzino, señor Virgil Ionescu y Banica. Le ruego que me lleven a mí para verlos, pero ellos —en vista de mi estado de sobrecitación— me contestan que estaban muy cansados y se van a dormir. Les puedo ver al día siguiente. Después de haberse marchado de mi habitación, no puedo dormir hasta las dos de la mañana y a las cinco estaba ya de pie. Parece que me había convertido en otra persona. Por fin tendré noticias de mi esposa, de mi familia. Me arreglé la cama, me vestí de prisa, gozando de la alegría que me esperaba. Sentía que iba a suceder algo bueno, que en breve voy a ver a dos hombres a quienes tanto respeto y quiero. Además, ahora tenía el enlace vivo con la Patria, de la que estábamos separados hacía tiempo. No podía salir del hospital antes de las ocho de la mañana. Ahora al saberles tan cerca y que pronto les veré, no tenía prisa. A las siete, en cuanto se abrió la puerta, me marché. La colina me parecía más pequeña que de costumbre y las casas más alegres. La gente, mejor que antes, parecía que todos se habían vuelto alegres.

Llego al Gobierno Militar. El falangista de servicio me indica la habitación donde se hallaban los nuestros. Pongo la mano sobre el picaporte. El corazón me late de tal modo que me parece que se va a romper en el pecho. La sangre me ha subido toda en la cara.

Aprieto el picaporte tímidamente. Tengo miedo que no haya nadie dentro.

Abro la puerta. En el suelo había equipajes. En un rincón se vestía Banica. Tan delgado, que me parecía dos veces más alto. En una cama está el señor Virgil Ionescu, esta admirable persona, que ha querido tanto a Ionel Mota y a Vasile Marín y que era nuestro mejor amigo. La bondad y el cariño del hermano le ilumina la cara. Está feliz y contento porque me ve. Pero en sus ojos lleva una profunda tristeza; noto muy cambiada su cara. Ionel Mota y Vasile Marín han sido sus más íntimos amigos.

Me aprieta en su pecho, y en el calor de su abrazo siento todo el amor de los camaradas de Rumania. ¿Qué hace el Capitán? ¿Y los camaradas? ¿Cómo está mi esposa? Con su bondad y su cariño específico me informa sobre todos los del país. Luego hablamos con gran dolor de nuestra desgracia, de la pérdida de los mejores y de los más valientes camaradas legionarios. Voy después a visitar al general Cantacuzino.

Su excelencia había bajado a la oficina del gobernador civil y tomaba con los demás el café. Entretanto, llega también el R. P. Dumitrescu. Hay una emocionante escena entre el reverendo padre y el general Cantacuzino.

Nos arreglamos para ir a Talavera de la Reina, a entregar el equipaje y a recoger las maletas y las hojas de licencia. Salimos en un coche. El señor Ionescu se quedó para rezar en la capilla ardiente donde se hallaban los camaradas caídos y para visitar El Alcázar. Esta visita estuvo a punto de costarle la vida, por hallarse el frente sólo a un kilómetro y medio de Toledo, sobre la colina que le rodea. Subiendo, junto con un soldado, sobre una pared alta, el señor Ionescu fue visto por el enemigo, que le hizo blanco de sus balas. Con gran dificultad se escondieron tras otra pared, ya que el enemigo seguía disparando.

Hacia las dos de la tarde llegamos a Talavera de la Reina, bajo una lluvia torrencial. Nos dirigimos a casa de nuestra antigua patrona. La viejecita nos recibió con lágrimas en los ojos, porque se había enterado por los periódicos de la muerte de Ionel Mota y Vasile Marín.

Luego nos presentamos al centro de reclutamiento, donde entregamos todo lo que teníamos con nosotros y se nos dieron los certificados de licenciamiento. Aquí tuvimos la gran sorpresa de encontrar al alférez Garzón, ya curado, esperando ahora la formación de otra compañía para regresar al frente.

Regresamos a Toledo por la noche. Se veía a lo largo de la carretera el fuego de los combates,

porque la carretera corría paralela con el frente a una distancia de unos dos kilómetros.

Nos alojamos todos en el Gobierno Militar, para partir de allí el día siguiente, después de tener lugar una parada militar.

¡ADIÓS, ESPAÑA!

Hacia las ocho de la mañana nos dirigimos hacia el hospital de Las Doncellas Nobles. Poco tiempo después llegan todas las autoridades civiles y militares en traje de gala y una compañía del Tercio con banda militar. Los ataúdes han sido transportados hasta la camioneta a hombros de los falangistas. La música entona el Himno de la Legión. Todo el mundo llora; fueron momentos de gran solemnidad y emoción. El alcalde de la ciudad pronunció un hermoso discurso enalteciendo el heroísmo de los dos legionarios rumanos. La compañía de honor desfila con la banda al frente, rindiendo los últimos honores a los dos valientes.

Salimos. Decidimos hacer cada uno dos horas de guardia a los ataúdes dentro de la camioneta. Empieza Banica y yo. Nos quedamos los dos cuatro horas, hasta llegar a Avila. El trayecto por donde pasamos es de una hermosura maravillosa, pero no podemos ahora gozar de todo esto. ¡Qué alegres estuvimos cuando llegamos y qué tristes marchamos ahora, con dos queridos camaradas muertos! Por la noche dormimos en Valladolid. Al día siguiente continuamos nuestro viaje.

Pasamos por Burgos y Vitoria. De allí, un día más tarde, llegamos a San Sebastián. Aquí paramos un día y una noche. Tenemos dificultades, ya que el cónsul francés nos pone inconvenientes por haber perdido Banica su pasaporte.

Al día siguiente salimos para Irún. Aquí, siendo ésta la última ciudad española, nos detenemos para que reciban el último saludo nuestros camaradas.

A la entrada en Irún nos esperan todas las autoridades de la ciudad. A lo largo de las aceras están colocados los escolares. Delante va una formación de falangistas y otra de requetés, a paso de desfile. Detrás de la camioneta, con los restos de nuestros camaradas, vienen las autoridades y la gente. La ciudad de Irún está completamente destruida por los comunistas. De cien mil habitantes, tiene ahora unos veinte mil. Pero toda esta gente sale para conducir a los dos legionarios fallecidos. Ramas de almendros florecidos y otras flores que no crecen en nuestro país, adornan los ataúdes. El cortejo se para delante del Gobierno Militar. El gobernador pronuncia un sentido y hermoso discurso. Le contesta conmovido el general Cantacuzino. La tropa desfila a los acordes de la banda militar. La gente mira con los ojos llenos de lágrimas.

A unos pasos se halla la frontera. Los soldados franceses miran también el desfile. Llegamos al puente que pasa por Irún: de un lado, la frontera española, y de otro, la francesa.

Aquí tengo que recordar la admirable conducta del señor Jean Th. Florescu, ex ministro en España. Ha cuidado de nosotros como un verdadero padre de familia. Aunque no tenía obligación alguna hacia nosotros, siendo ministro acreditado cerca de los gubernamentales. Por su conducta, ha entrado en el alma de toda la juventud legionaria.

Pasamos con gran emoción la frontera. Nos dirigimos hacia otros horizontes, hacia nuestro país. Sentimos cómo despierta en el alma la nostalgia de nuestra Patria. Hemos venido siete y regresamos cinco. Ionel Mota y Vasile Marín han caído en tierra española, por la Cruz y por la Patria.

Lo que ha tenido en más amor la juventud rumana se ha quedado allí en España, para contar a las generaciones venideras el más bello y hermoso romance de sacrificio sobre el altar de Dios.

España se queda atrás... Y a la vez con ella, la tormenta de las trincheras y el silbido de las balas. Y no sé por qué, en aquel silencio de piedra en que nos ha tenido la caída de nuestros camaradas, me parecía cómo penetraba en mi alma un gran pesar ahora a la salida.

Hemos pasado la frontera. ¡ADIÓS, ESPAÑA!

¡Te hemos dejado —por la Cruz y por la estirpe— todo lo que ha tenido de más noble nuestra generación! ¡Sobre tu tierra queda un testimonio rumano ante la Historia, el recuerdo de Mota y de Vasile Marín!

¡ADIÓS, ESPAÑA!

Marchamos hacia nuestro país para encomendar los santos restos a la tierra de nuestros antepasados.

Los recuerdos nos llevan hacia atrás, hacia las trincheras españolas, donde cayeron gloriosamente nuestros camaradas.

En la carrera del coche, los Pirineos se perdían en la lejanía, envueltos, cada vez más, en una nube gris de niebla...

ES MANUSCRITO.

ESTE LIBRO SE HA PUBLICADO
EN RUMANIA EN 1937.
LA VERSIÓN ESPAÑOLA DEL MISMO
SE PUBLICA CON OCASIÓN
DE LA BENDICIÓN DEL MONUMENTO
ERIGIDO EN MAJADAHONDA EN MEMORIA
DE LOS HÉROES RUMANOS
ION MOTA Y VASILE MARÍN,
EL 13 DE SEPTIEMBRE DE 1970.